
Bajo Su
MIRADA
LA FAMILIA CONSTELLA
LEONA WHITE

BAJO SU MIRADA

LEONA WHITE

Copyright © 2024 por Leona White

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

 Creado con Vellum

TAMBIÉN POR LEONA WHITE

La familia Constella Serie

Bajo su Protección || Bajo Su Mirada

Los Jefes de la Mafia Serie

El acuerdo irlandés || La Última Vendetta

ÍNDICE

Blurb

1. Romeo
2. Tessa
3. Romeo
4. Tessa
5. Romeo
6. Tessa
7. Romeo
8. Tessa
9. Romeo
10. Tessa
11. Romeo
12. Tessa
13. Romeo
14. Tessa
15. Romeo
16. Tessa
17. Romeo
18. Tessa
19. Romeo
20. Tessa
21. Romeo
22. Tessa
23. Romeo
24. Tessa
25. Romeo
26. Tessa
27. Romeo
28. Tessa
29. Romeo
30. Tessa
31. Romeo
32. Tessa

BLURB

Atacada. Salvada. Enamorándome...

Del hombre más mortal de la ciudad.

Una noche. Un callejón. Un giro de trama infernal.

Se suponía que iba a casarme con un abogado extraño.

(Gracias, mamá y papá. En serio.)

En cambio, soy reclamada por un Adonis tatuado con un saldo de muertos.

Romeo Constella. 30 años. Realeza de la mafia.

Me salvó de un destino peor que la muerte.

Ahora me ofrece protección.

En su mundo de Gucci y disparos.

¿Su toque? Eléctrico.

¿Su beso? Adictivo.

¿Su promesa? Absoluta.

“Nadie te volverá a hacer daño, bellezza”.

Pero a medida que las familias rivales se acercan como tiburones...

Me doy cuenta de que no soy la única con un objetivo en la espalda.

Con cada mirada intensa, cada caricia robada,

La línea entre protector y amante desaparece.

Hasta que queda una verdad:

Esto ya no es solo cuestión de sobrevivir.

Se trata de un amor que podría incendiar imperios.

O matarnos a ambos.

Bajo Su Mirada: Donde el peligro se une al deseo y las diferencias de edad chisporrotean. Abróchate el cinturón: este tórrido romance mafioso va a ser un viaje salvaje.

1

ROMEO

Atravesé el vestíbulo principal de la casa de huéspedes, frunciendo el ceño al ver cuánto trabajo aún quedaba por hacer. Había que quitar el papel tapiz. Toda esa alfombra vieja y desagradable tenía que irse, y luego vendrían el lijado y pulido de los viejos pisos de madera. También había que actualizar los electrodomésticos.

Franco dejó otra caja de escombros para sacarla. Se levantó polvo, y ambos estornudamos.

"¿Seguro que quieres lidiar con este lugar?", preguntó.

Era más que un capo de alto rango en la organización de mi familia. Franco Constella era un primo lejano también, pero en momentos como este se parecía al hermano que nunca tuve.

Nunca digas nunca. Me mordí la lengua y me abstuve de quejarme. En siete meses, bien podría tener un hermano.

"Sí, estoy seguro", mentí.

Quería algo que me mantuviera ocupado, más ocupado de lo que ya estaba como la mano derecha de mi padre en la Familia Constella. Era su segundo al mando, y manejaba una variedad de responsabilidades en esa posición.

"Esta vieja propiedad necesitaba trabajo, y quiero poner mi sangre, sudor y lágrimas en arreglarla".

"Oh". Franco asintió, mirando alrededor de la casa que formaba parte de la amplia cartera de bienes raíces de los Constella. "Claro. ¿Para que puedas, qué? ¿Expulsar la culpa que no deberías tener?"

Le lancé una mirada dura. No estaba de humor para que me dijera que superara la culpa. Yo era el único sobreviviente de una pelea hace tres meses. El único hombre que vivió. Tres de nuestros buenos soldados no lo lograron en una pelea que Mario, un traidor en la familia, organizó.

No deberían haber muerto, no así. Y nunca 'lo superaría'. Eso sería un deshonor a su memoria.

Sabía que había cruzado una línea al ser tan duro en este tema. Levantando las manos en señal de

tregua, suspiró y negó con la cabeza. “Oye, ¿sabes qué? No te culpo por querer mudarte de la casa principal mientras Dante y Nina actúan como tortolitos”.

Me reí, limpiándome el sudor de la frente. El otoño llegaría pronto, pero ahora mismo, la humedad del final del verano se hacía sentir. Llevábamos horas moviendo basura y escombros hacia la puerta. Parecía que Franco también buscaba la distracción de la labor manual.

“No estoy viniendo aquí para renovar este lugar solo para alejarme de ellos”, discutí.

Él resopló. “¿No?”.

“Está bien”. Me encogí de hombros. “Quizá eso es un factor”. Pero no me estaba escondiendo. Siempre había vivido en múltiples lugares. Mi ‘hogar’ era la casa de huéspedes detrás de la mansión que mi padre, Dante, ahora compartía con su prometida, Nina. Mi prima Eva vivía en otra casa de huéspedes similar. Franco también. Todos teníamos nuestras habitaciones y espacios en la gran mansión, y siempre los tendríamos.

Mi padre entendía que me gustaba diversificar mi tiempo y residencia. No estaba casado. No estaba atado a nada excepto a mi trabajo en la familia, así que, ¿por qué no tener múltiples opciones?

“Pero este lugar necesita algo de atención”. Hice un gesto hacia los alrededores deteriorados, evidencia de décadas de desgaste y aún más de abandono grave. La casa era algo de la familia y nada que quisiéramos vender. Mi padre nunca se molestó en arreglarla, salvo para disciplinar a los nuevos reclutas, soldados que venían aquí una noche, se embriagaban demasiado y rompían alguna cosa vieja.

“Eso no significa que tengas que ser tú quien actúe como algún contratista de mantenimiento”.

Me encogí de hombros. No me haría cambiar de opinión. “Quería un proyecto”. Necesitaba algo que me ayudara a ignorar lo feliz que se veía mi padre con Nina. Me alegraba por ambos. Él merecía amor y lealtad después de que mi madre murió hace más de treinta años. Pero esa sensación de celos no era algo que quisiera soportar por más tiempo. Estaba seguro de que se desvanecería. Mi padre y Nina se unieron tan rápido, y todo pasó tan deprisa entre ellos, que realmente no había tenido tiempo de acostumbrarme a que mi padre ya no fuera solo un adicto al trabajo y siempre accesible.

Eventualmente, sería la nueva norma. Mi padre sería esposo de alguien otra vez, y pronto, padre de su bebé, mi posible medio hermano.

Estaba seguro de que un poco de espacio de ellos me ayudaría a acostumbrarme. Y tal vez con esa separación y sin verlos tan apasionadamente enamorados, esta envidia soltaría su agarre sobre mí.

“Vaya, a mí no me importaría un proyecto tampoco”, bromeó Franco, empujando con el pie un montón de madera rota de muebles que no habían pasado la prueba del tiempo. “Sé que no intentan restregárnoslo en la cara, estando tan encima el uno del otro todo el tiempo…”.

Lo observé, sintiendo que recientemente había fruncido el ceño igual que él ahora. “Pero te hace darte cuenta de lo que no tienes”, terminé por él.

Sonrió de lado. “Sí. Exactamente”.

Franco no era mucho mejor que yo en términos de conocer y mantener a una mujer por más de una noche. Tenía sus aventuras aquí y allá, pero estaba más enfocado en su trabajo para la familia que en su propia vida amorosa. Todos éramos así. Teníamos que serlo cuando tantas vidas dependían de nosotros.

Hace años, Franco estuvo en una relación seria con alguien, pero ahora ella era solo un recuerdo lejano. Si alguien me preguntara su nombre, ni siquiera podría recordarlo.

“No me digas que vamos a sufrir ahora que él ha encontrado a su mujer”, bromeó Franco. “Como una especie de contagio”.

Puse los ojos en blanco. “¿Qué, que todos vamos a querer asentarnos solo porque mi padre lo ha hecho?”

Frunció el ceño. “Nah, no me pasará. Lo pensé hace tanto que parece que fue en otra vida”. Tomando una escoba mientras deslizaba la mano por la pared, sacudió la cabeza. “Además, este no es el momento ideal para sentar cabeza. Ni para empezar proyectos”.

Metí las manos en los bolsillos. “Hasta que pase algo con esta guerra que mi padre declaró contra los Giovanni y los Hermanos del Diablo, quiero algo que me mantenga ocupado”. Se sentía como un épico juego de espera, vigilando a nuestros rivales mafiosos y a esos moteros que habían aparecido recientemente en la escena.

Bufó. “Eh. Solo necesitas desahogarte o algo así. No empezar una maldita renovación”.

“Este es un proyecto”, le recordé. “Algo para llenar mi tiempo libre. No estoy cambiando de carrera”.

“Y no estoy diciendo que lo hagas”.

Quería gemir. Era como un maldito hermano. Siempre discutíamos así. “Entonces, ¿qué diablos estás sugiriendo?”.

Pasó su mano por el cabello. “No lo sé. He inhalado tanto polvo y mierda aquí ayudándote que mi cerebro está jodido”.

Me reí, caminando hacia la parte de atrás para disfrutar del aire fresco que entraba por la ventana abierta.

“Estoy sugiriendo”, dijo, siguiéndome, “que te desahogues”.

“Como si esa fuera una solución”. No lo sería. Encontrar una distracción pasajera podría entretenerme por unas horas, pero eso sería todo. Después, volvería a ser el mismo de siempre, pensativo y sombrío.

“No digo que sea una solución, pero diablos, tal vez encontrar una mujer podría recordarte que estar soltero no siempre es tan malo”.

Le sonreí con escepticismo.

“Bueno, tal vez desahogarte te ayude a sacar la cabeza de donde la tienes”.

Miré por la ventana, observando cómo el sol se ocultaba. Toda mi vida había sido una persona seria. Un pensador. Un introvertido. Un observador y soñador, más cómodo en mi propia mente que con otros. Ser ‘melancólico’ no era solo una fase de mi adolescencia. No fui emo o gótico de adolescente solo por moda. Era un príncipe de la mafia, nacido y criado bajo las leyes de la violencia y la corrupción. Nadie podía ser cuerdo y despreocupado con una crianza como la mía.

Últimamente, sin embargo, mi culpa por no haber evitado la muerte de esos tres soldados me había hundido aún más. No era depresión, sino un profundo arrepentimiento. No era algún tipo de abismo maníaco o cualquier otra tontería psicológica. Era odiar no haber podido salvar a esos buenos hombres.

“Romeo”. Suspiró. “Tienes que dejar de castigarte por no haber podido controlar la muerte de esos hombres. Por no poder controlar todo”.

Esa era mi falla más constante. Era un maniático del control, y eso se extendía al dormitorio. Cruzando los brazos, me apoyé en el marco de la ventana y lo miré. “Por eso darme el consejo de ‘simplemente desahógate’ es un chiste”.

Él puso los ojos en blanco, apoyando las manos en el marco de la ventana abierta. No pasé por alto el ligero sobresalto cuando bloqueó los músculos de su brazo izquierdo. Había recibido un disparo tratando de defender a Nina y Eva en un spa la noche en que los hombres del MC secuestraron a Nina, y los músculos que atravesó la bala aún estaban sanando.

“Soy un amante intenso”, le recordé. No hablábamos de estas cosas. No tratábamos de charlar sobre mujeres, sexo o metas matrimoniales. Pero era de conocimiento común que no era un hombre cualquiera que pudiera conformarse con cualquier cosa fácil. Franco lo sabía. Cuando éramos más jóvenes y tontos, me acompañaba a los clubes de sexo donde adquirí y luego afiné mi preferencia por el lado más intenso del placer.

“Seguro que debe haber una prostituta experimentada por aquí que pueda manejarte”.

Le levanté las cejas.

“Por un precio”, añadió apresuradamente.

Comprar sexo ya no me atraía. Después de presenciar el milagro de cuánto había cambiado mi padre desde que conoció a su otra mitad y se enamoró tan rápida y seriamente, parecía una rendición querer algo distinto.

¿A quién engaño? No estoy en posición de buscar a alguien. Alguien que probablemente no existe. Necesitaría una amante paciente y tan intensa como yo, y no estaba seguro de que fuera real.

Además, era una tontería tratar de empezar algo con alguien cuando necesitaba empezar a preocuparme más por mí mismo. A pesar de que a menudo me decían que superara mi culpa y siguiera adelante, luchaba por lograrlo. Si en algún momento pudiera abrirme a dejar entrar a una mujer en mi vida, tendría que hacerlo sabiendo que estaba en la mejor versión de mí mismo posible.

Ya no me amaba a mí mismo. No después de haber fallado a mis hermanos de la mafia.

En mis momentos más oscuros, y generalmente más borrachos, me enganchaba a la idea de que ser amado de nuevo me haría sentir completo. Que encontrar una verdadera compañera en una mujer me ayudaría a aceptar que soy digno de amor. No lograría eso con cualquier prostituta. Ni siquiera con una escort experta. No era solo sexo lo que me haría cambiar, sino una conexión real. Una experiencia de unión con una compañera decente. Eso era lo que necesitaba.

“En serio”, dijo Franco. “Eres el príncipe de la mafia de la familia Constella. Muchas mujeres estarían dispuestas a entretenerte. Se ofrecerían a ser tu ‘proyecto’ y mantenerte ocupado”.

Lo miré sin expresión. “¿Qué mujeres? ¿Las del tipo de Vanessa Giovanni?”

Él hizo una mueca al mencionar a la mujer que había perseguido a mi padre tan implacablemente desde principios de año. Aunque ver a mi padre y a Nina tan enfermizamente enamorados era un ajuste, me alegraba mucho de no tener que soportar decirle a la pegajosa hija de Stefan Giovanni que se largara.

“Sí, es una tontería”. Suspiró mientras se paraba y se estiraba, acomodando su espalda y brazos. “No necesitamos a una mujer”.

Encogí los hombros. *Aunque, sería agradable.*

“Necesitamos estar alerta. Mantener los ojos abiertos”. Me miró, serio y sombrío. “Con Dante enfocado en Nina y la llegada de su bebé, no estará cien por ciento concentrado en la guerra con Stefan y Reaper”.

Me estremecí al mencionar al líder de los Hermanos del Diablo, el grupo de moteros. Reaper era tan desagradable como uno podría imaginar.

“Lo que significa que nosotros… tú y yo… tenemos que hacer la debida diligencia por él”.

Extendí mi mano para que la golpeara en nuestro saludo personalizado. “Y lo haremos”.

Mi lealtad a mi padre y a mi familia siempre tomaría prioridad sobre cualquier proyecto que pudiera emprender y cualquier fantasía que pudiera crear sobre una mujer que me aceptara y me amara por el retorcido y oscuro bastardo que soy.

2

TESSA

Mi supervisor pensaba que solo estaba ‘haciendo su trabajo’, pero en realidad parecía más que quería retenerme como rehén. Lo miré con expresión seria mientras coqueteaba con mi compañera de trabajo, otra mesera en el bar deportivo donde había conseguido un segundo empleo. The Hound and Tea seguía siendo mi primer trabajo, pero para llegar a fin de mes… o mejor dicho, para entregarle dinero a mi padre holgazán que alegaba no poder trabajar… recientemente empecé a trabajar como mesera en el bar al borde de la ciudad. Ser mesera era un trabajo universal, y agradecía la facilidad de encontrar otro trabajo a medio tiempo.

Pero la política de este supervisor de hacerme esperar hasta que revisara mi área y aprobara mis tareas de fin de turno era una tontería. Si dejara de coquetear con mi compañera y solo revisara la lista de tareas, podría haberme ido hace media hora.

Pero noooo. Él tenía que tomarse su dulce tiempo intentando ligar con ella y arruinarme el resto de la noche.

Me enderecé, frunciendo el ceño al ver mi teléfono. Ya no era de noche. Casi era la una y media de la madrugada, demasiado tarde para estar aquí, esperando permiso para irme. Ya me hizo marcar mi salida. No estaba esperando y cobrando por mi tiempo, pero tampoco tenía autorización para irme.

Como si invocara el sistema para vibrar, mi teléfono sonó antes de que pudiera guardarlo en el bolsillo. Al ver el nombre de mi padre en la identificación de llamadas, no sonreí. Hice una mueca. Luego consideré dejar que la llamada pasara a buzón de voz. Cuando así fue, suspiré aliviada. Hablar con mis padres siempre era una tarea exasperante, y prefería evitarlo tanto como pudiera. Con las largas horas que trabajaba, no era difícil. Ellos dormían hasta tarde y yo iba a trabajar. Día tras día.

Volvió a llamar, y gruñí mientras contestaba. “¿Hola?”.

“¿Dónde demonios estás?”.

Apreté los labios, conteniendo un grito de frustración. Sabía perfectamente dónde estaba. Donde siempre estaba. No tenía vida; social o de otro tipo. Estaba atrapada en esta carrera sin fin,

trabajando sin parar por un sueldo miserable y sin avanzar nunca. “Aún no he salido del trabajo”.

Observando a mi supervisor inclinándose hacia la mesera que sonreía, suspiré y me pregunté si debería simplemente irme y excusar mi desobediencia de no esperar su autorización, argumentando que quería darles privacidad.

“Necesito el auto. Sabes eso”.

Puse los ojos en blanco y miré el techo oscuro. Lo habían pintado de negro para que el bar pareciera más oscuro, pero se veía de mal gusto, con astillas y marcas que dejaban ver el yeso blanco debajo.

“Te estás volviendo realmente mimada, ¿sabes eso?”, gruñó.

Me reí, ahogándome en la ironía de lo que decía. “¿Yo? ¿Mimada?”

“Sí. Eres una mocosa mimada, esperando ir a donde te dé la gana cuando quieras, usando mi auto”.

“Oh”. La ira se elevó rápidamente. “¿Te refieres a tu auto que uso para ir a trabajar, en los dos empleos que mantengo para darte mi dinero? Porque tú eres”. Aclaré mi garganta. “Malditamente flojo, alegando que estás demasiado discapacitado para trabajar?”.

“No me hables así”.

Negué con la cabeza, sin sentirme culpable en lo más mínimo. “Te lastimaste la articulación del meñique. ¡Tu dedo meñique! Hace diez años”. Era la excusa más patética de discapacidad que había escuchado, y su supuesto estado de invalidez era una mentira total, porque era perfectamente capaz de jugar sus videojuegos, beber y fumar, y hacer todo lo que alguien con diez dedos funcionales podía hacer como un adulto en pleno. Solo había descubierto que yo podía trabajar para él, y eso marcó el inicio de su vida de quedarse en casa sin hacer nada.

“Necesito el auto para que Joey y yo podamos ir a la tienda de pesca y caza mañana, justo cuando abran, para aprovechar las ofertas especiales”.

“Seguro que estaré en casa antes de eso”.

“¿Recibiste buenas propinas esta noche?”.

Fruncí el ceño, apretando el puño libre y deseando poder atravesar la llamada y golpearlo. ¿Cómo podía llamarse padre si solo le importaba para pedirme dinero?

“No entiendo por qué soportas esos trabajos”. Su risa ronca, reseca por todos los años de fumar, me irritó los nervios.

Era una situación sin salida. Trabajaba y trabajaba, sabiendo que exigiría una fuerte parte de mis ingresos porque él y mi mamá eran tan generosos al permitirme vivir con ellos. Y trabajaba y trabajaba porque me negaba a considerar la alternativa que él insinuaba en este momento.

“Si te detuvieras a pensarlo, ya podrías estar casada. Y ninguno de nosotros tendría que trabajar”.

Mi paciencia y buena voluntad se rompieron. “¡Tú no trabajas!”.

“Y tú tampoco tendrías que hacerlo si te casaras ya con Elliot”.

Negué con la cabeza y cerré los ojos. Me opondría a ese escenario hasta mi último aliento.

“Es tu culpa que tengas que trabajar tantas horas”, me provocó.

No, no lo era. Él tenía la culpa de la vida de mierda que tenía. Insistía en que le pagara una fuerte ‘renta’ para permitirme vivir con ellos. Si pudiera ganar dinero y quedármelo, me mudaría. Empezaría por mi cuenta.

La única forma en que me dejaría fuera de ese acuerdo era si me mudaba… después de casarme con Elliot.

De ninguna manera. Jamás le daré esperanza a ese tipo.

Elliot Hines era un pervertido. Un hombre desagradable y, ahora estaba convencida, con un alma aún más repulsiva. Mis padres eran viejos amigos de los suyos, y en alguna extraña y retorcida lógica de conocidos de toda la vida, todos se habían metido en la cabeza que yo debía casarme con él.

Ellos habían planeado nuestro compromiso cuando éramos jóvenes. Él era horrible y cruel entonces, el típico bravucón del que nadie quería ser amigo. Nunca tuvo citas porque ninguna mujer quería aguantarlo. Pero mis padres nunca dejaban de presionarme para que me casara con él.

“Está forrado, Tessa”, me recordaba mi papá innecesariamente. “Gana millones, y tú no puedes ver lo fácil que sería la vida si tan solo te casaras con él”.

¿Fácil? ¿Venderme a mí misma, vender mi alma, sería fácil?

“No. Les he dicho a ti y a mamá mil veces que no quiero casarme con él, y lo diré mil veces más. No me voy a casar con Elliot”.

“¿Por qué no?”, exigió.

“No me gusta”. Debería haber sido la razón más simple de entender. ¿Por qué tenía que sentirme presionada a casarme con alguien con quien no tenía conexión alguna?

“Qué tontería. ¿Crees que me ‘gustaba’ tu madre cuando nos conocimos?”.

Cubriéndome la cara con la mano, me froté y traté de contener un gemido. No quería escuchar esto.

“Era una quejumbrosa, pero bueno, al menos daba buena…”

“Para”. Me estremecí. “Deja de hablar”.

“No gustarte de Elliot es una excusa estúpida. No tienes que gustarle. Solo cásate con él para que tengamos dinero fácil. Aguanta y supéralo”.

Mirando al suelo, me pregunté qué le había pasado para convertirse en un padre tan terrible, en un hombre tan insoportable.

“¿Qué tiene de malo él, además? Es más exitoso que cualquier otro que podrías conocer por tu cuenta”, me reprendió.

“El dinero no lo es todo”, argumenté. “Solo porque es abogado y gana mucho dinero no significa que sea realmente exitoso”. La última vez que hablé sobre Elliot con mi mejor amiga, Nina, leímos las noticias sobre el último caso que Elliot ganó en los tribunales. Parecía corrupto, tal vez una manzana podrida en el sistema legal. *Pero bueno, el sistema legal de por sí es corrupto, ¿no?*

“¿El dinero no lo es todo?”. Se rió tanto que no podía escuchar el programa nocturno de fondo en su lado de la llamada. “Claro, el dinero no lo es todo, dice la niña mimada que no sabe nada de la vida. Si no es todo, señorita Independiente, ¿por qué sigues viviendo en casa conmigo y tu madre?”.

“Porque desde que te diste cuenta de que podía ganar dinero, desde que tuve mi primer trabajo a los dieciséis, me exigiste que te diera la mayor parte”. Era un idiota de primera y un experto en usar la culpa para hacerme dar dinero. Ningún adolescente debería tener que pagar por una casa, pero él insistía.

“No te gustan mis reglas, entonces márchate”, gruñó.

Quería hacerlo, desesperadamente. Nina y yo solíamos soñar en grande y hablar de dejar nuestras vidas miserables. Ella estaba atrapada viviendo con su hermano bueno para nada, Ricky. Yo, en casa con mis padres. Pero durante los momentos de calma mientras servíamos juntas en el Hound and Tea, hablábamos de ahorrar para mudarnos juntas, ser compañeras de cuarto y realmente ahorrar para algún día darnos un lujo en unas vacaciones.

No había sabido de ella en un mes, y la extrañaba terriblemente. No podía culparla por pretender salir con Dante Constella, el poderoso líder criminal con el que se encontró la noche que Ricky la perdió en una apuesta con una pandilla de motociclistas.

Según su última llamada, cuando admitió que las cosas se estaban poniendo intensas entre ella y Dante, supuse que todo iba bien. Su teléfono ya no funcionaba, y no estaba segura de si había cambiado su número o no. Quizás viviendo la vida fácil como la mujer mantenida de un hombre rico, decidió dejar su antigua identidad por completo.

No. Eso no puede ser. Nina y yo éramos mejores amigas. Se pondría en contacto tarde o temprano. Esta llamada con mi padre estaba amargando tanto mi humor que estaba pensando negativamente.

Nina se pondría en contacto. Contaba con ello. Hasta que lo hiciera, desearía poder recibir un poco de su suerte. Sería un milagro encontrar a un hombre que realmente me atraiga. Un hombre normal, bueno y decente que me animara a acercarme y tal vez perder mi virginidad.

La pausa en la diatriba de mi padre me sacó de mis pensamientos. Lo había dejado de escuchar, pensando en Nina y extrañándola profundamente. Ahora que había hecho una pausa para tomar aire, me di cuenta de que era estúpido sentarme aquí y dejar que gritara al vacío.

“Tendré el auto de vuelta antes de que vayas a la tienda de pesca con Joey”, dije, sin vida, antes

de colgar.

Nunca le importaba si yo dormía. Ni siquiera le importaba si su hija de veintidós años llegaba a casa y descansaba después de una larga jornada doble de trabajo. Era egoísta hasta la médula, y sabía que no podía pensar bien de él.

¡Por fin! Me levanté del banco donde esperaba mientras mi supervisor observaba a mi compañera. Ella se dirigió al baño, guiñándole un ojo por encima del hombro. Esta era mi oportunidad. Le toqué la espalda y aclaré mi garganta. “Oye, ¿puedo irme a casa ya?”.

Frunció el ceño. “Dios. Ser paciente no te mataría, ¿sabes?”.

Mi enojo crecía. *Al diablo contigo.* Sonreí, forzando una expresión educada, y señalé la lista de verificación que aún sostenía. “Perdón por interrumpir”. *No.* “Pero me esperan en casa”.

Rodando los ojos, revisó la lista. Todo estaba hecho. Por supuesto, estaba hecho. Podría odiar mis trabajos, pero los hacía bien, entrenada durante demasiado tiempo para ser perfeccionista y complacer a los demás. Cuanto más perfecta me comportaba, menos molestaba a los hombres, esa era la lección no escrita que mis padres me enseñaron.

Exhalé aliviada al salir del bar.

Caminar por esta área de la ciudad a casi las dos de la mañana no era la idea más brillante. Me gustaba pensar que tenía algo de sentido común, pero no estaba consciente de mis alrededores.

Mis pies dolían, y mi espalda estaba adolorida. En mi mente, calculaba las propinas que había ganado hoy y pensaba en cuánto podría intentar ocultarle a mi papá. Sumergida en mis pensamientos, cometí el peor error de todos.

No noté al grupo de tres hombres que me seguían hacia mi auto hasta que fue demasiado tarde. Una sensación de que me estaban observando me hizo mirar atrás, echando un vistazo por encima del hombro.

Hicieron contacto visual, sonriendo con una alegría depredadora. Luego, como uno solo, corrieron hacia mí.

“¡No!”. Lo grité, aterrada, mientras intentaba correr hacia mi auto. En mi prisa, tropecé y caí. Monedas se esparcieron de mi delantal al caer. Billetes de dólar se deslizaron por el pavimento.

Antes de que pudiera procesar el ardor y dolor de la caída, sus manos estaban sobre mí. Me arrastraron y me silenciaron con una mano sucia sobre mi boca. Entré en pánico.

Olvídate de odiar la vida y sentir que no tenía salida.

Ahora tendría que soportar un destino aún peor.

3

ROMEO

Aunque pasé todo el día trabajando en la casa, sacando bolsas y montones de papel tapiz arrancado, aún no estaba listo para dar la noche por terminada. Tal como Franco y yo habíamos decidido, seguiríamos reuniendo información para esta guerra que mi padre declaró contra la Familia Giovanni y el club de motociclistas Hermanos del Diablo. Así que, de día, evitaba quedarme inactivo renovando esa casa. Y por la noche, me reunía con los espías a quienes había delegado para seguir a los motociclistas.

“Lamento no tener nada nuevo que contarte”, dijo Andy, uno de mis espías, mientras sostenía una botella de cerveza entre sus manos. Era un bebedor de bourbon, pero para mezclarse en esta parte de la ciudad y mantenerse encubierto, trataba de parecer un trabajador de clase media.

Suspiré y negué con la cabeza. “No, está bien”. Me enderecé, lamentando haber forzado mi espalda al arrastrar escombros y basura de la casa más temprano. Apenas tenía treinta y uno. No era viejo aún. Pero tal vez me estaba excediendo.

Él se rió, notando mi mueca de dolor. “¿Te exigiste demasiado o algo?” Sonrió antes de tomar un sorbo de su cerveza. “De tal padre, tal hijo”.

Gruñí una risa. A mi padre le gustaba mucho hacer ejercicio. Era tan adicto al gimnasio que lo renovó y montó un gimnasio de última generación en la mansión. Sin embargo, parecía que a Nina también le gustaba entrenar. Dejé de ir tan seguido cuando me topé con ellos en medio de un momento íntimo entre repeticiones.

Fruncí el ceño, molesto por no poder deshacerme de esta envidia. Quería eso. Deseaba esa sensación de encajar perfectamente con alguien, pero dudaba que existiera una mujer hecha para mí de esa forma.

“Espero que la falta de noticias sea una buena señal”, añadió Andy. Llevaba más de un mes espiando encubierto a los Hermanos del Diablo. Varios otros también los vigilaban constantemente, pero entre todos, tenían poco que informar.

El club de motociclistas Hermanos del Diablo era nuevo en la escena aquí. Las pandillas de motociclistas iban y venían. Las familias de la mafia, como los Constella, los Giovanni e incluso la Familia Domino, eran organizaciones establecidas hacía muchas generaciones. Los Domino

fueron eliminados por los motociclistas, pero eso no era lo usual. Aun así, había mucho que aprender sobre estos esquivos motociclistas que intentaban reclamar un lugar de poder.

“No diría que no tener noticias sea una buena señal”, respondí con seriedad. No veía razón para mentir. “Porque saben que los hemos identificado como nuestros enemigos”.

Andy asintió, frunciendo el ceño hacia su botella de cerveza. “Espero que Nina se esté recuperando del secuestro”.

“Oh, está bien. Feliz por el bebé y enamorada de mi padre”. Me encogí de hombros.

Él sonrió, aparentando ser un hombre ordinario burlándose de un amigo en este bar. “Es bastante loco. Una vez que se casen, será tu madrastra”.

Le di una mirada inexpresiva, sin querer seguirle el juego.

“¿Es qué, como un par de años menor que tú?”

Exhalé largo y tendido, sin caer en la provocación.

“Está bien. Está bien”. Dejó su botella vacía en la barra. “Suficiente de bromas. No es como si no hubiera otras parejas en la Familia con años de diferencia entre ellos”.

Mi padre y Nina tenían una gran diferencia de edad, pero si les funcionaba, ¿quién era Andy, o cualquiera, para juzgar?

Tal vez eso es lo que necesito. Una mujer más joven a quien enseñar y mostrarle lo duro que me gusta. Una mujer mayor y experimentada probablemente sería demasiado independiente para considerar ser sumisa.

“En fin”, dijo Andy, regresándome al motivo por el que vine hasta aquí para conversar en el bar. Aunque era decepcionante que no tuviera mucha información sobre los movimientos de los hombres de los Hermanos del Diablo, me alegraba tener la oportunidad de ponerme al día con él. Desde que fallé en salvar a mis otros hermanos de la mafia, había adoptado la costumbre de supervisarlos a todos.

“Seguiré buscando y escuchando”.

Le di una palmada en la espalda. “Bien. Te lo agradezco”.

Andy suspiró. “Bueno, es mi trabajo”.

Cierto. Y lo haría bien. “Solo asegúrate de reportarte a mí”.

“No a Dante”. Andy levantó las cejas. “Él fue quien me asignó esta misión desde el principio. Debo admitir que me sorprendí cuando apareciste”.

Asentí. “Sí. Yo. Estoy tomando el mando de esta parte de la preparación. Toda la información sobre el club de motociclistas será reportada a mí”.

“¿Y Franco?”, preguntó.

“Él se encarga de reunir información sobre los Giovanni”. Planeamos un enfoque de dos frentes. Con Stefan alineándose con Reaper, combinando la Familia rival de la mafia con los motociclistas, Franco y yo podíamos dividir nuestra atención en partes iguales. Esto evitaba que mi padre se involucrara demasiado.

“Mi padre necesita este tiempo para concentrarse en Nina. Se están preparando para el bebé. Y después de eso, planeando su boda”. Me estiré de nuevo, odiando la tensión en mis músculos. No tenía intención de quedarme mucho tiempo. Estaba claro que necesitaba una buena noche de descanso. “Franco y yo planeamos mantenernos al tanto de la información que necesitamos para atacar a esos bastardos”.

Andy no discutió, asintiendo y poniéndose de pie. Yo también me levanté, dejando varios billetes sobre la barra para cubrir nuestras bebidas y algo más.

“Si me preguntas, Dante ya estaba tarde para encontrar un poco de amor en su vida”.

Mi padre había estado concentrado solo en el trabajo durante demasiado tiempo. “De acuerdo”.

Mientras caminábamos hacia la salida del bar, noté a algunos rezagados, probablemente clientes habituales que se quedarían hasta el último llamado. Este lugar era un agujero en la pared, un antro que ninguna familia criminal, club o pandilla consideraba su territorio. Por lo tanto, era ideal para reunirse con espías. Andy y yo acordamos otra reunión en un par de semanas, y lo observé mientras se dirigía al este y desaparecía en la noche. Para no parecer que nos conocíamos en este lugar, donde cualquiera podría estar observando, nos separamos sin despedirnos.

El cansancio se deslizó en mí mientras caminaba hacia el oeste, donde había estacionado en un lote oscuro. Estaba agotado, mental y físicamente, pero era imposible relajarme en cuanto a vigilar mis alrededores. Caminé por el callejón alerta, siempre preparado para una emboscada o un ataque. Suponía que eso era simplemente parte de la descripción del trabajo.

Este callejón conectaba dos largas filas de negocios, pero no había rascacielos bloqueando las farolas. Luces tenues me mostraban el camino hacia adelante. Aparte del bajo retumbante de música proveniente de clubes nocturnos que seguirían abiertos hasta la madrugada, estaba en silencio. Solo se oían mis pasos, creando una ilusión de paz. Sin embargo, la ciudad nunca dormía del todo.

Al acercarme al lote donde había estacionado mi auto, escuché algo más. Gruñidos. Ruidos amortiguados provenientes de la boca de alguien. Cuando un gemido llegó a mí mientras pasaba por la entrada trasera de otro bar pequeño, aceleré.

Conocía esos sonidos. Ya los había causado antes. Gruñidos que acompañaban el forcejeo de carne contra carne mientras follaba a una mujer con fuerza. Gemidos amortiguados de alguien amordazado. Los sollozos solo podían ser el resultado de alguien en dolor o miedo. Eso fue lo que me impulsó a correr más rápido e intervenir.

Había torturado y matado a muchas personas en mi línea de trabajo. Casi era hipócrita querer intervenir en alguien más realizando cualquiera de esas tareas. La diferencia era que yo sabía que mis acciones siempre eran justas, en nombre de proteger a mi familia y organización.

Los tres hombres sujetando a una mujer y follándola no era justo. Ni un poco.

Corrí más rápido, sin preocuparme por vigilar. Si tenían a otra persona vigilando, no lo sabría.

Mientras el color rojo teñía mi visión y mi corazón latía con la adrenalina de la violencia inminente, observé la violación en grupo y anticipé con satisfacción la promesa de hacerlos arrepentirse.

“Hey. ¡Hey!”. El hombre que la estaba follando por detrás fue el primero en notar mi presencia. Su sonrisa enfermiza cambió a una mueca de confusión. Luego, me miró con enojo. “Lárgate, hombre”.

Mi puño aterrizó en su cara, interrumpiendo su orden. Lo golpeé tan fuerte que cayó hacia atrás, estrellándose contra el pavimento.

“Wow. Amigo…”.

Pateé al otro hombre desde atrás, impidiéndole terminar sus palabras. Había estado follándola desde el frente, aprisionando a la aterrorizada rubia. Con las piernas separadas, sus genitales estaban expuestos y vulnerables. Le clavé el pie entre las piernas, aplastándolo en su lugar más vulnerable en medio del acto.

Fue demasiado lento para caer. Lo agarré mientras gritaba y se doblaba, separándolo de la mujer.

Sus grandes ojos azules se agrandaron al verme. Detrás de las lágrimas, me miró con horror.

Si no hubiera estado consumido por la rabia, podría haberme dado cuenta de que me temía como a otro hombre que podría violarla, pero ese no era el caso. “No te haré daño”, le dije mientras me volvía hacia el tercer hombre.

Todavía estaba en el proceso de subirse los pantalones, torpe al intentar guardarse su miembro mojado y subirse la cremallera. Parecía que ya había tenido su turno.

“Vete a la mierda. Solo lárgate, hombre. Aquí no hay nada que ver”, dijo con una valentía que no resistiría una vez que lo alcanzara.

Agarrándolo del cabello, le golpeé la cabeza contra mi rodilla. Una vez. Dos veces.

Crac.

Ahí estaba. Con la nariz aplastada, la sangre brotando rápido, lo giré. Todavía sosteniéndolo del cabello, apreté los mechones con más fuerza, casi arrancándoselos. “¿Nada que ver?”. Le golpeé directamente en ambos ojos. “Sí. Nada que ver”. Me sorprendería si no quedaba ciego después de eso.

Dejé caer al hombre de rodillas, contento de que mi espalda bloqueara la vista de la mujer. Ella sollozaba, jadeando para respirar a través de la tela que le habían atado alrededor de la boca. Ya violada y aterrorizada, no necesitaba presenciar mi ira.

Antes de que los otros dos hombres pudieran escapar, tambaleándose de rodillas tras mis golpes, saqué mi teléfono y les tomé fotos a ambos. Escaparon, corriendo rápidamente, pero yo no había

terminado con ellos. Apenas había comenzado a hacerles pagar.

Después de ayudar a esta mujer a ponerse a salvo, los encontraría y terminaría la lección de lo que pasaba cuando se aprovechaban de alguien más débil.

“No te haré daño”, repetí a la mujer tirada en el pavimento. Ella temblaba, llorando y tratando de alejarse, y mi corazón se encogió ante lo que había sufrido.

No sabía quién era. No sabía de dónde venía. Pero estaba claro que no merecía esto.

Me agaché para ayudarla, manteniendo las manos en alto y dejándole ver que no intentaba hacerle daño. Mi zapato resbaló al pisar su ropa interior desgarrada y ensangrentada, y mi rabia se intensificó. Estaba herida, ya fuera por ellos u otra razón, y mi instinto de ayudar surgió.

“Déjame ayudarte”.

Ella sollozó más fuerte, sacudiendo la cabeza mientras le bajaba la falda de nuevo.

Sus manos estaban ensangrentadas y raspadas. También sus rodillas. La sangre corría por el interior de sus muslos, y esa visión prometía la muerte de esos hombres.

Le habían quitado la virginidad de la peor forma posible.

“Voy a ayudarte”, le prometí.

No sé qué la convenció. Tal vez simplemente se rindió, tan asustada que no podía resistirse.

¿Cómo? Me costaba concentrarme después de la adrenalina de intervenir y detener a esos hombres.

Maldita sea. No sabía qué más hacer con ella tan rota y ensangrentada. Si alguien más se acercaba, asumirían que yo había hecho esto. Que la había violado. Llamar a la policía estaba descartado. Yo era un príncipe de la mafia, un hombre buscado. No trabajaba con la ley, pero tenía que ayudar a esta mujer.

“Déjame ayudarte”. Me incliné para levantarla en brazos, y la llevé hasta mi auto. Ella lloraba, sollozando y tratando de liberarse, pero la mantuve cerca hasta que la metí en el coche.

Sin saber qué hacer con ella, decidí llevarla a mi casa. Al llegar a la puerta del asiento trasero, esperaba poder cumplir con lo que le había prometido: ayudarla. Había estado buscando un proyecto, pero no había considerado algo como esto. Como ella.

4

TESSA

Me dejé caer contra el asiento cuando el hombre me metió en la parte trasera del auto. No había sudado ni un poco, ni al pelear contra esos hombres ni al cargarme. A pesar de mi lucha feroz por liberarme, él me sujetó con fuerza y ni una vez estuvo cerca de soltarme.

Ahora tenía una mejor oportunidad. La necesidad de sobrevivir me invadió, y canalicé toda esa energía rabiosa en patearlo. Ambos pies volaron hacia el costado, pero mi patada no fue efectiva, pues él se desvió de lado y evitó el impacto.

Intenté de nuevo, una y otra vez, lanzándome con todo el cuerpo hacia él. La necesidad de huir, de correr sin parar, no desaparecía.

Cuando esos hombres se abalanzaron sobre mí, me dominaron. Parecía que este hombre estaba decidido a hacer lo mismo. Bloqueé mi mente cuando esos hombres me usaron de forma tan horrible. Fue un estado oscuro y entumecido del que desperté en el momento en que oí a este recién llegado acercarse y golpearlos para alejarlos.

Ahora, aterrada de nuevo ante la idea de que este bastardo podría hacerme algo peor, sentí una necesidad aguda de pelear. De escapar.

“Cálmate”.

No podía creer que hubiera dicho eso. No podía. Me lancé aún más fuerte, golpeando y pateando sin éxito. En el asiento, de espaldas, me invadía el pánico de que este tipo también fuera a violarme. Mi estómago se revolvió. Mi corazón latía frenético, a un ritmo tan rápido que me mareaba. No podía respirar, y este imbécil se atrevía a repetir esa orden absurda.

“Cálmate”.

Este maldito idiota. Diciéndole a una mujer que acaba de ser violada en grupo que se calme. Lo miré con furia, dejándole ver la rabia en mis ojos ante la cosa más tonta e idiota que podía decirme.

Aun así, él me sostuvo y me mantuvo en el auto. “Cálmate”. Esta vez, lo dijo más despacio. Su voz tenía autoridad, pero no gritaba. No me rogaba que me tranquilizara. No se burlaba de mí. Simplemente me estaba instruyendo para que calmara la situación.

Respirando con dificultad por la nariz, lo miré y dejé de pelear tanto. Sentir sus manos en mí, en cualquier parte de mi cuerpo, era demasiado. Después de haber sido violada y abusada de esa manera, no soportaba el contacto de nadie ni siquiera que estuviera cerca de mí. Así de fuerte era la necesidad de correr y gritar. De llorar y caer en un cúmulo de tristeza y rabia.

“Entra en el auto”, ordenó.

De ninguna manera. Que se joda. No iba a ir a ningún lado con él. Había ahuyentado a esos otros hombres, pero no sabía qué significaba eso. ¿Estaba intentando ayudarme, golpeando a los otros solo para ser él quien me violara? ¿Planeaba llevarme, hacerme daño y luego matarme?

En el fondo de mi mente maltratada y estresada, ya destrozada por el trauma de lo que acababa de ocurrir, sabía que ser transportada no auguraba nada bueno. En los secuestros, esa era la regla que enseñaban en los cursos de defensa personal. Nunca permitas que te lleven. Quédate en un lugar para que te encuentren.

“Entra en el auto”. Bajó la mirada a mis rodillas, ya que mis piernas colgaban del asiento trasero.

Vi la indecisión en sus ojos. Estaba a punto de agarrar mis piernas para meterme en el auto, pero parecía entender que yo reaccionaría aún peor si volvía a tocarme.

“Ahora”.

Miró de lado, apenas un poco. Este giro me dio una vista de su perfil, y mostraba la misma expresión de enojo que verlo de frente.

“Ahora”, dijo de nuevo con un gruñido bajo. Apoyó la mano en la parte superior del auto y se inclinó sin tocarme.

La tela blanca de su camiseta se estiró. Puro músculo. Era un bruto, un hombre alto y musculoso. A través de la tela de su camisa, sus tatuajes mostraban un contraste agudo, cada línea y sombra haciéndolo ver aún más peligroso, más como un chico malo rebelde.

Era fuerte. Podía dominarme igual que esos otros lo hicieron. Pero él estaba tranquilo, confiado y al mando.

“Entra en el auto. Dije que te ayudaría”.

¿Cómo diablos puedo confiar en ti? ¿Cómo rayos sé lo que eso significa?

Aunque tenía la evidencia de que había asustado a esos hombres e intervenido, no tenía ni idea de quién era este tipo. Nunca lo había visto antes, y recordaría una cara masculina como la suya, de ángulos duros, rasgos rudos, barba incipiente y todo. Sus ojos azul claro eran sorprendentemente brillantes, atravesándome con la exigencia de que lo mirara.

Apretó los dientes, tensando la mandíbula, lo cual acentuaba el tatuaje que tenía en el cuello. Cada centímetro de él era músculo duro y tonificado, y me encogí más lejos de él. Este hombre podría matarme con un simple giro de sus manos. Hasta que supiera que hablaba en serio, que realmente quería ayudarme, no podría superar la angustia aplastante al pensar que fácilmente podría matarme.

“Maldita sea”, gruñó, mirando a otro lado como si mi vista lo disgustara. Estaba furioso, pero no conmigo. “Entra en el auto”.

Parecía enojado, pero controlaba su ira. No era gentileza, pero era algo similar.

Me deslicé hacia el asiento, sintiendo la mancha de sangre que probablemente cubriría el cojín. No le importó. No se inmutó, esperando hasta que mis piernas estuvieran completamente dentro del auto.

Estaba loca por creerle. Sería insano confiar en otro hombre en este planeta después de lo que me pasó en el callejón. Pero reconocí que él iba a lograr su propósito. Él también lo sabía, esperándome. No tenía posibilidad de esquivarlo. No podía luchar para alcanzar la libertad. Mirándolo con furia y rezando para que me llevara a la policía, obedecí y me deslicé hasta el fondo del auto.

“Rápido. Antes de que venga la policía”. Cerró la puerta mientras esa advertencia resonaba en mi cabeza.

¡No!

¿Antes de que viniera la policía? Yo tenía que ir a la policía. Y él quería evitarlos.

Estaba en una situación peor que antes, pero en lugar de llorar o sucumbir a la tentación de desvanecerme y entumecerme, recurrí a más furia.

Él se deslizó en el asiento del conductor y de inmediato activó los seguros. No eran los comunes. Por más que tirara de la manija, no podía abrir la puerta.

“Detente”, me ordenó, tranquilo pero con rabia.

Se giró en su asiento, mostrando un cuchillo.

Grité, amortiguada por esta mordaza, y me aparté de su alcance.

“Quédate quieta”.

¡De ninguna manera! No me mataría fácilmente. No iba a comportarme y dejar que me apuñalara.

“Quédate quieta”, repitió mientras se inclinaba hacia mí. Sus dedos tomaron mi mordaza, no a mí, y con habilidad cortó el sucio trapo.

Tosí, respirando demasiado rápido. Al lamer mis labios y tomar aire más despacio para calmar este pánico, él giró, arrancó el auto y se fue a toda velocidad.

Retrocedí por la fuerza de su velocidad, frotándome la cara y tratando de cerrar la boca de forma natural, lamiendo mis labios, tragando y moviendo la mandíbula. Me quedé allí procesando que había quitado la mordaza.

Si quiere matarme… ¿Significa esto que es un sociópata que disfruta en escuchar a sus víctimas gritar?

“Quiero ayudarte”. Su voz no había perdido ese filo duro, pero otra vez, una pequeña voz dentro de mí me hacía pensar que no estaba enfadado conmigo.

“¿A dónde me llevas?”, exigí, intentando varias veces sacar las palabras con mi voz ronca.

Él respondió entregándome una botella de agua sellada del portavasos. “Bebe”.

“No me digas qué hacer”.

En cualquier otra circunstancia, me habría sentido mal de hablar con esa rudeza. Él era mi salvador, quizás, y se merecía algo de respeto por salvarme. Pero yo no era yo misma. No estaba pensando con claridad. Estaba demasiado enfocada en sobrevivir como para saber si podía confiar en este hombre o si realmente me había rescatado.

“¿A dónde me llevas?”, repetí antes de que pudiera responder a mi brusquedad.

“A mi casa”.

“No”. Sacudí la cabeza, derramando algo del agua que había bebido. *¿Su casa? ¿Para mantenerme cautiva allí?* “No”.

Él estrechó los ojos mirándome a través del retrovisor. “Te llevo a mi casa para ayudarte”. Al decir las palabras, frunció el ceño, casi como si cuestionara su decisión.

“No. Eso no es…”. Me estremecí mientras los recuerdos de aquellos hombres violándome llenaban mi mente. Acababa de suceder, y bloquear los recuerdos no era algo que hubiera perfeccionado aún. Las lágrimas volvieron a arder cuando el auto pasó sobre un bache, sacudiéndome en el asiento.

Me dolía el trasero. Mi vagina se sentía tan desgarrada. Recordando el horror que había sufrido, me hundí en ese estado aterrador de desear no estar viva para sentir esto.

La vergüenza. El miedo. La ira. Se fusionaron en una tormenta furiosa que me hacía explotar con la posibilidad de expresar todo.

“Nadie”, me ahogué con un sollozo. “Nadie me querrá ahora. Estoy dañada. Soy solo mercancía dañada”.

No podía ver más allá de las lágrimas, y juré que mi alma estaba aplastando mi corazón. Mi pecho estaba demasiado apretado. Mi cabeza era un desastre oscuro y pesado mientras las primeras reacciones me golpeaban.

“Elliot no me querrá ahora”.

Y de una manera enferma, me sentí libre. Me alegraba de tener finalmente una excusa para no estar con él. Jamás en la vida habría deseado que esto sucediera así. Jamás. Pero si tenía que aferrarme a algo positivo…

“¿Quién es Elliot?”

Sacudí la cabeza, casi olvidando por un momento que alguien más podía escucharme decir eso. Algo que no importaba entre todo lo demás. Elliot no era una prioridad. Sobrevivir a lo que me

había pasado sí lo era.

“¿Tu esposo?”, adivinó mientras conducía.

No. Nunca. Sollozando, traté de respirar más calmadamente.

“¿De qué estás hablando?”.

“Nada”. Este hombre era un desconocido. Aún no sabía si era amigo o enemigo. Con su valentía para enfrentarse a mis violadores, quería creer que era una buena persona, un extraño amable que se negaba a ser un simple espectador.

Contarle algo sobre mí parecía como darle munición que no quería que tuviera.

“¿Cómo te llamas?”, preguntó.

Atrapé su dura mirada en el espejo de nuevo, y sacudí la cabeza, negándome a responder.

“¿Quién eres?”, intentó de nuevo.

“Nadie”.

Él maldijo, tan en voz baja que no pude oírlo. Cuando se detuvo en un semáforo, frunció el ceño al mirarme. “¿Quieres que te lleve al hospital?”.

Debería. Necesitaba algún tipo de ayuda médica. Sangre salía de mí por donde no debería. Estaba desgarrada. Magullada.

Violada. Fui violada. Aceptar ese hecho era un destino demasiado cruel de aceptar, y solo pensarlo trajo más lágrimas ardientes a mis ojos.

“¿No quieres ir al hospital?”, adivinó por mi reacción.

No podía hablar, ahogándome en este dolor otra vez. Necesitaba que me revisaran, pero no podía permitirme ningún tipo de atención médica. Tenía deudas viejas de mi papá que pagar, y mi mamá trabajaba como auxiliar en uno de los hospitales más cercanos.

Enfrentarla era imposible. No estaba segura de si alguna vez podría después de lo que esos hombres me hicieron. No porque me sintiera asquerosa, sino porque ella se daría cuenta de que era solo una mercancía dañada y que ya no sería una opción para Elliot.

“¿Quieres que te lleve a casa?”.

Sacudí la cabeza. “No. No puedo enfrentar a mis padres”.

“¿Vives con tus padres?”

Empecé a asentir, pero me detuve. Estaba indagando información otra vez, y cuanto más cerrara mis labios, mejor. No sabía si podía confiar en él. Mi confianza estaba demasiado destrozada.

No podía ir con mis padres. No ahora, y me preguntaba si alguna vez podría. Se suponía que era su buena niña, la hija obediente que querían casar con un abogado prestigioso.

“Entonces déjame ayudarte a entrar”. Se detuvo, y apenas tuve tiempo de registrar que se había estacionado frente a una casa enorme pero antigua. No estaba tan deteriorada como para parecer un basurero abandonado, pero vi señales de que necesitaba mucho cuidado.

Antes de que pudiera protestar o pensar en otra cosa que decir, abrió la puerta trasera y extendió su mano. Caminar sería un desafío con el dolor entre mis piernas, pero estaba decidida a evitar tocar a este hombre. Este desconocido. Este… ¿caballero de armadura brillante?

Me puse de pie, observándolo de cerca. Prestarle atención a él y a este lugar era una distracción del sufrimiento en mi mente y corazón. Pero estaba demasiado cautelosa para comprometerme a algo más que ponerle un nombre a su rostro. Hasta que pudiera pensar durante más de un minuto sin recurrir a las lágrimas y el pánico, debía tomar esto con calma.

“¿Cómo te llamas?”, pregunté mientras me levantaba y daba un paso fuera del auto.

“Romeo”. Cerró la puerta, observándome como si temiera que me cayera. Me había preguntado quién era y aún no le había respondido. Pero no me presionó ahora mientras hacía un gesto para que subiera los escalones. El primero que subí quemó mi rodilla, y casi me desplomé en el suelo.

“Déjame ayudarte”, dijo mientras me tomaba en sus brazos y me llevaba por los escalones. No tuve tiempo de asustarme por su contacto porque la pausa después de sus palabras indicaba que aún esperaba saber mi nombre. No hizo nada indebido. No me miró con la malicia predatoria de esos tres hombres. En sus ojos azules, vi algo que parecía preocupación.

Este desconocido preocupándose por mí… Era un pensamiento salvaje al que ansiaba aferrarme.

Tragué con dificultad. “Tessa”, dije en voz baja mientras me llevaba adentro. “Me llamo Tessa”.

5

ROMEO

“El baño está allí”, dije mientras colocaba a Tessa en una silla en lo que algún día podría ser una sala de estar. Cuando comencé a arreglar la casa de mi tatarabuelo, no había pensado en la posibilidad de tener que ofrecer consuelo a una mujer en apuros. Mis suministros de primeros auxilios eran escasos.

Sus manos y rodillas estaban cubiertas de sangre. También vi manchas rojas en su muslo. Necesitaba limpiarse, pero no estaba seguro de si podría levantarse o encargarse de la tarea por sí sola. O si me permitiría ayudarla.

Se estremeció bajo mi toque, y no la culpaba. No después de lo que había enfrentado. Forzarla a dejarme limpiar sus heridas probablemente haría más daño que bien, pero no sabía de otra manera para que siguiera mis indicaciones.

“Voy a buscar un trapo. Para ayudar a limpiar la sangre. Pero…”. Retrocedí y pasé la mano por mi cabello.

Pero no puedo deshacer lo que sucedió. Y quería hacerlo. Había algo en ella que despertaba en mí una bestia deseosa de vengarla. No corregiría esta injusticia, pero sentía la necesidad de hacerla sentir mejor.

Ella apretó sus piernas juntas y bajó la mirada. Su barbilla cayó, pero no tanto como para que no viera el temblor en su labio inferior.

Me endurecí contra la necesidad de actuar. De moverme. De castigar y matar. Luchando contra la rabia instantánea de haberla encontrado herida, traté de controlarme y al menos aparentar calma, aunque sentía todo lo contrario.

Era una desconocida, pero algo indescriptible e innegable me hacía desear que me mirara sin miedo ni vergüenza.

“Yo puedo…”.

No terminé. Me alejé, preocupado de que mi enojo y frustración aumentaran a un grado que no pudiera manejar. Me dirigí a la cocina, buscando el paquete de trapos y toallitas que compré para limpiar este lugar. Antes de tomar los materiales de limpieza, saqué mi teléfono y le envié un

mensaje a Andy. Era un espía en la zona, y apostaba a que tendría suerte con esta tarea improvisada.

Romeo: *Encuentra a estos hombres y envíame su ubicación. Adjunté* las fotos que tomé de los dos hombres antes de que huyeran.

Andy: *En ello.* No preguntó nada. Por eso era un soldado tan confiable.

Llené un balde con agua tibia y, después de meter los paquetes de toallitas y trapos bajo el brazo, llevé todo hacia Tessa.

No se había movido, aún con la barbilla inclinada contra el pecho. Me alegraba que no hubiera vuelto a llorar, pero imaginaba que las imágenes y recuerdos de lo ocurrido la atacarían.

No había manera de ignorarlo o esconderlo, y no iba a sugerir eso. La única respuesta que tenía sentido para mí era matar a esos desgraciados, y lo haría tan pronto como Andy o alguien más de la familia los identificara. Mientras tanto, podía ayudar a Tessa a limpiar parte de esta sangre.

Arrastré una silla, colocándome frente a ella, y me senté antes de humedecer un trapo. Comencé por su rodilla. Ella se estremeció, pero contaba con esa reacción. Aún estaba en modo de supervivencia, y no se lo reprocharía.

“Tranquila”, advertí, extendiendo la mano para limpiar la sangre de nuevo.

Ella me dejó presionar el paño sobre su piel, sentándose tan quieta con la mirada fija en mi mano. Una y otra vez, eliminé la sangre, descubriendo que los raspones eran largos y enrojecidos, pero no muy profundos. No me sorprendía que hubiera tenido problemas para subir los escalones. El corte cubría toda su articulación y la piel estaba inflamada.

Pasé a su otra rodilla y repetí la limpieza lenta y cuidadosa. Manteniendo mis manos firmes y sin apresurarme para no asustarla, eliminé toda la sangre y los restos de las heridas. Al menos, de esas heridas.

“Tropecé y caí”, dijo, apagada y sin emoción.

Asentí y aclaré mi garganta. “Ya veo”.

“Ellos corrieron tras de mí cuando salí del trabajo”.

“¿Trabajas cerca de ahí?”.

Asintió, sollozando un poco. “En el bar deportivo. Acababa de terminar de trabajar y… y ellos…”.

Suavemente, puse mi mano sobre su muslo. “Vi”. Ahorrándole la necesidad de hablar más, me levanté y vacié el agua ensangrentada. Con otro balde de agua limpia, volví a limpiar sus rodillas. Una y otra vez, renovaba el agua.

En uno de mis viajes a la cocina, le mandé un mensaje a Danicia para que viniera. Ella era una ex doctora de urgencias que habíamos rescatado de la Familia Domino, y accedió a estar de guardia, de manera confidencial. Si Tessa aceptaba cualquier ayuda médica, oficial o no, le vendría mejor

una mujer.

Después de hacer lo mejor que pude al limpiar sus rodillas, envolví las heridas con vendajes. Luego pasé a sus manos y limpié las heridas y raspaduras que subían desde los talones de sus palmas.

Sostener sus manos se sentía diferente a cuando limpié sus rodillas, y me abrumaba cuánto me atraía hacia ella. Cuánto me impulsaba a acercarme y a cuidarla.

Salir corriendo a intervenir fue instinto. Yo era un asesino. Era un príncipe de la mafia que prefería la oscuridad y la sobriedad de la vida. Pero ver a una mujer inocente así desató algo en mí en ese momento.

“Yo estoy…”. Tragó saliva, levantando su mirada azul oscura hacia la mía. La vulnerabilidad en sus ojos me atravesó, y quería borrar el dolor que debía estar sintiendo. “Todavía estoy sangrando”. Admitirlo, tan en silencio y con timidez, claramente era difícil, pero admiré su tenacidad y valentía al hablar.

Lo sabía. Ya sabía que tenía que estar sangrando y herida entre las piernas. Cuando salió del auto, vi las manchas en los asientos que su falda corta no podía ocultar.

Incliné la cabeza, exhalando pesadamente. Esos hombres estarían muertos antes de que terminara la noche. Lo juré mientras miraba el suelo, pero cuando levanté el rostro para encontrarme con sus ojos directamente, intenté suavizar mi expresión para que no interpretara mi enojo como algo de lo que fuera responsable.

“Llamé a una doctora”.

Ella retrocedió, soltando su mano de mi agarre. “No. No quiero una doctora. No puedo pagar…”.

“No es eso”. Negué con la cabeza. “No en el hospital. Danicia solía trabajar en la sala de emergencias, pero desde que la ayudamos a salir de una…”. *Mierda.* No podía decirle que habíamos rescatado a Danicia cuando estaba en medio de una situación de rehenes. Eso la asustaría más.

“¿De qué la ayudaron a salir?”, preguntó, frunciendo el ceño.

“De una situación delicada”, improvisé.

Ella entrecerró los ojos y ladeó la cabeza. “¿Quién eres tú, Romeo?”.

Suspiré.

“Dijiste que querías ayudarme a salir del callejón antes de que llegara la policía. ¿Estás huyendo de la policía?”.

La miré, sabiendo que confesarle que era un hombre de la Mafia podría asustarla aún más.

“¿Eres un agente secreto?”.

No me reí de ella, pero la idea era tan absurda que no pude contener una sonrisa. Ella frunció el ceño, casi haciendo un puchero, y negué con la cabeza. “No, Tessa. No soy un agente federal”.

“Entonces, ¿quién eres? ¿Qué eres que prefieres evitar a la policía en una emergencia así?”.

Me lamí los labios, dudando. “Estoy en el sector de seguridad, pero en mi trabajo… he aprendido que muchos policías y autoridades en quienes deberíamos confiar son corruptos”.

Cuando asintió, levanté las cejas.

“¿Estás de acuerdo con eso?”

“Más o menos”. Encogió un hombro. “Sí. Lo estoy. He… escuchado algunas historias, y a veces me pregunto”.

“Bueno, Danicia solía trabajar con la policía cuando traían víctimas como tú. Ella puede traer un kit de exámenes y ayudarte a sentirte más cómoda”.

Me levanté rápidamente, reconociendo que ella quería distancia de mí después de que mencioné la palabra ‘violación’. “Danicia fue médica de emergencias durante doce años antes de que entrara bajo la protección de mi organización”.

Ella frunció el ceño otra vez. “¿Como el programa de protección de testigos o algo así?”.

“Supongo que es una comparación lo suficientemente cercana”.

Danicia llegó, y como sabía que sería, fue amable, asertiva y compasiva. Cuando preguntó si quería que me quedara durante su ‘revisión’ y Tessa dijo que no, demasiado avergonzada y al borde de las lágrimas otra vez, llevé a ambas mujeres a la suite principal. Había pasado la mayor parte del tiempo haciendo que esta habitación fuera habitable, y Tessa podría tener privacidad allí.

Una vez que supe que estaba segura y en buenas manos, llamé a Franco.

“¿Puedes venir a vigilar la casa?”, pregunté. Estaba a solo cinco minutos en coche.

“Sí. Pero, ¿por qué?”.

“Tengo a alguien aquí. Y necesito salir y ocuparme de un pequeño asunto”. Eso era código para una variedad de cosas, y Franco sabía mejor que hacer preguntas.

Mientras limpiaba las heridas de Tessa y dejaba entrar a Danicia para que la revisara, Andy había superado mis expectativas. Había encontrado a los tres tipos, porque se detuvieron en el mismo hotel donde Andy tenía una habitación. Quizá fue el destino. Suerte. Coincidencia. No me importaba qué pasó para que sus caminos se cruzaran, pero Andy los capturó a todos y los llevó al almacén más cercano que teníamos en la zona.

No necesitaba que le dijeran qué hacer. Esa era la ventaja de tener soldados bien entrenados y experimentados.

Dirigiéndome al lugar que me dio, dejé que toda la ira contenida que había reprimido saliera a la superficie. La rabia cubría mi conciencia. Una energía oscura me tensaba e impacientaba para infligir dolor.

Llegué listo y preparado para matar a esos malditos por atreverse a tocar a Tessa, por

aprovecharse de ella y hacerla llorar.

“¿Necesitas ayuda?”, preguntó Andy mientras entraba y me ponía unos guantes. Quería la sangre de esos hombres en mis manos, pero en un sentido retórico. Si me ensuciaba demasiado matándolos, tendría que tardar aún más en limpiarme antes de volver con Tessa y atender sus necesidades.

No tenía idea de si pertenecía a alguien. Ella dijo que vivía con sus padres y estaba asustada por algo con un hombre llamado Elliot.

Pero estaría allí, y yo quería ser el hombre que la consolara y velara por su recuperación.

“No”.

Andy asintió y se apartó. Antes de entrar, miré de reojo el pequeño puñal colgado en un gancho. Lo tomé, y dentro de la habitación donde los tres violadores estaban atados, me tomé mi tiempo para darles lecciones letales sobre por qué nunca debieron intentar lastimarla.

No me apresuré porque quería dar a Danicia y a Tessa más que suficiente tiempo y privacidad, y también porque disfruté la satisfacción de torturar a estos violadores hasta que suplicaron por la muerte. En ese punto, estuve tentado a dejarlos desangrarse lentamente y sufrir.

Andy seguía esperando fuera de la habitación. Era un espía, pero sabía que también me ayudaría con esto.

“Despójalos cuando estén muertos”.

Andy se inclinó para ver más allá de mí mientras me quitaba los guantes. “¿Quieres que los mate y me deshaga de ellos más rápido?”.

Miré de nuevo la habitación ensangrentada y desordenada. “No. Han ganado cada segundo de agonía”.

“Sí, señor”.

Se sintió bien matar a los hombres que violaron a Tessa, pero mientras conducía de regreso hacia ella en esa casa destartalada, me di cuenta de que esto estaba convirtiéndose rápidamente en más que una noche ordinaria como príncipe de la Mafia y asesino implacable en las calles.

Tessa merecía este acto de venganza porque era inocente, acosada y brutalmente violada.

Pero una alternativa furtiva entró en mi mente.

Me importaba. Mucho. Quería vengarme personalmente de esos hombres, aunque Andy o cualquier otro soldado podría haberlo hecho por mí.

Y era porque Tessa, quienquiera que fuera, ya estaba metiéndose bajo mi piel de una manera que ninguna otra mujer lo había hecho.

6

TESSA

Danicia me tranquilizó. Sus ojos eran amables y su sonrisa no era de lástima, sino de empatía.

“Exactamente sé cómo se siente”, dijo después de que Romeo nos presentó.

Me alegré de que él saliera de la habitación, pero me puse nerviosa al verlo irse. Desde que detuvo a esos tres hombres de continuar su ataque y me salvó de que me violaran aún más, lo consideré una fuente de seguridad. Con Danicia, sin embargo, supe instintivamente que estaría a salvo bajo su cuidado atento, y de una manera diferente a lo que Romeo podía ofrecer.

Él había limpiado mis manos y rodillas cuando me caí sobre el pavimento, pero quería la tranquilidad de recibir asistencia médica para el resto de mis heridas. “¿En serio?”, le pregunté, sorprendida de que esta mujer alta, en forma y de piel negra, pudiera haber sido violada alguna vez.

Romeo debió haberle contado mi situación mientras cambiaba el agua ensangrentada, pero no me ofendí. No me preocupaba que él hubiera hablado de mí con una extraña. No cuando ella parecía tan tranquila y confiada.

“Lo fui. Muchas veces”. Suspiró mientras se sentaba en el borde de la cama, sin tocarme y dándome espacio.

Agradecí su respeto por la distancia. Aun así, el tema que hablábamos atravesaba mi alma.

Fui violada. Cada vez que me recordaba ese cruel destino que mi mente quería rechazar y olvidar, como un mecanismo de defensa involuntario, temblaba y luchaba por contener las lágrimas una vez más.

“Si no fuera por Romeo y su gente, habría soportado algo peor”.

La larga cicatriz a lo largo de su mandíbula sugería que ya había sufrido algo espantoso. Supuse que, en cierta medida, tuve suerte de que esos tres hombres no intentaran lastimarme sádicamente con un cuchillo o una pistola.

“Parece tan…”. *Incorrecto. Horrible. Vergonzoso.* “Irreal”, dije finalmente. “Siempre escuchas

sobre las estadísticas y sabes que este tipo de cosas son posibles, pero parecía algo remoto y lejano que no me tocaría".

Ella asintió. "Estoy de acuerdo".

No quería hablar de ello. Sabía que ella me escucharía. Romeo dijo que era doctora de emergencias, no psiquiatra. Pero deseaba tanto poder contener el pensamiento de lo que me pasó. Quería aplastarlo y hacer como si no hubiera ocurrido, al menos por el tiempo que pudiera.

"¿Cómo conociste a Romeo?" le pregunté en cambio.

Ella no reaccionó ante la rapidez con la que cambié de tema.

"Fue crucial para ayudarme a salir de una situación desafiante".

Mmm. Otra respuesta vaga.

"¿Te gustaría que te examinara, Tessa? Si te preocupa…".

Solté una carcajada histérica. Luego, entre sollozos, asentí. "Me preocupa todo. Pero yo…".

Sacó una botella pequeña de whisky. "Esto puede calmar tus nervios".

"Gracias". Rara vez bebía. A veces Nina y yo compartíamos una cerveza o dos después del trabajo, pero necesitaba ese adormecimiento ahora. Abrí la botella sellada y tomé un sorbo rápido, esperando que el ardor en mi garganta se convirtiera rápidamente en una neblina que apagara más mis recuerdos.

Mientras Danicia me examinaba, con cuidado y explicándome cada paso de lo que hacía, traté de bloquear el miedo y contener las lágrimas. Era similar a un chequeo anual con el ginecólogo, pero no del todo.

"¿Quieres contarme lo que sucedió?", preguntó suavemente.

No quería, pero una parte obediente de mí la reconoció como doctora, como una figura de autoridad médica, y se rompió el dique. Como si alguien más estuviera narrando mi vida, le conté en un tono monótono y desapegado cómo los tres hombres me habían violado, turnándose para usar ambos de mis orificios.

"Solo uno me penetró… ahí…". Mi pulso se aceleró cuando ella limpiaba la sangre cerca de mi ano.

"¿Con sus dedos o con su pene?", preguntó clínicamente.

"Ambos. Me desconecté y…".

"Entiendo. El desgarro es superficial", dijo, "lo cual sanará más rápido".

Ni siquiera quería pensar en cómo iba a sanar. Me sentía tan sucia por dentro y por fuera que no estaba segura de que alguna vez lo lograra.

"¿Usaron condones?", preguntó.

Me encogí de hombros, perdiendo el control de bloquearlo todo mentalmente.

“No veo evidencia de semen”, explicó. “Y eso es muy bueno”.

Me reí débilmente. “¿Bueno, eh?”.

“Imagino que se cuidaron de las ETS”. Sonrió con ironía. “Malditos egoístas. Pero eso es una bendición para ti. Menos riesgo de que te pasaran algo”. Mientras terminaba, suspiró profundamente. “Voy a hacer algunos análisis y asegurarme, de todas formas. Pruebas de sangre, estos hisopos que recolecté. Cruzaré todas las T y pondré todos los puntos sobre las íes”.

“Gracias”.

“¿Tienes algún médico de familia con quien quieras que comparta esta información?”. Se quitó los guantes mientras yo me sentaba y bajaba las piernas debajo de la sábana.

“No”. Sacudí la cabeza. “No quiero que mis padres sepan”. Y con mi mamá trabajando para la red de salud más grande de la ciudad, se enteraría rápido. Si no por los reclamos del seguro, entonces por espiar mi historial.

“Tengo formas de eludir los formularios del seguro y…”.

“No. Por favor”. Mientras me relajaba en la cama, el agotamiento del largo día y la noche se sumaban al calor del whisky. Bostecé, pero después levanté las cejas con sorpresa al darme cuenta de que podía estar cansada.

“Está bien”. Danicia asintió mientras continuaba explicando cómo cuidar mis heridas y sacó algunas cosas de su bolsa. Antibióticos, ungüentos, cremas, analgésicos y otra botella de whisky. No era una doctora convencional, eso era seguro, dándome alcohol si así lo quería.

Escuché lo mejor que pude mientras explicaba cómo atender mis heridas, y con su mención de que la casa estaba vigilada, me hundí aún más en la ilusión de que estaba a salvo aquí. Incluso si no lo estaba, estaba demasiado débil para luchar contra esta fatiga.

Después de que ella salió de la habitación y cerró la puerta, cerré los ojos. Solo por un momento. Un minuto se convirtió en más, y dormí intermitentemente tanto tiempo que me sentí desorientada al despertar. La luz del sol se filtraba a través de las cortinas, señalando que había dormido mucho tiempo, una rareza que nunca había tenido la oportunidad de disfrutar.

Despertar en un lugar desconocido era desconcertante, pero una vez que vi la pantalla de la lámpara en la que me había concentrado durante el examen de Danicia anoche, traté de calmar mi ritmo cardíaco. Mi presión arterial probablemente permanecería alta durante mucho tiempo, pero intenté convencerme de que estaba a salvo aquí. No me habían movido. Nadie, al parecer, había entrado en esta habitación y me había molestado. Seguía con los pantalones cortos de dormir y las bragas que Danicia me había ofrecido. Mi ropa estaba intacta.

Eso es mucho más de lo que puedo decir sobre la noche anterior.

Todos los recuerdos me abrumaron, y conté mis respiraciones con el método cuadrado para evitar quedarme atrapada en el miedo otra vez.

No funcionó. Cuanto más intentaba resistir el pánico al despertarme con una mente más clara después de una noche de sueño, más profundos persistían los horrores. Superar el trauma de lo que esos hombres me hicieron llevaría más que una sola noche de sueño. Lo sabía. Pero me descontrolé y entré en pánico.

En esta habitación, estaba agradecida por mi privacidad, pero al mismo tiempo odiaba estar sola. No podía volver a casa con mis padres. Ni siquiera podía soportar enfrentarlos, segura de que me juzgarían y castigarían por 'dejarme' violar.

Un deseo fugaz fue el de llamar a Nina. Ella era mi mejor amiga, y para eso estaban los amigos: para calmar ataques de pánico. Pero ella no estaba aquí. No había estado en contacto con ella. Y me sentía avergonzada de incluso contarle lo que había pasado.

¿Por qué? ¿Por qué este estúpido sentido de humillación es tan fuerte? No había hecho nada para ser violada. Luché. Me defendí. Pero me golpeó una dura dosis de vergüenza.

Se escuchó un golpe en la puerta, y eso me sacó de mi mente.

"¿Tessa?".

Fruncí el ceño ante la voz de Romeo, sin saber cómo enfrentarme a él. "¿Sí?".

"¿Puedo entrar?".

Hice una mueca. Era su casa. No me debía nada, ni siquiera mi privacidad después de todo lo que había hecho. Detener a esos hombres. Llevarme a un lugar seguro. Limpiar mis cortes y conseguirme atención médica.

"Sí". No estaba segura de querer hablar con él, pero me sentía aún peor por ser grosera y cerrarle la puerta.

Dios mío. Seré una chica complaciente y obediente hasta que muera. Revolví los ojos.

"¿Te ayudó Danicia?", preguntó al entrar y sentarse en la silla al lado de la cama. Recorría su mirada de arriba abajo mientras me sentaba en la cama, pero no era una mirada incómoda. Más bien algo que podría hacer un amigo preocupado.

"Sí. Sí me ayudó. Gracias".

Asintió, pareciendo complacido con mi respuesta. "Ella está de guardia si necesitas algo más". Mirando los materiales y medicamentos que había dejado en la mesita de noche, añadió: "Incluso para ayudar con las heridas y vendajes".

Levanté mis manos, mostrándole la gasa. "Gracias. Esto debería ayudar mucho".

"Quiero ayudar", dijo, suave y sincero. "Por favor, tenlo en cuenta".

¿Por qué? Las emociones me atoraban la garganta, y respiré a través del escozor de las lágrimas que se avecinaban.

"¿Qué te pasa?", preguntó, tan observador que notó que estaba a punto de llorar de nuevo.

Nunca lloraba. Nunca. Pero esta vez no eran los recuerdos de mi trauma los que me hacían sentir así. Era él. Que le importaba. Después de mi intento solitario de calmarme y no pensar en los flashbacks, su genuina preocupación fue conmovedora.

“Nadie lo hace”.

“¿Qué?”.

“Nadie nunca me ayuda”. Antes, Nina lo hacía. Nos ayudábamos mutuamente lo mejor que podíamos, pero lidiábamos con la misma mano de cartas y no estábamos en posición de mejorar realmente la vida de la otra.

“Yo lo haré”.

Me limpié la mejilla, odiando la lágrima que se deslizó. “¿Por qué? Somos extraños. Yo soy…”.

“Eres una mujer a la que quiero ayudar. Y lo haré”. Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas mientras entrelazaba las manos. “Lo he hecho, y no pararé”.

Miré la profunda herida en sus nudillos. “¿Es eso de haber golpeado a ese hombre anoche?”.

Asintió.

Una ira enfermiza se intensificó dentro de mí, ahuyentando un poco la desesperación. “Ojalá lo hubieras golpeado más fuerte”.

Inclinó la cabeza hacia un lado. “¿Lo dices en serio?”.

Asentí.

“Entonces es un placer para mí informarte que está muerto. Los tres lo están”.

Contuve la respiración, dejando que sus palabras, tan simplemente expresadas, se filtraran por mi mente un par de veces. Quería justicia, pero eso fue rápido. Y espeluznante. “¿Muerto?”.

“Sí”.

Abrí y cerré la boca un par de veces, mirándolo con una perspectiva completamente nueva. Extraños. Definitivamente éramos extraños, pero estaba añadiendo más detalles sobre él.

Mató a esos hombres. Era un asesino.

Sin embargo, no tenía miedo. “¿Tú…?”.

Asintió.

“Vaya”. Lo exhalé de un tirón, aceptando su afirmación y dejándola asentarse.

Estaba sentada frente a un asesino. Un homicida. Un hombre que mató a otros era mi rescatador. “¿Vas a matarme?”.

Se rió con desdén. “No”.

Me lamí los labios, sintiendo un impulso de hacerle tantas preguntas, pero intimidada para hablar

en absoluto. Nunca había conocido a un asesino antes. No me asociaba con criminales.

Pero, ¿es él uno? No me diría para quién trabajaba, y tenía tanto que aprender. Pero no en este momento.

“¿Vas a…?”. Aclaré mi garganta para poder decir las palabras. “¿Vas a mantenerme aquí en contra de mi voluntad?”.

“No”. Sacudió la cabeza. “Haré lo que tú quieras, Tessa”.

Lo miré boquiabierta, preguntándome si estaba bromeando.

“Solo pregunta”, me animó.

Me soné la nariz, golpeada de nuevo por la necesidad de desmoronarme.

Nadie, y quise decir nadie, había sido tan generoso y considerado conmigo antes.

“¿Puedes…?”.

Inhalé un respiro tembloroso.

“¿Qué, Tessa?”. Frunció el ceño mientras se deslizaba un poco más al borde de la silla.

“¿Puedes solo… abrazarme?”, pregunté, mi corazón rompiéndose por lo mucho que necesitaba ese consuelo básico.

Incluso de un extraño mortal como él.

7

ROMEO

Maldita sea.

Estaba lo suficientemente cerca como para alcanzarla. Rodearla con mis brazos se sentía natural, como si ella perteneciera a mi abrazo. Mantuve mi agarre suelto, en caso de que se arrepintiera de lo que había soltado en ese tono quebrado.

Anoche, se apartó de mi toque. Ahora, se aferraba a mí. Sus dedos se retorcían en la parte delantera de mi camisa y, con una inhalación desesperada y profunda que casi sonaba como un sollozo, apoyó su rostro contra mí.

Cedí a su inclinación y la estreché en mis brazos. Probablemente no era consciente de cómo hacía espacio para mí en la cama, pero me acerqué hasta quedar sentado junto a ella.

"Te tengo", dije, pasando mi mano por su espalda mientras se acurrucaba y se inclinaba hacia mí. Esto no era un abrazo; era un agarre completo que parecía necesitar.

No era tan serio y frío como para carecer de la necesidad de contacto físico. No era inmune a la necesidad de contacto humano. Con el tiempo, comencé a satisfacer esa necesidad con aventuras ocasionales y encuentros de una noche. Cuando era niño, mi padre siempre estaba listo para envolverme en un abrazo, tanto como para enseñarme sobre la dureza de la vida en la Mafia.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que tuve a alguien?

Le acaricié la espalda a Tessa y dejé que se aferrara a mí mientras estabilizaba su respiración. Abrazarme parecía ayudarla. Ya no respiraba como si estuviera al borde de hiperventilar o de llorar. Mientras la sostenía y le ofrecía consuelo en silencio, recordé la triste confesión que compartió. "Nadie nunca me ayuda".

Me fui irritando más y más con el hecho de que esta mujer pudiera no tener a nadie. Sin ayuda. Sin apoyo. *¿Nadie y nada?* No se merecía eso.

"Te ayudaré", repetí. Perdí la cuenta de cuántas veces le había dicho eso. Y lo repetiría muchas más veces, tantas como fuera necesario hasta que supiera que ya no estaba sola.

Ella se acurrucó más cerca, apoyando su mejilla contra mi pecho, y yo apoyé mi barbilla en la

parte superior de su cabeza. Este era un abrazo simple, fundamental, pero abrió las puertas a sentir mucho más.

La conocí apenas hace un día, ni siquiera. Durante horas, Tessa había estado en mi vida, y ya me había impulsado a llegar a tales extremos por ella. A pelear por ella. A salvarla. A vengar lo que le hicieron. Y ahora, simplemente a estar con ella. Sentado y calmándome de la intensa conversación que habíamos tenido hasta ahora.

Su cuerpo cálido y esbelto encajaba tan bien contra el mío, y cuando suspiré varios momentos después, ella hizo lo mismo, respirando profundamente y acomodándose contra mí.

Le dije a Franco que quería un proyecto. Que necesitaba algo como un nuevo propósito en mi vida para distraerme de la culpa por la muerte de los tres soldados. Tessa, quienquiera que fuera, parecía ser la pieza que me faltaba.

Estaba enamorado sin siquiera saber mucho de ella, y esperaba que este fuera el momento para aprender una o dos cosas. Ella no se había inmutado al saber que maté a esos tres hombres. Quizás era una señal de su conciencia más ruda, que quería venganza y estaba feliz, no horrorizada, de que hubiera tomado sus vidas. Su aceptación de que yo fuera un asesino era un gran primer paso para contar con una conexión con ella.

“¿Sería una persona horrible si quisiera decir gracias?”, preguntó suavemente, trazando con su dedo de un lado a otro en mi camisa. Parecía un movimiento abstracto, no una caricia intencionada, pero se sentía tan bien. “¿Por… eliminarlos?”.

“No. Y de nada”.

“¿Eres un asesino a sueldo?”.

A veces. “Soy un hombre que quiere cuidarte”, le recordé, evitando darle más información sobre mí. Preguntarle sobre ella probablemente se sentiría como un interrogatorio, y quería evitar eso. Al cambiarla de posición para que pudiera recostarse en mí, pero también mirarme, le acaricié el brazo y miré sus ojos azul oscuro.

No había brillo de lágrimas ahora, y quería mantenerlo así. “¿Quién eres, Tessa?”.

Ella se encogió de hombros. “Solo una mesera de ese bar deportivo…”. Frunció el ceño y soltó una risa irónica. “Oh, Dios”. Cuando levantó la mano para apartar su cabello detrás de su oreja, pero falló al mantener sus mechones rubios hacia atrás, tomé el control y lo hice por ella.

Ya estaba tan malditamente cautivado que tomaría cualquier excusa para tocarla. Para consolarla. “¿Qué pasa?”.

“Mi auto”. Negó con la cabeza, usando la acción para acurrucarse contra mí. “Bueno, no es mío. Nunca podría ahorrar para uno. Es de mi papá”.

Recordé que su papá era la razón por la que quería evitar regresar a su hogar. Había sido tan insistente en no ir a casa.

“Esperaba que lo llevara a casa anoche. Bueno, supongo que esta mañana. Quería ir a algún

lugar". Su ceño se frunció aún más. "Me llamó justo antes de que terminara mi turno, en realidad. Estará tan malditamente enojado de que no devolví el auto".

"¿Siempre es tan controlador?", pregunté. Esperaba que acariciarle el brazo sirviera como una señal física para que se relajara, aunque estaba buscando respuestas. Este momento se sentía mucho como el cuidado posterior, cuando me aseguraba de que mi amante pudiera manejar lo duro que había sido durante el sexo.

"Sí. Él y mi madre también".

"¿Es por eso que no quieres ir a casa?", pregunté.

"No. Sí". Exhaló tan fuerte que los mechones dorados de su corte bob se levantaron de su rostro. "Tienen expectativas muy estrictas para mí".

"¿Incluyendo regresar un auto a tiempo?". Casi lo dije burlonamente. "Tessa, lo que te pasó no es tu culpa".

Ella tragó saliva y asintió. "Lo sé. Lógicamente, tiene sentido, pero no puedo imaginar decírselo a ellos. Esperaban que me casara con el hijo de sus amigos, y ahora que pasó esto…". Se encogió de hombros.

"¿Ese es el Elliot que mencionaste anoche?".

"Sí. Dios. ¿Qué más dije? No recuerdo todo lo que dije anoche".

"Solo que te preocupaba que alguien llamado Elliot ya no te quisiera".

"Sí. Porque ahora soy un producto dañado".

Le sujeté el mentón con suficiente fuerza como para disipar la tristeza en sus ojos. Ella los entrecerró, frunciendo el ceño hacia mí.

"No eres un producto dañado".

"Voy a estar en desacuerdo contigo en eso".

Terca. Pero no me molestaba. Me gustaba que tuviera algo de coraje.

"¿Quién es Elliot?", pregunté en su lugar.

"Elliot Hines. Mis padres son viejos amigos de sus padres, y se les metió en la cabeza que Elliot y yo deberíamos casarnos. Lo pensaron cuando éramos solo niños, pero ahora que soy adulta, parece que ha pasado de ser un comentario tonto y una idea a una obligación real".

"¿Hines?", pregunté. Algo me molestaba sobre el apellido del tipo.

"Sí". Me estudió. "¿Por qué?".

"Suena familiar".

"Ha salido en las noticias de vez en cuando".

“¿Por qué?”.

“Es un abogado prominente en la ciudad, en el bufete J.R.G”.

Asentí. “He oído hablar de ellos”. Cuando la Familia Domino peleó con los Hermanos del Diablo, ese bufete de abogados fue mencionado por los espías y soldados que reunían información para nosotros.

“Mis padres me han estado presionando cada vez más para que me case con él. Piensan que Elliot equivale a riqueza, que si me caso con él, no tendrían que preocuparse por el dinero de nuevo”.

“¿Pero tú no quieres?”.

Ella negó con la cabeza, manteniendo su hermosa mirada bien abierta hacia mí. Sabía que estaba diciendo la verdad. Vi la sinceridad en sus ojos. “No. Nunca he querido. Ni por un segundo. Por eso quiero trabajar tanto como pueda. Tener mi propia vida. Mi propio dinero. No quiero conformarme con alguien, a pesar de cuánto mis padres intenten decirme que debería hacerlo”.

Después de que ella soltó un amplio bostezo, la dejé y me levanté de la cama. “Voy a traer una bandeja con comida”, dije, mientras me observaba dirigirme hacia la puerta.

Tan maravilloso como era sostenerla, sentía ansias de investigar a este Elliot Hines. También a los padres de Tessa. No estaba seguro de si entendía cuán profundamente sentía esta necesidad de cuidar de ella. Matar a sus agresores fue solo el comienzo. Quería arreglar todo en su vida. Ella se había convertido en mi propósito, y estaba impaciente por empezar a resolver sus problemas.

Cuando regresé de la cocina, la encontré dormida. En lugar de quedarme para vigilarla, dejé la bandeja en una mesa y agregué una nota simple:

Volveré. Quería que lo leyera y supiera simplemente que no la iba a dejar.

El guardia que coloqué en la puerta patrullaría y mantendría un ojo en ella. No estaba preocupado de que ella se fuera, pero no podía marcharme sin saber que habría seguridad vigilándola.

Fui a la mansión para hablar con mi padre y Franco sobre este supuesto prometido que Tessa no quería. O casi prometido. Quien fuera, quería más información. Tenía sentido informar a mi padre sobre el hecho de que tenía una mujer conmigo. No de esa manera… pero después de sostener a Tessa en la cama, sabía que ella no iría a ninguna parte pronto. Y no solo porque evitaba regresar a casa.

“¿Este tipo le propuso matrimonio?”, preguntó Franco después de que le di la información básica.

Los había encontrado en un momento conveniente. Nina estaba dentro, organizando cosas para la llegada del bebé. Franco y mi padre estaban sentados junto a la piscina en la mesa que usábamos para reuniones.

“No. No lo creo”. Me froté la nuca y caminé de un lado a otro. Ya habían escuchado todo lo que expliqué, pero Franco quería continuar. “Ella dio a entender que Elliot es solo alguien que sus padres siempre han conocido, y están tratando de persuadirla para que se case con él”.

“¿Y ella no está interesada?”, preguntó mi padre.

“No. Para nada”.

“¿En qué bufete dijiste que trabajaba este tipo?”, preguntó Franco otra vez, revisando su teléfono. Probablemente ya lo estaba buscando.

“Elliot Hines. Es abogado en el bufete J.R.G”. Hice una mueca. “Maldita sea. Su nombre suena tan condenado familiar”.

“Estoy de acuerdo”. Nina se acercó al patio, su rostro tenso con preocupación.

Mi padre frunció el ceño y extendió el brazo para que se sentara en su regazo. Nunca la excluía, ni siquiera de conversaciones de negocios, pero ella tampoco se inmiscuía en nuestras charlas serias.

El hecho de que lo hiciera ahora, claramente escuchando parte de lo que dije, era sospechoso. Las ventanas estaban abiertas, así que no es como si hubiera intentado ocultar lo que estaba diciendo. Pero su expresión…

“¿Qué pasa?”, le pregunté.

“Elliot Hines suena familiar”. Miró a mi padre. “Suena como el imbécil espeluznante que mi mejor amiga, Tessa West, ha estado evitando por años”.

Tessa West. Ahora tenía su nombre completo. Mientras Nina se sentaba en el muslo de mi padre, me miró. “¿Cómo la encontraste?”.

Suspiré, odiando que tendría que darle la noticia de que su amiga había sido violada. No era mi historia para contarla. Pero Tessa podría. Me preguntaba por qué ella me diría que no tenía a nadie, y que nadie la ayudaba, si Nina afirmaba que eran mejores amigas.

“Te llevaré con ella ahora, para que pueda explicártelo”.

Y pueda explicarme cómo es amiga de la prometida de mi padre.

El mundo era pequeño, pero quería asegurarme de que Tessa simplemente se quedara en el mío, sin importar cómo pudiera estar ya conectada. Porque ahora que la había encontrado, no podía imaginar dejarla ir.

8

TESSA

La próxima vez que desperté en la misma cama en la que Romeo me sostuvo, no sentí esa instantánea desesperación y aprensión. Permanecí allí durante varios minutos, escaneando la habitación que ya se estaba volviendo tan familiar. No solo reconocía fácilmente estas cuatro paredes y el tipo de papel tapiz a rayas que me devolvían a los setenta, sino que también sabía que estaría a salvo detrás de la puerta cerrada.

Romeo tenía que estar cerca en esta vieja casa, y si no estaba, volvería. Hasta ahora lo había hecho, y le creía cuando decía que quería ayudarme. La mirada en sus serios ojos azul hielo sugería que quería cuidarme en todos los aspectos en los que necesitaba asistencia.

Él mató a un hombre… a tres de ellos… por mí.

Si eso no era un acto definitivo de ir más allá para atender las necesidades de alguien, no estaba seguro de qué más contaría. No me había dado cuenta de cuánto quería que esos hombres estuvieran muertos, demasiado atrapada en el desconsuelo y el dolor de lo que habían hecho. Pero en el momento en que vi la señal de sus nudillos heridos por golpear a alguien, sentí una necesidad de infligir dolor en la misma medida. O de saber que se habían hecho cargo de ellos.

Danicia me advirtió que estaría muy cansada, exhausta hasta los huesos sin importar cuánto descansara. La agitación emocional. El instinto de supervivencia y funcionar con lo mínimo. Eso sin contar lo fatigada que estaba en un día normal solo por esforzarme tanto.

Nunca había tenido la oportunidad de dormir hasta tarde, siempre se esperaba que hiciera tareas y cualquier otra cosa que mis padres me pidieran. Nunca me dejaban descansar y eran críticos cuando quería ser perezosa. ‘Cuidado personal’ era una noción risible para ellos.

Aquí, podía simplemente… ser. No podía durar, pero me atreví a soñar que lo que esos hombres me hicieron desencadenó un punto de inflexión en mi vida.

Bostecé mientras los últimos hilos de somnolencia me dejaban, y me levanté para ir al baño. En el camino, vi la bandeja de comida. Se había añadido una nota, y miré la escritura precisa del mensaje de Romeo.

Volveré.

-R

Dejé la nota, contenta de que me hubiera dado una indicación de su regreso inminente.

¿Ves? Volverá. No tenía que preocuparme por quedarme aquí o estar varada.

Al usar la ducha, hice una mueca ante los signos de desgaste en el pequeño cuarto. Aunque mis estándares eran bajos, realmente bajos hasta el punto de ser muy fácil de complacer, me preguntaba si esta enorme casa estaba en renovación. Mientras me limpiaba, cuidando mis heridas, imaginé lo bonito que podría verse este lugar. Nueva pintura y herrajes. Quitar los azulejos astillados y manchados. Una ventana más moderna con una malla. Incluso la decoración. Todo necesitaba arreglarse o reemplazarse, y redecorar y renovar mentalmente me daba una escapatoria de la realidad. Una vez que terminé, apliqué todas las cremas que Danicia había dejado. Ayudaron mucho a calmar mi carne adolorida.

De regreso en la habitación, sonreí al ver la pila ordenada de ropa dejada en una silla.

Romeo pidió que volviera hoy y revisara tus signos vitales. (Todo bien). No quería despertarte. Necesitas todo el descanso que puedas obtener. Esta ropa es de sobra, por si necesitas cambiarte. Si necesitas CUALQUIER COSA, no dudes en llamarme.

-Danicia

Realmente se esforzó mucho. Aunque debería alarmarme que entrara en la habitación sin mi conocimiento, no era diferente a si hubiera ido al hospital y la enfermera de turno viniera a revisar los signos vitales. Lo aprecié, y me apresuré a ponerme los pantalones de yoga y la camiseta que parecían más cercanos a mi talla. Las prendas eran un poco holgadas, pero eran lo suficientemente buenas.

Salí de mi habitación en busca de Romeo, con la esperanza de tener la oportunidad de decirle lo agradecida que estaba por la ayuda de Danicia. Puede que no le pareciera mucho, pero estas muestras de consideración eran regalos extravagantes, en mi opinión.

"¿Romeo?".

Sabía que tenía que haber un guardia cerca. Romeo y Danicia mencionaron que uno estaba estacionado aquí. Me dio curiosidad, otra vez, sobre qué organización trabajaba Romeo. Una mortal. Pero, ¿no era una fuerza del orden? Tenía una expresión divertida en su rostro cuando le pregunté si era un asesino a sueldo.

"¿Pero no es uno?", susurré para mí misma mientras buscaba por la casa. Si mató a tres hombres, tuvo que haberlos cazado rápidamente, y luego tuvo la fuerza y el conocimiento para llevar a cabo esa hazaña. Eso significaba que tenía recursos de algún tipo.

Preguntas para más tarde. La comida en la bandeja se había enfriado mientras dormía, así que después de buscar en los niveles superiores, bajé a localizar la cocina. La comida me haría pensar con más claridad, y dudaba que mi estómago pudiera gruñir más fuerte.

Quizás podría hacerle el almuerzo. Fruncí el ceño, mirando mi reloj. *Uh, ¿tal vez una cena temprana?* Había estado durmiendo tanto que mi rutina estaba completamente desordenada.

Encontré la cocina y me estremecí al ver cuán sucia y desordenada estaba. Mis conjeturas parecían precisas. Esto no era un desorden ordinario. Era el caos de una construcción, o reconstrucción. La casa tenía buenos cimientos. No era experta para saber de lo que hablaba, pero noté la amplitud. Las casas ya no tenían techos tan altos como estos. Y las enormes ventanas dejaban entrar tanta luz. Características más antiguas como molduras y marcos de puertas ornamentales me hicieron preguntarme cuán viejo era este lugar, y sonreí ante la perspectiva de verlo despojarse de su caparazón exterior de descuido y desgaste para transformarse de nuevo en una gran mansión.

Suspiré, mirando dentro del refrigerador que parecía haber sido actualizado. No era del tamaño adecuado para el rincón en el que estaba encajado, pero era nuevo y funcionaba, ofreciendo al menos los ingredientes para un sándwich.

¿Quizás lo puso aquí para poder vivir mientras se renueva?

De nuevo, traté de controlar mi frustración por tener tantas preguntas sobre Romeo. Se veía en forma y lo suficientemente fuerte como para hacer una renovación por su cuenta, pero aún no tenía idea de quién era realmente el hombre.

Más tarde. Comida ahora, y luego, cuando vuelva, preguntaré más.

Había sido tan amable, dejándome descansar, y tan generoso al abrazarme sin esperar nada a cambio. Por todo lo que no sabía sobre Romeo, era completamente consciente de las cualidades que me gustaban de él hasta ahora.

¿Incluso la parte de matar? Me estremecí un poco mientras preparaba las capas que quería para completar el sándwich, pero al girarme para poner el embutido en el refrigerador, me congelé.

Fuera de las ventanas que había estado admirando, un hombre se acercaba sigilosamente a lo largo de una fila de setos.

¡Mierda! El pánico me llenó tan rápido que incluso me contuve para no gritar. Había sido empujada a esta oleada de adrenalina tan a menudo últimamente que me estaba acostumbrando a manejarla.

El miedo no me arraigó en el lugar mientras permanecía paralizada e inmóvil. Si podía verlo, y al segundo tipo detrás de él, ellos podían verme. Como un ciervo atrapado en las luces de un automóvil, contuve la respiración y observé cómo se movían en silencio.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Me negué a perder la calma por el terror, pero su presencia me asustaba. Ambos se veían altos, musculosos y desaliñados, con pañuelos en la cabeza, chaquetas de cuero de motociclista y jeans desgastados. No eran unos meros intrusos, sino miembros de una pandilla de motociclistas.

¿Qué demonios hacen aquí?

Los Hermanos del Diablo eran un grupo de imbéciles sobre ruedas. Lo poco que sabía de ellos no me hacía sentir cómoda. Se rumoreaba que traficaban mujeres y niños. Siempre estaban armados y tenían un aspecto tan siniestro que usaban sus armas cuando les apetecía.

El hermano de Nina, Ricky, apostó una vez con el líder, Reaper, en las salas de juegos privadas del Hound and Tea. Debido a esa apuesta, Nina decidió ser la falsa novia de un jefe de la mafia. Lo último que supe de ella fue cuánto realmente deseaba al hombre mayor.

¿Por qué están aquí? ¿Qué están haciendo? No me había informado de dónde aterrorizaban normalmente a las personas los motociclistas, pero no podía entender qué querrían aquí.

¿Vieron este lugar luciendo como un basurero y pensaron que era una casa vacía para ocupar?

¿Solo están invadiendo y mirando alrededor en busca de algo que hacer?

No lo sabía, pero cuando uno de ellos se detuvo y levantó un cuchillo que goteaba sangre, mi corazón se aceleró aún más. El aire no podía entrar en mis pulmones lo suficientemente rápido.

Esa era sangre fresca. Todavía goteaba, y no quería saber qué o a quién habían matado o herido.

¿Cómo es posible que esta sea mi vida? ¿Por qué está pasando esto? Preguntas azotaban mi mente, pero no dejé que me mantuvieran encerrada. Sin mover todo mi cuerpo, extendí mi brazo lenta y firmemente. En cuanto mis dedos se envolvieron alrededor de la empuñadura de un cuchillo de cocina atascado en el bloque, lo saqué y lo sostuve con firmeza.

Manteniendo mis ojos en los hombres, retrocedí lentamente hacia la pared.

¿Pueden verme aquí dentro? ¿Están las ventanas lo suficientemente sucias como para que no sean tan claras?

Respirando por la nariz, me esforcé por no hacer ruido. No hacer un movimiento grande. Si acaso se giraban y miraban a través de estas ventanas en lugar de acercarse a las que estaban alineadas en la pared trasera del comedor, me verían.

¿Dónde está el guardia? ¿Hay un guardia? ¿Dónde está Romeo?

Un pensamiento tonto sobre la famosa línea de Shakespeare resonó en mi mente.

¿Dónde estás, Romeo? Vamos. ¡Concéntrate, Tess!

Mis pensamientos ya se dispersaban con otra oleada de ansiedad y pánico. No podía permitirme entrar en estado de histeria, no ahora. Tenía que mantenerme enfocada y traté lo mejor que pude de ocultarme.

Aparte de esa estúpida broma, mantuve toda mi atención en los dos motociclistas. Si podía llegar a la pared y hundirme más bajo, no podrían verme a través de las ventanas en absoluto. Entonces podría arrastrarme de regreso al piso de arriba y encerrarme en una habitación en el último piso. Este cuchillo era lo mejor que podía pensar como arma, pero casi gemí en mi mente con la oración deseosa de que Romeo regresara pronto. Era un asesino. Sabía cómo defenderse a sí mismo y a mí en esta situación que no tenía sentido.

Ya lo había identificado como una figura de seguridad, y era irónico que probablemente fuera un mal hombre según la sociedad.

Mi talón presionó contra la pared, y temblé con un suspiro más profundo de alivio.

Está bien. Tengo que estar lo suficientemente lejos.

Con extrema lentitud, mientras observaba a los hombres pisoteando a través de la jungla descontrolada de malas hierbas afuera, me incliné hacia el suelo.

Ahí. Estaba en el suelo, de rodillas, ignorando los dolores y picazones por la presión en la piel que me había cortado y magullado cuando caí anoche. Tenía que lidiar con eso, y lo hice, mordiéndome el interior de la mejilla para distraerme del dolor. Me encorvé para arrastrarme, escondiéndome de la vista.

Un estruendo sonó afuera, y me estremecí. Congelada de nuevo, contuve la respiración. Mis músculos se tensaron, pero me negué a moverme. Escuché maldiciones distantes y pensé que oía a un motociclista reprendiendo al otro por haber derribado algo.

Está bien. Bien. Todo está bien. Ellos están afuera. Yo estoy aquí dentro, y estaré a salvo si me escondo. Hasta que Romeo regrese.

Moviéndome por el suelo, intenté llegar a las escaleras. Era un paso vulnerable, expuesto entre la cocina y el hueco de la escalera. Esta casa era tan grande, este vestíbulo era tan ancho, que tendría que sacrificar ser más visible para llegar a las escaleras y subir.

Ve, Tess. Ve. Puedes hacerlo. Él volverá. Dijo que volvería. Así que solo aguanta hasta…

Estaba a medio camino de las escaleras cuando alguien golpeó la puerta.

¡Mierda!

¡No!

Me levanté rápidamente, desgarrada por la urgencia de correr escaleras arriba o de enganchar el cerrojo de la puerta.

La manija de la puerta giró, y mientras escuchaba el clic del metal del herraje de la puerta, me empujé para ponerme de pie. Luego me lancé hacia la puerta, esperando que mi agarre torpe en este diminuto cuchillo de cocina dañara a quien fuera que estuviera entrando. Romeo no tocaría. Tenía que ser uno de los motociclistas, viniendo a hacerme daño con la hoja ensangrentada que había visto.

Cuando la puerta se abrió de golpe, grité y levanté el cuchillo.

Un brazo delgado se alzó para desviar mi golpe mientras me preparaba para hundir mi mano hacia abajo. Habría hundido esta arma en quien se atreviera a amenazarme. No importaba cuán difícil tuviera que luchar.

Pero una voz familiar gritó.

La cara que me miraba no era la de los motociclistas.

Nina estaba allí, con los ojos muy abiertos y aterrorizada mientras se agachaba para esquivar mi golpe. *“¡No!”*

9

ROMEO

“¡Retrocede!”

Mi padre me empujó a un lado mientras avanzaba para atraer a Nina hacia un abrazo protector. Al darse la vuelta, le dio la espalda a Tessa.

Ella gritó al ver a Nina en la puerta principal, y con un movimiento brusco hacia un lado, bajó el cuchillo de carne antes de que pudiera herir a alguien.

Nos apiñamos en la puerta: mi padre, Nina, Franco y yo. Pero me acerqué más para quitarle el cuchillo de la mano a Tessa y abrazarla.

“¡Tess!”, le dije, acortando su nombre y elevando mi voz para atravesar el pánico absoluto que nublaba sus ojos. Estaba aterrorizada, respirando muy rápido. Y alarmada mientras miraba a Nina, que seguía retenida por mi padre. Él le lanzó una mirada recelosa a Tessa, sin confiar en ella con esa bienvenida.

“¿Nina?”, preguntó Tessa desde mi abrazo. “¿Eres realmente tú?”. Con un ligero movimiento de cabeza, ella jadeó antes de que Nina pudiera hablar. “¡Apúrate!”.

Ahora me tiró de la mano, obligándome a entrar con prisa. Franco estaba alerta, mirándola, luego escaneando nuestros alrededores. Ella parecía estar alerta por algo, instándonos con manos ansiosas a que entráramos a la casa. Franco no era nuestro mejor capo por casualidad. Se dio cuenta rápidamente de que estaba asustada por nosotros, de pie afuera.

“Hay un hombre”. Ella sollozó e inhaló profundamente. “Dos hombres. Motociclistas”. Señaló frenéticamente hacia la puerta con un dedo tembloroso mientras me tiraba del brazo para que entrara.

“¿Qué?”. Mi padre perdió su escepticismo hacia Tessa al unirse a Franco para mirar alrededor. “¿Motociclistas?”.

“Oh, joder”. Nina se lanzó hacia Tessa y la envolvió en un abrazo, retrocediendo lejos de la puerta. Saqué mi arma, al igual que mi padre y Franco. “¿Estás segura?”.

“¿Quién…?”.

Tessa interrumpió a mi padre. “Motociclistas de ese club. Los Hermanos del Diablo”. Me lanzó una mirada preocupada. “Los vi desde la ventana de la cocina y pensé…”.

Le apreté la mano. “Quédate aquí”.

Nina asintió hacia mí mientras Tessa me observaba.

“¡Ten cuidado!”

Sus palabras serían escuchadas. Siempre tenía cuidado en este estilo de vida peligroso.

“Quédense aquí”, repetí mientras salía apresuradamente por la puerta con mi padre y Franco. “No salgan hasta que volvamos”.

Tessa me agarró de la mano, frunciendo el ceño. “Él tiene un cuchillo”.

Respondí a eso recogiendo el cuchillo de carne que había caído y se lo entregué. “Quédate adentro”.

Luego corrí hacia afuera con los otros dos.

“Pensé que tenías a Joseph patrullando aquí”, dijo Franco mientras revisábamos el perímetro de la casa.

Todos buscamos a él y a los dos motociclistas que Tessa afirmó haber visto. Yo le creía. No habría llegado a usar un cuchillo por nada que no fuera defensa. El miedo en sus ojos no era fingido.

“Él estaba”. No había pedido más de un hombre para vigilar el lugar porque no era una de las propiedades que alguien visitara o en las que se quedara. Apenas había comenzado este proceso de renovación como mi proyecto.

“¿Qué demonios hacen esos bastardos aquí?”, exigió mi padre.

Dudaba que su gruñido susurrante fuera algo que esperara que Franco o yo respondiera. Era retórico y estaba lleno de ira.

“No veo cómo pudieron haberme seguido hasta aquí”, dije. Solo había traído a Tessa aquí recientemente. Y no tenía una gran presencia de fuerzas de Constella entrando y saliendo. Solo Danicia. Franco. Joseph, y yo. Eso era todo.

“Se están volviendo más audaces”, dijo mi padre. “Cuando les dije que declararíamos la guerra, conté con que ellos atacarían primero después de que matáramos a sus hombres en su club”.

Lo que significa que ya les hemos golpeado primero. Gruñí mientras caminábamos alrededor de la casa, buscando cerca y lejos la más mínima alteración en las malas hierbas que nos diera una pista de adónde podría haber ido alguien. Cuanto más nos alejábamos de la casa, más lamentaba no haberme quedado atrás con las mujeres. Tessa y Nina serían vulnerables si los motociclistas se acercaban al edificio.

Antes de que pudiera sugerir que volviéramos y uno de nosotros se quedara, el rugido de motores se elevó a lo lejos. Uno por uno, las dos motocicletas rugieron en alto y luego se desvanecieron

al acelerar.

“Maldita sea”. Bajé el brazo, descansando mi arma a un lado mientras completábamos un circuito completo alrededor de la casa.

“¿Dijo que los vio dónde?”, preguntó Franco.

“Desde las ventanas de la cocina”, respondí, llevándolos de regreso hacia esa pared.

“Ellos saben que los estamos observando”, dijo Franco mientras mirábamos alrededor del área donde Tessa había visto a los hombres. “A pesar de que nuestros espías se están escondiendo lo mejor que pueden, esos bastardos deben saber que nos estamos preparando para aniquilarlos”.

“A ellos y a los Giovanni”, añadí.

Mi padre suspiró pesadamente, estresado y molesto por este desarrollo de los Hermanos del Diablo aquí espiándome. Yo era su hijo, el príncipe de su liderazgo. Esa posición me convertía en un objetivo, así que era revelador que intentaran espiarme a mí en lugar de a cualquiera más en la familia.

“Odió esperar así”, gruñó mi padre. “El retraso y la preparación”.

“Mejor que salir corriendo y matarlos sin cuidado”, dije innecesariamente. Él lo sabía. Había sido un líder durante décadas. Esa era la simple razón por la que teníamos que ser pacientes. Los Hermanos del Diablo eran nuevos en la escena criminal, pero tenían muchos miembros. Ellos, con la ayuda de Stefan Giovanni, no serían fáciles de erradicar.

“Maldita sea”, dijo Franco mientras se apresuraba hacia la alta hierba cerca del inicio del matorral.

Corrimos con él, manteniéndonos juntos como un equipo. Mi padre fue el siguiente en maldecir. “¡Hijos de puta!”.

Joseph yacía en la hierba. Sangre brotaba de una herida en su cuello y de un agujero en su pecho. Esos motociclistas lo habían matado.

Me contuve, dejando que mi ira fluyera a través de mí. Otro hombre había caído. Otro hermano había sido asesinado.

La furia nubló mi mente, cortando cualquier lógica que pudiera mantenerme en el momento.

Llevábamos una vida peligrosa. Éramos hombres motivados a juzgar y servir con violencia. La muerte era inevitable, pero tan pronto después de la pérdida de los tres soldados que había supervisado y liderado en la reunión con la ahora desaparecida Familia Domino, odiaba la idea de fracasar de nuevo.

Le había pedido a Joseph que protegiera esta propiedad mientras iba a hablar con mi padre y Franco sobre Elliot Hines. Lo había colocado aquí, asumiendo que nada se acercaría a Tessa en esta casa que pocos conocían.

Indirectamente, lo había puesto en la línea de fuego. Todos los hombres de Constella estaban

entrenados y equipados con medios para matar, pero dos motociclistas acechando a un solo hombre no presentaban buenas probabilidades.

No de nuevo.

Me pasé la mano por la cara, dejando que mi furia se asimilara y se extendiera más uniformemente.

No maldita sea, no de nuevo.

Era ridículo pensar que esto se detendría alguna vez. Mientras el nombre de Constella reinara supremo en Nueva York, todos nosotros en la familia tendríamos una mortalidad limitada.

Pero simplemente era demasiado pronto. Aún no había logrado un buen control sobre la culpa del sobreviviente por perder al trío de soldados a principios de este verano. Y ver a Joseph ser asesinado en el trabajo, la asignación en la que lo había puesto, fue como un puñetazo en el estómago, destrozando mi conciencia una vez más.

“Hijo de puta”, dijo Franco mientras revisaba innecesariamente el pulso de Joseph. Solo por si acaso, en la rara posibilidad de que no se hubiera desangrado.

“No más esperar”, prometió mi padre, mirando hacia abajo al soldado que había muerto por la familia. “La espera ha terminado. Vinieron aquí, a nuestro territorio, y mataron a uno de los nuestros”. Levantó su mirada seria y enojada para encontrarse con la mía, luego con la de Franco. “Y ahora iremos tras los suyos”.

“No nos detendremos hasta haberlos matado a todos”. Lo sabía hasta los huesos, en la profundidad de mi corazón frío. Me llenó con un renovado sentido de urgencia, de determinación. No de culpa.

“Ve”, instó Franco, ya llamando a otro hombre para ayudar a manejar el cuerpo de Joseph. “Regresa con las mujeres”, me dijo a mí, luego a mi padre. Franco era un capo, pero solo porque éramos los dos líderes principales de la organización no significaba que dudaría en instruirnos.

Mi padre estaba atrapado mirando a Joseph, lívido ante la idea de que los motociclistas vinieran hasta aquí. Aparté la vista, enviándole un agradecimiento silencioso por el sacrificio que hizo para proteger a Tessa hasta su último aliento. Ella aún necesitaba estar a salvo. También Nina. Franco tenía razón al decirnos que volviéramos a la casa y estuviéramos cerca de ellas, pero habíamos oído las motos rugir a lo lejos. Dudo que hubiera más por ahí.

“Tendré más hombres aquí para ayudar con una seguridad más adecuada”, dijo Franco, “ahora que la noticia se ha corrido sobre esta propiedad siendo tu residencia por el momento”.

Mi padre frunció el ceño, levantando la mano. “¿Pero estaban aquí por él?”.

¿Eh? “¿Quién más podrían estar buscando?”

“La mujer. Tessa”. Miró de mí a Franco, esperando una respuesta. Cuando no hablamos, añadió: “¿Hay alguna posibilidad de que estén aquí buscándola?”.

Sacudí la cabeza. “Lo dudo. Ella solo era una mesera, sin lazos con ninguna organización hasta

que la encontré".

Franco se quedó boquiabierto. "Espera. ¿Qué demonios significa eso? ¿Con solo mirarla ya la estás… la estás reclamando como tuya?".

Eso era demasiado lejos para predecir en este momento. "Quiero decir que está conectada conmigo, hasta ahora, porque la tomé bajo mi protección directa. Le encargué a Andy que encontrara a sus violadores, y los maté anoche".

Mi padre se frotó la cara. "Eso básicamente la marca como tuya".

"Me había saltado la parte sobre su violación cuando hablé con ellos antes. Quería centrarme en este vínculo con Elliot Hines y por qué me sonaba familiar. Esa conversación tampoco había concluido, porque tan pronto como Nina escuchó su nombre y adivinó que la Tessa que encontré era su mejor amiga con la que había perdido contacto, nos apresuramos a venir aquí.

Solo para encontrar un par de motociclistas acechando los alrededores.

"Bueno, espera un segundo", dije. "Vinieron aquí cuando yo no estaba. Si estaban esperando a que me fuera para entrar, ¿tal vez iban tras Tessa?".

Franco se encogió de hombros mientras mi padre asentía, como si aprobara que me uniera a su línea de pensamiento.

"O", argumentó Franco, "notaron que ibas y venías y querían esperar a que llegaras".

"Eso también tiene sentido. Cuando rescatamos a Nina de su club, matamos a dos de los hombres más cercanos a Reaper", dijo mi padre. "Podría ver a Reaper queriendo devolver el golpe, eliminando a uno de mis mejores hombres".

Lo que significa que éramos nosotros. Franco y yo compartimos una mirada mientras él esperaba su llamada.

"No envíes seguridad aquí", ordenó mi padre. Mirándome, exhaló un largo suspiro. "Necesitas reubicarte. Claramente, querían algo aquí. Una oportunidad para golpearte. O a esta chica que encontraste".

Franco asintió. "Podría ser que las fuerzas de Constella los están espiando más y no les guste".

"Que se jodan", respondí.

"No quiero guerra", dijo mi padre. "No con un bebé en camino y asentando a Nina en nuestras nuevas vidas. Pero si escalan esto aún más, si se acercan más, el tiempo de espiar y recoger información ha terminado. Lucharemos hasta la muerte defendiendo lo que es nuestro".

Y seremos los vencedores en cualquier guerra en la que participemos. Confianza, no arrogancia, me convencía de ello.

"¿Weston?", preguntó Franco una vez que un soldado respondió a su llamada. "Necesito que reúnas a tu equipo y vengas hacia mí".

Mi padre y yo nos dimos la vuelta, dejando a Franco con el cuerpo de Joseph. Mientras

caminábamos de regreso hacia la casa, consideré lo que necesitaría hacer a continuación. Mantener a Tessa a salvo era primordial. Odiaba verla tan asustada, pero sentía un poco de alivio al saber que no era indefensa. No era ingenua ni estaba tan aturdida que no pudiera pensar en defenderse. Ese cuchillo de cocina no habría ayudado mucho, pero era el principio. Estaba en modo de supervivencia.

“¿Piensas quedártela?”, preguntó mi padre.

“¿Tessa?”.

“¿Quién más diablos crees que estoy hablando?”, respondió, con bastante sarcasmo impaciente.

“Sí”. En algún momento, mientras la sostenía en esa cama, la verdad me golpeó con fuerza. Quería mantener a Tessa a mi lado, pero eso no sería tarea fácil.

“¿Es como lo adivinó Franco? ¿Un solo vistazo a ella y eso es todo?”.

Si me estaba preguntando sobre mis opiniones sobre el amor a primera vista, estaba inclinado a responder afirmativamente. El amor parecía un poco exagerado. Tessa y yo solo nos conocíamos desde hacía casi un día entero. Era probable que fuera demasiado pronto para una conexión compleja como el amor, pero la preocupación que sentía por ella no era una simple y temporal preocupación.

“Podría ser”, respondí, evitando la verdad completa.

La idea de enviar a Tessa lejos no era una que quisiera sostener por mucho tiempo. Estar cerca de ella se sentía bien. A pesar de que todavía se estaba aclimatando a la fase post-trauma de lo que esos bastardos le hicieron, parecía sentirse atraída hacia mí, no repulsada ni alejada.

10

TESSA

"¿Ese es Dante?", susurré mientras Nina y yo entrábamos en mi habitación en el piso de arriba. Cerré la puerta con llave mientras ella corría hacia la ventana para mirar afuera.

"Sí", respondió, tan alterada como yo. Nuestro reencuentro fue inesperado y rápido, pero ambas estábamos tan envueltas en el miedo que no podíamos hacer más que apresurarnos a la seguridad.

"Maldita sea". Sacudí la cabeza, uniéndome a ella en la ventana para mirar el césped cubierto de maleza. Era extenso, pero tan denso con pasto y enredaderas por la falta de mantenimiento de hacía mucho tiempo. Múltiples temporadas, al menos. Contuve la respiración mientras los tres hombres se movían con cuidado por el patio, buscando peligro.

Nina exhaló una larga respiración, y odié la fatiga en ella. "Lo siento". Hice una mueca mientras miraba su perfil, atónita por lo saludable y feliz que se veía. La última vez que la vi fue en el Hound and Tea, cuando bromeamos sobre encontrar un sugar daddy para hacer nuestras vidas más fáciles. Ella lo había encontrado, más o menos. Dante era al menos veinte años mayor que ella. Antes de conocerlo y aceptar pretender ser su novia, el cansancio en sus ojos la hacía lucir demacrada y abatida, igual que yo.

Ahora, brillaba. Sin bolsas debajo de los ojos. Menos de ese estrés constante marcando su rostro. Y… ¿más llena? Parecía haber ganado peso. O tal vez su vestido hacía que sus pechos se vieran mucho más grandes. *De todas las cosas que notar, Tess…*

"Lo siento por casi apuñalarte. Pensé que eran los motociclistas llegando a la puerta y…".

Ella puso su brazo alrededor de mis hombros y me acercó en un abrazo lateral. "No te disculpes por tener miedo".

"No te habría hecho daño", dije de todos modos.

"Lo sé. Lo sé".

"Pero me sorprendió verte aparecer aquí. ¿Qué está pasando? ¿Por qué está Dante aquí y…?". Sacudí la cabeza mientras ambas seguíamos mirando por la ventana. "¿Por qué estás aquí con Romeo?". Fue un shock tras otro. Ver a los Hermanos del Diablo. Luego a Nina apareciendo. La

preocupación de que podría haberle hecho daño en mi miedo.

“¿Te dijo Romeo quién es?”, preguntó con cuidado, abandonando su puesto para mirarme.

“No. Solo que se llama Romeo. Trabaja para una organización y él…”. Inhalé profundamente, decidida a avanzar y realmente ponerla al tanto ya que había perdido el contacto con ella. *Eso significaba decir la verdad completa.* “Y mató a los tres hombres que me violaron anoche”.

Ella perdió todo enfoque en mirar por la ventana. Su preocupación por Dante no podía haber desaparecido, pero giró toda su atención ansiosa hacia mí. “¿Qué?”. Me miró boquiabierta y sacudió la cabeza. “No. No dijiste eso…”.

Asentí, mostrándole mis manos vendadas. “Estaba trabajando de mesera hasta tarde, y después de mi turno, esos hombres me persiguieron por el callejón y…”.

Sus brazos se apretaron a mi alrededor con tanta fuerza que casi me quedé sin aire. La abracé de vuelta, conteniendo un sollozo mientras las lágrimas amenazaban con brotar. La había extrañado, tanto. Estar cerca de ella otra vez, sin importar los confusos detalles que todavía quería entender, se sentía bien. Se sentía correcto reunirme con mi mejor amiga, la hermana que siempre quise. Cuando nadie más se atrevía a defenderme, Nina estaba allí, apoyándome como podía con su poder y recursos igualmente limitados.

“Está bien”. Me eché hacia atrás mientras ella se limpiaba las mejillas, llorando por lo que había compartido. “¿Qué está pasando?”.

Primero noté que sus pechos prácticamente se desbordaban. Pero ahora, con ese abrazo, sabía que no me estaba imaginando la protuberancia en su barriga. “¿Estás embarazada?”. Era mi turno de mirar boquiabierta.

Asintió, cambiando la expresión de tristeza por las noticias de que me habían violado por una ligera sonrisa. “Sí. Dante y yo estamos esperando nuestro bebé en la primavera”.

“¡Oh, Dios mío!”. La abracé de nuevo. “Tenemos tanto de qué ponernos al día”.

“Sí. Y definitivamente lo haremos. Porque no te vas a ir a ninguna parte”.

Solté una risa. No estaba preparada para hacer predicciones ni planes para mí misma. ¡Ella estaba embarazada! Seguía tan aturdida que no sabía qué decir.

“Porque Romeo es el hijo de Dante, Tess. Por eso estoy aquí. Dijo que encontró a una mujer y la ayudó a salir de una situación anoche”.

Me señalé. “Esa sería yo”. Me impresionó, y me alegró, que no les hubiera dicho que me habían violado.

“Estuve escuchando lo que él le decía a Dante y Franco”. Ante mi mirada confusa, añadió: “Franco es el hombre que está con ellos allá afuera. Estaba en la casa y oí fragmentos de lo que decía Romeo: que una mujer necesitaba ayuda, y que él había corrido a socorrerla. Luego, cuando mencionó que esta mujer temía a un tipo llamado Elliot Hines, ¡supe que tenía que estar hablando de ti!”.

Asentí. “Romeo me trajo aquí y llamó a una ‘amiga’ llamada Danicia que me revisara”.

Ella sonrió. “Danicia es muy útil. Estaba de vacaciones cuando supe que estaba embarazada, pero ha sido muy útil y reconfortante”.

“Cuando él me trajo aquí, yo estaba, eh, luchando por procesar lo que había pasado. Supongo que solté que nadie, que Elliot, no querría a alguien como yo porque era mercancía dañada…”.

Tragué con dificultad. Seguía siendo tan difícil decirlo.

“Bueno, Romeo tenía curiosidad sobre quién era. Parece que Romeo y los demás pueden saber un poco sobre Elliot y algunos de sus casos”.

“Pero, ¿quiénes son ellos, Nina? ¿Para quién trabaja Romeo?”. En cuanto las palabras salieron de mi boca, el comentario anterior de ella se reprodujo en mi mente. Era tanto de qué ponernos al día que no reaccioné antes.

“Porque Romeo es el hijo de Dante”.

“¿La Mafia?”, siseé. Romeo estaba involucrado con la Familia Constella, una de las organizaciones fundamentales del mundo del crimen organizado. No solo estaba incluido en sus filas, sino que debía estar en un alto rango si era el hijo de Dante, el jefe.

Ahora que estaba frente a mí, presente y comunicándose después de un mes sin contacto, cada vez más cosas encajaban. Ella había mencionado a Romeo en sus llamadas antes de que perdiéramos el contacto. O había insinuado que Dante tenía un hijo. Sin embargo, nunca en un millón de años pensé que nos encontraríamos así. Que mi mejor amiga estaba saliendo con el padre del hombre que me había rescatado, que había matado por mí.

“Vaya”. Parpadeé rápidamente, sacudiendo la cabeza con una sensación de sorpresa estupefacta.

“Él es el hijo de Dante”, repitió. “Romeo es como un príncipe de la Mafia”.

Le lancé una mirada. “Jesús. ¿Realeza de la mafia? ¿Eso existe?”.

“No lo sé. Pero Dante más o menos declaró que la guerra se avecinaba cuando su viejo amigo Stefan se alió con los Hermanos del Diablo para secuestrarme”.

La miré boquiabierta de nuevo. Fui violada. Ella había sido secuestrada. Necesitábamos hablar durante horas.

“Sí, es complicado. Pero estoy a salvo. Dante y yo estamos comprometidos. Vamos a tener un bebé. Romeo te está protegiendo. Estaremos a salvo”. Respaldó su promesa al tomar mis manos y apretarlas con cuidado, evitando las vendas.

“No…”. Ella hizo una mueca y me estudió. “No dejes que estas etiquetas te intimiden. El conocimiento de que Dante y Romeo son hombres de la Mafia. Son hombres buenos”.

Le levanté la mano. “No. No estoy…”, suspiré, esperando poder explicarlo. “No me preocupa que Romeo esté en la Mafia. No le tengo miedo”. La quería aún más por apresurarse a consolarme, pero no era necesario. “De alguna manera, sé que no me hará daño”.

Ella exhaló un profundo suspiro de alivio y me abrazó de nuevo. Parecía que no podía tener suficiente de abrazarme, como si necesitara compensar todo el tiempo perdido.

No estaba nerviosa por Romeo. No le tenía miedo. No era una amenaza. Lo sabía desde lo más profundo de mi corazón, y no me importaba cuán rápido se había asentado esa idea. Era un hecho. Me sentía más segura cuando él estaba cerca. Me sentía más fuerte y apoyada cuando estaba a mi alcance. Me preguntaba si era un signo de un problema de apego, una instantánea adoración de héroe porque me había salvado de esos hombres y luego los había matado por lo que me hicieron.

Y si estoy cayendo bajo algún hechizo o sufriendo un problema de apego…

No lo querría de otra manera. Estar cerca o conectada a ese sexy príncipe mafioso tatuado no sonaba en absoluto como algo malo.

“Te estuve enviando mensajes y llamando”, dijo Nina cuando la puerta principal se abrió abajo.

“¿Tess?”, llamó Romeo desde abajo.

Sonreí rápidamente, gustándome cómo acortaba mi nombre. “Aquí arriba”.

“Está todo despejado”, gritó Dante hacia nosotros.

Nina y yo salimos de la habitación para encontrarlos, pero ella no se quedó callada. “Estuve llamando y enviando mensajes. Estaba tan preocupada cuando no respondiste”.

Fruncí el ceño. “Yo también. Estuve enviando mensajes y no tenía ni idea de por qué te desapareciste”.

“Hmm”. Ella frunció el rostro. “Le pediré a Dante que haga que alguien lo investigue. Conseguí un teléfono nuevo porque el mío era tan viejo que se rompió, pero el número es el mismo”. Sacudió la cabeza. “Me asusté de que tus padres o Elliot te forzaran a una fuga y nunca volviera a saber de ti”.

Tomé su mano y la apreté mientras bajábamos las escaleras. “Nunca. Somos mejores amigas para siempre”.

Verla sonreírme fue la recompensa que no sabía que necesitaba.

Pero ver a Romeo en el vestíbulo se sentía igual de bien. De una manera diferente.

Problemas de apego o no, me iluminé con su presencia.

“Tenemos que movernos”, anunció, mirándome como si le preocupara que me hubieran hecho daño, no solo que tuviera miedo. “El MC sabe que estoy aquí, y ya no es seguro”.

“¿Qué pasa con el guardia?”, pregunté, sintiéndome estúpida por mencionarlo.

“Lo mataron”, dijo Dante mientras Nina iba hacia él. “Necesitas más seguridad, y este lugar no será fácil de patrullar con el estado en el que está la propiedad”.

Todas esas malas hierbas seguro facilitarían esconderse.

“Franco está organizando más hombres para ayudar como fuerza de seguridad”, dijo Dante, “pero no es prudente quedarnos aquí”.

“Pero, ¿qué significa esto?” Fijé la mirada en los ojos azules como hielo de Romeo.

“Significa que llevo a Nina a casa. Ahora”, nos dijo Dante mientras se enfocaba en mi amiga. “Podemos hablar más tarde”. Cuando miró hacia mí y luego a Romeo, dijo: “Puedes quedarte bajo la protección de las fuerzas Constella, Tessa. Depende de ti a dónde quieras ir”.

“La familia tiene…”. Romeo se detuvo, mirando entre mí y Nina. “¿Te puso al tanto? Que soy Romeo Constella y él es…”. Hizo un gesto hacia Dante.

Asentí. “El jefe de la Mafia Constella”.

“Empecé a ponerla al tanto de lo que ha pasado desde que trabajamos juntas en el Hound and Tea”, respondió Nina.

Romeo se plantó frente a mí. “La familia tiene varias propiedades. Planeaba quedarme aquí un tiempo y renovar este lugar, pero me mudaré a otra ubicación después del ataque a Joseph”.

“Romeo ha estado supervisando la vigilancia sobre nuestros enemigos”, dijo Dante, lleno de autoridad, “y con este incidente de hoy, aumentará su esfuerzo en ese sentido”.

Por favor, por favor no esperen que me aleje de él.

Me humedecí los labios, nerviosa mientras veía a Romeo allí, tan serio y callado, paciente y dispuesto a escuchar lo que pudiera decidir.

La distancia entre nosotros en este vestíbulo se sentía demasiado amplia y lejana. La mera idea de estar lejos de él me dolía. Me desgarraba la mente y desgastaba mi vulnerable corazón.

“¿Quieres quedarte conmigo?”, preguntó.

Asentí, corriendo hacia él.

Él abrió los brazos, y una vez que llegué a él, segura contra su duro pecho y escuchando latir su corazón de manera constante, suspiré con la básica y simple sensación de alivio de saber que estaba de vuelta donde creía que pertenecía.

Contigo.

11

ROMEO

“¿Necesitamos irnos ahora mismo?”, me preguntó Tessa.

“Sí”. Miré hacia abajo en su mirada azul oscura, cautivado una vez más por la profundidad de confianza que brillaba allí. Nina y Tessa confirmaron que la verdad sobre mí había salido a la luz. Tessa ahora sabía que estaba involucrado con la Mafia.

Si enterarse de que había matado a esos tres hombres no la había asustado, me preocupaba que revelar mi conexión y la importancia que tenía en una organización mafiosa sí lo hiciera.

No había preocupaciones al respecto. Hasta ahora. Ella había corrido hacia mis brazos. Esa era una clara señal de que quería estar cerca de mí, no distanciarse.

“Nos mantendremos en contacto”, prometió Nina. Se acercó a tomar la mano de Tessa y la apretó, y me alegraba un montón que la rubia se quedara a mi lado. No veía ninguna razón para bajar mi brazo, y mantenerla cerca se sentía natural.

“Preguntaré a Dante y Franco sobre nuestros teléfonos y esas cosas”. Nina me miró mientras mi padre la llevaba hacia la puerta. “Ahora que sé que estás con Romeo, puedo contactarte de una forma u otra”.

“Sí. Siento que apenas hemos comenzado a ponernos al día, futura mamá”.

La sonrisa de Nina era dulce y sincera, pero no se demoró y no intentó quedarse con su mejor amiga con la que apenas se había reencontrado.

Una vez que salió por la puerta, atrapé la mirada de mi padre y le asentí. Antes de llegar a la casa, le dije que me mudaría a una casa de vacaciones que ni siquiera estaba bajo el nombre de Constella. La mayoría de las propiedades estaban ocultas con empresas ficticias que aparecían como propietarias, pero esta, más alejada de la ciudad, estaba aún más oculta de ser descubierta, legada a uno de los veteranos que había fallecido hace varios años. Al igual que esta casa, la cabaña había estado abandonada y descuidada. La principal ventaja del lugar era la extensa red de cámaras de vigilancia y la capacidad tecnológica que podía retomarse. Franco probablemente ya había enviado a alguien para conectarlo y probarlo antes de que yo llegara.

Antes de que llegáramos.

Solo con Tessa otra vez, sentí la necesidad de proceder con cuidado. No podía esperar que ella simplemente abandonara su vida y me siguiera. Todo se sentía frágil y delicado, pero quería forjar un camino hacia adelante con ella. “Entiendo que esta es una gran solicitud, reubicarte conmigo…”.

Ella sacudió la cabeza y dio un paso atrás. “Pero quiero ir contigo”. Cuando bajó la mirada, la preocupación volvió, pero me miró de nuevo. “Si quieres que venga contigo”.

“Sí. Te dije que te ayudaría, Tessa, y eso significa mantener un perfil bajo conmigo hasta que descubras lo que quieres hacer a continuación, así que eso es lo que haremos”.

Ella sonrió ligeramente. “Gracias”.

“Pero entiendo que tenías una vida antes de que te encontrara. Un trabajo…”.

Ella se rió con desprecio. “¿Cuál? ¿El bar al que dejé anoche? Mi turno comenzó hace una hora y este es mi primer ‘no llamé, no fui’. Estoy despedida”.

Fruncí el ceño, sin gustarme la resignación en su voz.

“¿El Hound and Tea?”. Levantó una ceja. “Ahora que sé que eres un Constella y el dueño de ese asador, supongo que podrías darme un sabático de la mesería allí”.

Asentí, aún no lo suficientemente relajado como para sonreír, pero tenía buenos puntos. “Y estás segura de que tus padres no se preguntarán…”.

“Apuesto a que están enfadados porque he desaparecido, preguntándose dónde estoy, pero enfadados, no preocupados”, dijo, cruzando los brazos y sonriendo. “Supongo que mi papá fue a buscar su coche, y eso es todo”.

“¿Nadie más que notaría que faltas y lo reportaría o algo por el estilo?”.

Ella empezó a mover la cabeza pero se detuvo a mitad de camino. “Supongo que Elliot estaría curioso, pero no es mi preocupación. No me importa lo que piense o adivine”.

Me gustó eso. Aunque había cosas más urgentes en juego ahora, como los Hermanos del Diablo invadiendo la propiedad de Constella y matando a uno de nuestros guardias, no tenía la intención de rendirme en averiguar cómo podría ayudar a Tessa con este abogado corrupto en el que no tenía interés.

“Ahora iremos a la otra ubicación. Y una vez que las cosas se calmen”, prometí mientras la miraba directamente a los ojos, “reanudaremos el trabajo en cómo cortar cualquier obligación o conexión que tengas con Elliot”.

Ella me miró, pareciendo buscar algo en mi rostro. Para qué, no lo sabía, pero odiaba la posibilidad de que pudiera no creerme.

“Si eso es lo que quieres”, añadí.

Ella soltó una ligera risa. “Oh, quiero. No tener que pensar siquiera en estar con Elliot sería un sueño hecho realidad”. Frunciendo el ceño, pareció repensar sus palabras. “No quiero decir…

Estoy diciendo… Tú…”.

Le levanté las cejas.

“No te estoy pidiendo que, um, lo elimines por mí”. Se frotó la mandíbula, ahora tímida. “No como eliminaste a esos tres hombres anoche”.

Pero sería un maldito placer hacerlo. “Matar a Elliot Hines sería un esfuerzo diferente de matar a esos tres bastardos anoche. Hines sería extrañado, y con las conexiones que parece tener al representar a algunos de nuestros rivales, sería un lío complicado”.

Ella asintió.

“Sin embargo”, dije y me acerqué, “haré todo lo posible para ayudarte y mantenerte a salvo, Tess”.

Su sonrisa fue lenta y sexy. “Me gusta cuando haces eso”.

“¿Qué?”. *Lo haría de nuevo para obtener esa sonrisa.*

“Abreviar mi nombre. Siempre desee que más gente lo hiciera. Me gusta más cómo suena”.

“A mí también me gusta, Tess”. *Y definitivamente me gusta lo que tú y yo podríamos ser si bajas tu guardia para hacer más que dejarme cuidar de tu seguridad.*

Una hora después, estábamos empacados y saliendo de la casa. Un soldado nos seguía en otro auto. Tenía que ser la seguridad adicional que Franco había organizado después de que mataran a Joseph.

Tessa no habló en el camino, pero era consciente de que miraba por la ventana y me observaba a través de su visión periférica. El silencio no era incómodo, pero quería asegurarme de que no cayera en un estado de shock más profundo y callado.

Lo que había pasado no sería, y no debería, ser desestimado. El trauma es algo difícil de manejar, y sospechaba que nunca había enfrentado nada como eso antes. Mi método para lidiar con el trauma o cualquier cosa pesada era ocultar mis emociones y dejar que una alta y gruesa muralla me bloqueara de cualquier otra cosa que me impactara. No era el mecanismo de afrontamiento más saludable. Sabía que era un terrible defecto, pero aún peor, en este momento, me sentía perdido e inadecuado para saber cómo ayudar a Tessa a lidiar.

“Todavía puedo contactar a Danicia si necesitas su ayuda”, dije.

Ella se estremeció, y me di cuenta de que ninguno de los dos había hablado en al menos media hora.

“Está bien. No creo que necesites pedirle que conduzca lejos o algo así. Empaqué toda la ropa que dejó y toda la medicina”.

“Bien”. Dios, odiaba lo entrecortado que sonaba. No estaba seguro de cómo leerla cuando actuaba como si todo estuviera bien. No había forma de que hubiera superado su trauma todavía, así que tenía que asumir que o lo ignoraba y lo dejaba de lado o intentaba enmascarar cómo lo

controlaba, esa falsa y estoica tentativa como yo hacía.

Era más fácil cuando ella me pedía ayuda. Sabía cómo cuidarla cuando solicitaba que la abrazara. No me sentía confundido cuando corría hacia mí para estar en mis brazos. Tal vez era la distancia en el auto, el console central separándonos como si fuera una pared de diez pies de altura. Pero temía que ella estuviera intentando protegerse de necesitar algo de mí.

Si estaba decidida a ser distante y excluirme, ¿por qué diría que quería quedarse conmigo?

Para cuando llegamos a la cabaña, estaba más confundido, inquieto por estar a solas con ella aquí.

¿Qué tal si le iría mejor con Nina, alguien que conoce y le importa?

¿Qué tal si necesita medicamentos o terapia con los que yo no puedo ayudar?

¿Qué tal si cambia de opinión sobre apoyarse en un príncipe de la Mafia para protección?

¿Qué tal si…?

“Puedo tomar el sofá”, protestó ella de nuevo, en la sala de la cabaña.

“No”. Se lo había dicho en una respuesta clara y simple tres veces ya.

“Solo digo. Eres tan alto y… y…”. Hizo una mueca, señalándome. “Grande. Yo soy bajita. Encajaría mejor en el sofá, mientras que tú te quedarías bien en la cama”.

Sacudí la cabeza. La única forma en que cedería sobre esos arreglos de dormir era si compartía la cama con ella.

Presionarla sería incorrecto. Hasta que pudiera evaluar mejor cómo se sentía y cómo estaba sobrellevando las cosas, no podía insistir en nada de su parte. Tenía que ser ella quien se acercara a mí. Tenía que ser su señal de que quería ser abrazada de nuevo, o cualquier otra cosa.

Durante los siguientes días, nos acomodamos en una rutina. Yo me mantenía ocupado en mi computadora portátil, buscando entre toda la información que llegaba de nuestros espías. Pasé una cantidad significativa de tiempo al teléfono con Andy. Luego con mi padre. Luego con Franco. Además de otros espías. Después de que los Hermanos del Diablo se atrevieran a pisar mi tierra, las apuestas eran más altas. Las tensiones aumentaban. Era un juego de espera preguntándonos quién atacaría primero. No lo haríamos hasta estar listos, porque nada bueno provenía de ser imprudentes con enemigos como esos bastardos motociclistas y los engañosos Giovanni.

Intentar dar toda mi atención a prepararme para pelear contra nuestros enemigos se había convertido en mi proyecto, y cada momento que pasaba trabajando era un método más de intentar sobrellevar la presión que crecía entre Tessa y yo.

Ella tampoco estaba ociosa. Estaba al teléfono, uno nuevo que mi padre envió, hablando con Nina, o leyendo en la aplicación de e-reader del dispositivo. Cuando no hacía eso, se dedicaba a darle una limpieza profunda a esta cabaña antigua y polvorienta.

“No tienes que hacerlo”, le reprendí la primera vez que se dispuso a limpiar.

“Quiero hacerlo”. Se encogió de hombros. “Así me criaron”.

Me reí. “¿Para ser una niña obediente y buena?”

Suspiró. “Básicamente. Pero también me gusta que las cosas estén ordenadas. Es gratificante limpiar algo y verlo brillar”.

Su obsesión con ser una ‘niña obediente y buena’ era algo que pensaba volver a tocar más tarde, pero la dejé en paz. Lo que la hiciera feliz, y si limpiar y fregar le satisfacía, no se lo impediría.

Antes de mucho, me di cuenta de que nos habíamos instalado en una especie de situación de compañeros de cuarto. Si bien no diría que ella se volvió más distante, parecía menos propensa a iniciar una conversación o mirar en mi dirección. Al principio, pensé que estaba nerviosa por interrumpir mis llamadas. Le dije que ella era mi prioridad también, y desestimó ese comentario con un gesto.

Estaba atrapado entre no querer presionar, pero desesperado por alcanzarla y saber que estaba lidiando y recuperándose, no escondiendo cuánto aún sufría. No tenía idea de cómo lograr esa cercanía fundamental que había sentido al sentarme en la cama con ella en el otro lugar.

En la cuarta noche, finalmente obtuve una pista de cuán mal estaba sobrellevando las cosas. Vino en medio de la noche, cuando la lluvia de la tormenta de la tarde pasó con un patrón más constante sobre el techo.

Antes, el diluvio golpeaba la cabaña con tal fuerza que el retumbar de la precipitación ahogaba todos los otros ruidos. Me levanté para revisar a Tessa, asegurándome de que pudiera dormir a través de eso. Y ella estaba bien, durmiendo profundamente. Regresé al pequeño sofá, odiando que estaba atrapado con esta distancia entre nosotros.

¿Por qué no se acerca a mí de nuevo? Desde que supo que estaba en la Mafia, se estaba manteniendo alejada. Parecía tan decidida a aparentar ser fuerte, sin necesitar nada de mí, pero me negaba a ser engañado tan fácilmente.

El llanto que venía de su habitación sugería lo contrario, que estaba asustada y sintiéndose desesperada. Si le tenía miedo a las tormentas, la consolaría. Estaba obsesionado y cautivado por esta mujer, pero eso no me detuvo de revisarla.

“¿Tess?”. Me encantaba el apodo que prefería. “¿Tess?”.

Entré en la única habitación donde ella dormía. En la oscuridad, distinguí la forma de ella sola en la cama. Llorando. Gimoteando.

Maldita sea. Odiaba verla angustiada.

“¿Tessa?”.

Mierda. Parecía que estaba soñando. Una pesadilla, a juzgar por las características tensas de su rostro angustiado y las lágrimas en sus mejillas.

Tess. Tragué con dificultad, tratando de contener las emociones que me atoraban la garganta. Esta mujer, aún tan desconocida, me hacía luchar conmigo mismo. Su felicidad podría ser la clave para la mía.

“Tess, soy yo. Está bien. Despierta”. Me senté al borde de la cama, apartando su cabello de su rostro.

“No. No. ¡No! No dejes que ellos…”. Sollozó más fuerte, y eso me rompió.

“¡Tess!”. Tenía que sacarla de este terror nocturno. Si estaba reviviendo la violación, tenía que romper los recuerdos y evitarle más dolor.

“Tess. Soy yo. Romeo. Despierta”. La moví con más fuerza, hundiendo mis pulgares en la piel suave de sus brazos superiores mientras la levantaba ligeramente de la cama. Me dolía ser testigo de su angustia, atrapada en su mente.

“Vienen por mí”, murmuró en su sueño.

Al diablo con eso. Nadie vendría tras ella por malicia nunca más.

Solo yo estaría allí para ella. Siempre iría a su rescate. Y aunque parecía un plan ilógico y retrogrado, actué con lo que creí que sería un sacudón agudo a su sistema, algo que la despertaría de una vez por todas.

Me incliné hacia ella y la besé, con fuerza.

12

TESSA

Un fuerte empujón contra mi boca me sorprendió. Me sacó directamente de mi pesadilla por el contacto sobre mis labios.

Me estremecí, inhalando profundamente por la nariz. Al abrir los ojos, mi corazón latía más rápido. Mis respiraciones se volvían más laboriosas. Atrapada en este bucle nocturno de pánico y terror, no estaba segura de cuánto más podría soportar.

El rostro de Romeo llenó mi vista. El firme agarre de su gran mano sostenía la parte posterior de mi cabeza mientras nos mantenía cerca. Sus labios estaban aplastados contra los míos, y con un clic de conciencia, de entendimiento de que me estaba besando, los restos de mi pesadilla se desvanecieron. La oscuridad de revivir esa noche se desvaneció. Los fragmentos del mal sueño se dispersaron, dándome plena libertad para experimentar a Romeo besándome.

El acto de despertarme pareció sacudirlo también, porque mientras devolvía la presión, arqueándome para mantener mis labios cerrados contra los suyos, él se echó hacia atrás y respiró con dificultad. Sus cálidos suspiros acariciaron mi rostro mientras se levantaba un poco. Al retirarse, la fuerza del aire tan cerca de mis mejillas manchadas de lágrimas me hizo entender cuán mal atrapada estaba en lo profundo de esas pesadillas.

Llegaban cada noche. Algunas mañanas, me sentía más cansada que cuando me acosté. Pero nunca antes me habían rescatado de ellas.

Mi héroe. Romeo era mi salvador en tantas maneras.

Lo miré en la oscuridad de la habitación, esperando que pudiera ver esa verdad en mis ojos. Sombras caían sobre nosotros, pero en la penumbra, en el silencio de la tormenta que se desvanecía, parecía que realmente éramos las únicas dos personas en el mundo.

“Romeo”. No podía soportar este silencio, esta tensión que me empujaba a presionar mis labios contra los suyos de nuevo.

La desesperación en mi súplica fue todo lo que necesitó. Gruñó, inclinándose hasta rozar su boca sobre la mía de nuevo. Insistentemente. Hambriento. Y con tanta necesidad. Sentí el poder de sus suaves labios separando los míos, y cuando su lengua entró para probar y explorar mi boca,

incliné la cabeza hacia atrás, dejándole mostrarme.

Antes de que pudiera retirar sus labios de los míos otra vez, levanté mis manos y entrelacé mis dedos en su espeso y oscuro cabello, tan suave y sedoso, casi delicado, y en un contraste tan fuerte con el resto de él. Era todo músculos duros y piel tensa, exudando fuerza y masculinidad. Bajo él, me sentí pequeña y protegida, tan apreciada con su toque.

Mi corazón seguía acelerado. Luchaba por recuperar el aliento, sin permitir que él apartara su rostro del mío. Ahora, eran el deseo y el afecto los que me hacían jadear, gemir y suspirar con intensidad.

Poco a poco, mientras me besaba tan profundamente y encendía el fuego del deseo dentro de mí, arrastró su mano desde la parte posterior de mi cabeza hacia mi espalda, luego deslizó su brazo por debajo de mi cuerpo. Acercándose más, se inclinó sobre mí en la cama. No rompió el beso. Yo no protesté en absoluto. Ni por su lengua contra la mía, ni por sus labios presionando los míos. Lo quería todo.

Era una diferencia aguda y marcada a la que me aferraba por el bien de mi cordura y seguridad. En mi pesadilla, el trío de hombres que ahora estaban muertos me perseguía y se extendía hacia mí. Agarraban mi ropa, sus dedos raspando mi piel. Eran los depredadores, apuntando a mí como presa para violar y descartar.

Ni una sola vez se acercaron a mi rostro. Ninguno de ellos había intentado besarme.

Pero Romeo lo hizo.

No sabía por qué estaba aquí. No estaba segura de qué lo animó a besarme mientras dormía cuando durante el día, se mantenía distante de mí, demasiado ocupado para tomarse el tiempo de hablarme de mis momentos temerosos y bajos.

La boca de Romeo seguía en la mía ahora, y mientras me sentía tan desorientada, me aferré a su muestra de afecto e intimidad. No importaba cuán duros y brutales fueran sus besos, como si estuviera hambriento de mí, disfruté de la experiencia que me anclaba, de saber que estaba aquí con él, ahora. No en el pasado que me traían las pesadillas.

Mientras me seguía en la cama más plenamente, su rodilla presionó contra la mía. Aún era tierno, el corte más profundo de cuando tropecé, y siseé instintivamente ante la presión.

Él retrocedió, rompiendo el beso.

“Romeo, no”, supliqué mientras se movía para volver a levantarse.

“Yo…”.

“Por favor”, insistí, extendiendo mi mano hacia él.

Él la tomó y presionó un húmedo beso en mi palma. “Te escuché llorar y traté de despertarte. Eso es todo”.

Asentí. “Pesadillas de…”.

“Lo supuse”. Aun así, retrocedió, dejando caer mi mano mientras se arrodillaba de nuevo para levantarse de la cama.

“¡No!”. Ya estaba de pie, demasiado rápido para que pudiera alcanzarlo, así que me arrodillé para estar más a su altura. “No te vayas”.

“No te presionaré”.

“Ya lo hiciste”. Tomé su mano y la apreté con fuerza. “Me sacaste de esa pesadilla”.

Suspiró, mirando hacia otro lado mientras sostenía su mano. “Lo hice. Pero no empujaré más”.

Lo tiré más cerca, deseando que me mirara a los ojos. “Entonces lo haré yo. Me empujaré a mí misma. Lo que sea que puedas darme, Romeo. Para ayudarme. Dijiste que me ayudarías, ¿recuerdas?”.

Me miró tan seriamente que dudaba que pudiera llegar a él. “No creo que estés lista para estar con un hombre, Tess. No tan pronto, no… No conmigo”.

Impulsada por el deseo que había avivado en mí, extendí mi otra mano y lo guie para que se quedara lo más cerca de la cama que pudiera. Parecía impulsivo y precipitado, pero quería seguir esta emoción de que él me anclara, de mostrarme, una vez por todas, que realmente no estaba sola. Desde que llegamos aquí, había estado tan decidida a mantenerme fuera de su camino. Tenía llamadas que atender y cosas que organizar. Era un hombre ocupado, y odiaba cómo parecía que era una carga. Una obligación.

Con ese beso, me mostró que quizás había malinterpretado todo el tiempo. Que tal vez, él me quería.

“Ayúdame”, supliqué. “Ayúdame a olvidar todo. Mantén las pesadillas alejadas y quédate conmigo”. En un movimiento valiente, llevé su mano a mi pecho y la mantuve sobre donde mi corazón latía tan salvajemente por él. Por más de sus duros besos y ojos hambrientos.

“Tess…”. Suspiró, exhalando larga y profundamente. “No sabes lo que estás pidiendo”.

“Sí lo sé”. Me arrodillé más cerca del borde de la cama, llevada por esta necesidad frenética por él. “Estoy pidiendo por ti. Por tu ayuda para olvidar lo que hicieron”.

“No puedo borrar lo que hicieron”, dijo suavemente mientras levantaba su otra mano para acariciar mi rostro.

Con la firme caricia de su pulgar sobre mi mejilla, me estremecí. “Solo quiero que me ayudes a detener los recuerdos. Que me muestres cómo olvidarlo por un momento. Para ayudarme a apartarlo”.

“¿Cómo?”, preguntó, cambiando de opinión mientras me besaba. “Dime qué quieres”.

Valoro la libertad, el ejemplo de tener control.

“¿Puedes besarme de nuevo?”.

Lo hizo, enmarcando mi rostro con sus manos e invitándome a rodearlo con los brazos. Tras

unos momentos en los que nuestros labios se deslizaban juntos y el sabor adictivo de su lengua invadía mi boca, luché por mantenerme erguida sobre las rodillas. Me inclinaba hacia él para no cargar el peso sobre las raspaduras que aún cicatrizaban, pero aun así, no estábamos lo suficientemente cerca.

"¿Puedes…?". Fruncí el ceño, haciendo un mohín mientras me miraba a la cara.

"¿Qué quieres? Dímelo".

No sabía cómo decirlo, atrapada en el extraño dilema de desearlo y sentirme excitada pero temerosa de experimentar algo más.

"Yo…". Arrugué la frente, deseando que pudiera leerme la mente. Las sensaciones eran insoportables y, aunque quería pedirle que me ayudara a encontrar alivio, era un gran paso para mí.

Me palpitaba la vagina. Sentía los pezones duros y doloridos. Excitada y resbaladiza por mis jugos, me sentía… sucia, de algún modo.

"Era…". Me estremecí. "Era virgen antes del incidente con esos hombres. Y yo no… nunca he…".

Me besó lentamente y me cogió la mano. Retorciéndola para que sujetara sus dedos, hizo una pausa en sus besos el tiempo suficiente para susurrar: "Muéstrame. Muéstrame lo que quieres".

Me estremecí y dejé que su boca cálida y hambrienta me distrajera mientras llevaba su mano a mi coño. Inclinada, con las rodillas separadas, le guie para que pusiera los dedos sobre el punto dolorido en el que me sentía tan necesitada.

"¿Estás segura?", me preguntó.

"Por favor. Solo quiero olvidarlo todo".

Me rodeó con el brazo y, abrazándome, me siguió hasta la cama. Una vez que su musculosa figura se cernió sobre mí, se echó hacia atrás para quitarse la camisa. Nerviosa, pero arrastrada por esta extraña y necesitada droga de lujuria, arqueé la espalda para indicarle que quería que me quitara también la camisa.

"Bésame", le pedí cuando bajó las manos para quitarme las bragas. Mientras tuviera sus labios en los míos, sabría que me deseaba y que atesoraba este momento.

Juntos, nos quitamos la ropa el uno al otro. Una vez que su cuerpo desnudo y caliente estuvo a ras del mío, una intriga obstinada me impulsó a ser aún más valiente, a ir a por lo que quería con este hombre que se negaba a empujarme a nada.

Metí la mano entre los dos mientras nos besábamos, con besos empalagosos y lenguas necesitadas. En cuanto deslicé los dedos por sus cincelados abdominales y toqué con las yemas su dura polla, se puso tenso.

Me aparté. "Lo siento…".

“No”. Me besó más fuerte. “Me gusta, Tess. He pensado en ti tocándome cada puto minuto del día”.

Sus palabras me llenaron de determinación y de la prueba de que esto tenía que estar bien. Que tenía que estar de acuerdo con mi torpe exploración.

“Tócame donde quieras. Soy tuyo, como quieras”, dijo entre apretones de sus labios en mi cuello.

“Te quiero aquí”, le dije mientras acariciaba su dura polla. Empujando mis caderas hacia él, esperaba que entendiera la indirecta. No quería decirlo. No podía. No me arriesgaría a establecer ninguna conexión con la última vez que alguien me había tocado allí, y quería que él hiciera de esto un nuevo recuerdo que guardaría para siempre.

“¿Así?”. Se acercó más, frotando su polla sobre mi entrada. Cada vez que lo hacía, presionando mi clítoris, gemía y me arqueaba hacia él.

“Sí. Por favor, Romeo. Ayúdame”. Estaba decidida a ir a por ello, a deshacerme del miedo de mi pasado. Lo acerqué a mi coño, abrí las piernas y le di la bienvenida.

“Tranquila”, me advirtió, besándome mientras empujaba hacia abajo y cargaba más peso sobre mí. Se inclinó sobre mí y juntó nuestras caderas. “Despacio”.

Asentí con la cabeza mientras empujaba hacia dentro, solo la punta. El estiramiento era ya tan intenso que aspiré con fuerza al sentir cómo me abría.

Se detuvo, me besó y se apoyó sobre mí. Esperaba. Tentándome. Su boca era demasiado magistral, demasiado perversa para que yo permitiera que ningún miedo entrara en mi mente, para que ningún pensamiento de otra persona invadiera este momento.

“Más, Romeo. Quiero más”.

Pulgada a pulgada, empujó dentro de mí, sacando con cada empuje. Hacia adelante y hacia atrás, introdujo su polla grande y dura en mí con un impulso gradual. Solo cuando estuvo completamente dentro de mí, gimió y esperó de nuevo, quieto y recuperando el aliento.

“¿Estás bien?”, preguntó, besándome la mandíbula y apartándome el pelo de la cara.

“Estoy tan llena”. Y el estiramiento, la plenitud y la presión me impulsaron a querer que se moviera de nuevo.

“¿Pero estás bien?”.

Negué con la cabeza y arqueé la espalda. “Necesito que te muevas. Por favor”.

Su sonrisa pícara era amable y gentil, y me aferré a la promesa de sus ojos. “¿Así?”. Empujando hacia dentro y hacia fuera, arrastró su larga longitud por mis sensibles paredes que lo succionaban con tanta avidez.

“Dios mío. Sí. Romeo”. Grité mientras él aceleraba, pero me silenció con sus exigentes labios cubriendo de nuevo los míos. Su lengua se deslizó en mi boca al mismo tiempo que su polla se

introducía en mi coño. Entre ambas acciones y el glorioso peso de su poderoso cuerpo frotándose contra el mío e inmovilizándome contra el colchón, cada vez estaba más cerca de correrme.

Mi orgasmo creció con rapidez, pero con fuerza, y antes de que pudiera darme cuenta de lo que significaba aquella tensión creciente, sentí como si se hubiera roto una banda. Como si mis nervios estuvieran fritos y agotados. Gemí en su boca mientras me besaba sin pausa y saboreé la tensión que sentía en él. Se abalanzó sobre mí con más fuerza, gruñendo profundamente. A pesar de las oleadas de placer que irradiaba nuestra unión, seguía con él y era consciente de cómo se sacudía dentro de mí, llenándome con su esperma caliente.

“Joder, Tess. Fóllame. Joder”. Gruñó y maldijo, casi parecía perdido en sus dispersos pensamientos y jadeantes reclamos.

Abrazada a él, recuperé el aliento, demasiado aturdida y saciada por aquel orgasmo para intentar hablar. Apoyó la frente en mi sien y, finalmente, aflojó el agarre de sus brazos sobre la cama.

Aplastando su peso contra mí, me cubrió con una manta y completó el acto de hacerme olvidar. Solo podía pensar o sentirle a él. Lo único que podía saborear era que se había acostado conmigo y me había llenado tan bien. Había borrado la fealdad de mi pesadilla y ahora, en el séptimo cielo y flotando por el placer de correrme con él, quería que protagonizara todos mis sueños del futuro.

Se revolvió y me abrazó para que me tumbara sobre él. Entrelazados y pegados, permanecimos así hasta que estuve a punto de quedarme dormida.

“Deja que te limpie”, dijo, instándome suavemente a moverme.

Estaba demasiado perezosa y cómoda como para registrar algo más que deslizarme y volver a acurrucarme en la cama. Volvió y me limpió con suavidad y ternura. Luego, cuando volvió a subirse a la cama, sonreí y agradecí que me rodeara con sus brazos, contenta de quedarme en su regazo por si algún mal sueño se atrevía a volver.

13

ROMEO

La última vez que tuve sexo tan simple y vainilla fue probablemente cuando era adolescente y estaba descubriendo lo que me gustaba, hace al menos quince años. Desde entonces, prefería el sexo duro. Tenía manías y disfrutaba siendo dominante, con extremos y todo.

Cuando me desperté con Tessa en mis brazos, suave y tan relajada mientras dormía, consideré que le había dado lo que había querido y pedido, pero que me había abstenido de tomar lo que yo quería a cambio.

Me sentía insatisfecho en el sentido de que quería follarla duro y dejar mi huella en ella. Deseaba meterle la polla en la boca hasta que le dieran arcadas y provocarla hasta que cediera y se sometiera a todas mis exigencias.

Pero también estaba satisfecho hasta cierto punto. Tumbado allí y despertándome lentamente, recordé el apretado y húmedo agarre de su coño sobre mi polla, sus maullidos sensuales y sus besos decididos y voraces.

Tessa podía ser la amante con la que siempre había soñado, la mujer que creía que nunca encontraría, si llegaba a un acuerdo y me satisfacía como yo solía hacer cuando follaba con una mujer.

Se revolvió, como si percibiera que estaba pensando en ella.

Y volví a desearla. Aunque no pudiera cogerla tan fuerte como quería. Aunque me resistiera a presionarla y a llevarla al límite. A pesar de todo, la anhelaba una y otra vez, de la forma que fuera posible, buscando empezar algo duradero entre nosotros.

Su teléfono vibró en la mesita de noche y, con la vibración, el dispositivo se deslizó cerca del borde. Extendí la mano para atraparlo antes de que cayera y, al volver a colocarlo en su lugar, fruncí el ceño al ver el identificador de llamadas.

¿Liam? ¿Quién coño es Liam? Ayer había estado muy nervioso por lo distante que se comportaba conmigo. Al principio, supuse que se trataba de su reticencia a aceptar que yo era un asesino o que pertenecía a la mafia, pero no había considerado la idea de que pudiera haber otro hombre en escena.

No. Ella dijo que era virgen antes de que esos hombres la atraparan.

Y no me habría rogado que me acostara con ella anoche y me hubiera dicho que me deseaba si estuviera pensando en otro. ¿Verdad?

Los celos que surgieron me molestaron, pero antes de poder despertarla y preguntar quién era Liam, su teléfono sonó con una llamada, no un mensaje esta vez.

Tessa se movió, programada por el tono de llamada. Se despertó, malhumorada y tan malditamente adorable con esa expresión gruñona mientras se giraba hacia mí y fruncía el ceño al ver su teléfono en mis manos.

“Maldita sea”. Tomó el dispositivo e ignoró la llamada. “No dejan de llamar”.

“¿Quién es?”, pregunté.

Se dejó caer de nuevo en la cama. “Mis padres”.

Sus padres, a quienes quería evitar para siempre.

La observé frotarse la cara, sus manos recorriendo su expresión adormilada de arriba abajo. Resultó ser solo una muestra de fastidio una vez que bajó las manos.

“No sé qué demonios estoy haciendo, pero no puedo imaginar regresar con ellos”.

Tomé su mano y suspiré mientras masajeaba sus dedos con los míos. “Estás aquí conmigo”.

Bufó. “Por ahora. Quiero decir, aprecio lo que hiciste anoche, um, consolarme y todo eso, pero sé que no puedo quedarme y molestarte para siempre”. Como si se arrepintiera de hablar tan francamente, se enderezó un poco y me miró preocupada. “No es que espere hacerlo ni nada”.

“Tess, te quedarás conmigo todo el tiempo que quieras”.

Puso los ojos en blanco. “No, no lo haré. Eres un hombre ocupado. Tienes compromisos, trabajos y responsabilidades”.

Me encogí de hombros. “No estoy demasiado ocupado para ti”.

Su expresión se tornó triste. “Parecía que sí desde que llegamos aquí”.

Maldita sea. ¿Por eso parecía distante? ¿Porque pensaba que era una carga?

“Lo entiendo. Eres un hombre en una posición alta en tu, eh, organización. No quiero interrumpir y quitarte tiempo cuando tú, Dante y Frank…”

“Franco”, la corregí.

“Franco. Cuando ustedes están preparándose para evitar que otra familia de la mafia y un club de motociclistas lastimen a alguien de su familia otra vez. Lo veo. Este es un momento agitado, y no espero que te detengas y me des todo tu tiempo”.

Gruñí, rodándola sobre su espalda. “Te lo dije, Tess. Quiero ayudarte. Como sea que pueda”.

Suspiró, frotando sus manos sobre mis brazos. Cuando no protestó por tenerme sobre ella, esperé que fuera una buena señal.

“Lo sé. Y aprecio eso. Pero no voy a irrumpir en tu vida. Soy complicada, y no espero que te encargues de simplificar nada para mí”.

Fruncí el ceño, sin gustarme lo rápido que parecía querer alejarme después de que anoche me dejó entrar tan profundamente como pude. No podía quererme solo por sexo. Era demasiado inexperta e ingenua para usar el sexo como una forma de escape. “¿Cómo es que eres complicada?”.

“Veamos. He estado controlada por mis padres toda mi vida. Mi papá se queda con todo mi dinero. Mi mamá espera que sea una chica pura y buena, y que no haga nada malo. El hecho de que no devolviera el auto de mi papá fue un gran error, y apuesto a que si hoy apareciera y les dijera que fui violada, no me dejarían entrar a su casa”.

Negué con la cabeza, enfadado de que asumiera un futuro tan cruel.

“No. No estarás sin hogar, Tess”.

“No tengo dinero para un lugar propio”, continuó, igual de pragmática. “No puedo conseguir un apartamento ni nada, pero Nina y yo estábamos tratando de ahorrar para compartir uno porque ella odiaba que su hermano se aprovechara de ella”.

“Eso ya no es un problema”, respondí.

“Bueno, supongo que no, ahora que está comprometida con tu papá.”

Me encogí de hombros. “Y con Ricky muerto”.

Sus ojos se abrieron de par en par. “Wow. ¿Cómo?”.

“Los motociclistas”.

Hizo una mueca. “¿Porque Nina no fue con Reaper después de esa apuesta?”.

Me encogí de hombros otra vez. “Los Hermanos del Diablo son despiadados”.

“Lo veo”.

“No estarás sin hogar”, repetí, llevándola de nuevo a explicar su situación, no a hablar de otros.

“Ya no tengo trabajo”, alegó.

“Te encontraré el puesto que quieras”.

Rodó los ojos, terca ante mis argumentos de que su vida no tenía que ser tan complicada. Lo que deseaba escuchar de ella era su confianza y fe en mí. De repente, eso importaba mucho más que el sexo… duro o suave, como fuera que pudiera suceder. Algo físico estaba bien, pero con la rapidez con la que me había cautivado, quería sentir algo recíproco de su parte.

“Y luego está todo el asunto con Elliot”. Levantó su viejo teléfono y lo dejó caer. “Él también ha

estado llamando".

Fruncí el ceño al ver el aparato. Ella tenía el nuevo, pero parecía que seguía aferrada al otro con su antiguo número. Aunque podía ser una forma de aferrarse a su pasado, me pregunté si se habría planteado dejarlo y perder todo contacto con sus padres.

Desde su punto de vista, probablemente le daba miedo. Sin mí, no tendría a nadie ni dónde ir, excepto a Elliot, a quien quería evitar a toda costa.

"Aún no puedo creer que mi madre haya entrado a la cuenta y la haya programado para que Nina no pudiera contactarme. Debe haber pensado que Nina era una mala influencia." Ella frunció el ceño, sacudiendo la cabeza. "De hecho, sé que pensaba que Nina era una mala influencia. Comentó varias veces sobre lo equivocada que estaba Nina al disuadirme de casarme con Elliot. Nos escuchó hablar una vez, y después me regañó por tener amigas 'malas' y 'que no me apoyaban'".

Cuando nos dimos cuenta de que la señora West había bloqueado a Nina, parecía que Tessa no estaba bromeando sobre lo controladora que era su vida en casa.

"Y Elliot es una enorme complicación en mi vida".

"No tiene por qué serlo", le recordé.

Ella me miró, seria y callada durante un largo momento. "No te voy a pedir que lo mates".

Sonreí ligeramente, algo divertido. "Matar a alguien no siempre es la respuesta más simple".

Ella se sonrojó, luciendo avergonzada.

"Pero en cuanto a Hines, matarlo provocaría más consecuencias de las que quisiéramos ahora mismo".

"Lo sé".

"Nina está embarazada, y mi padre está obsesionado con su seguridad. Al mismo tiempo, estamos preparando todo para erradicar el poder que tienen los Giovanni y los Hermanos del Diablo. Es mucho de una vez."

Puso su mano sobre mi brazo. "Por eso más razón para que no te preocupes por mí".

La miré fijamente, sin parpadear. "Ya es demasiado tarde para eso, Tess. Me preocupé en el momento en que te escuché en el callejón".

"Pero…".

Presioné mi dedo contra sus labios. "No. No hay peros. Me preocupo por ti, y me mantengo en mi oferta de ayudarte y mantenerte a salvo. Sin embargo, matar a Elliot no será viable mientras construimos nuestros casos contra nuestros enemigos. Él está corrompido".

Ella asintió, haciendo una mueca ante el hecho.

"Y tiene un largo historial representando a esos tipos de cabrones. Estuvo involucrado en casos

criminales y civiles con los que la familia Domino estaba lidiando. Está detrás de que los motociclistas se salieran con la suya en varios cargos. Y estamos encontrando pruebas de malversación que lo vinculan con Stefan Giovanni. Mientras esté indirecta o directamente conectado con nuestros enemigos, necesitamos planear una forma adecuada de hacer que se olvide de este supuesto arreglo para que te cases con él".

Tessa asintió y apoyó su cabeza sobre mi brazo.

Esto no era tan íntimo ni pacífico como cuando me pidió que la abrazara en el otro lugar, pero agradecí la paz para hablar y estar juntos. A través de los buenos y malos momentos, la quería a mi lado.

Deseaba que todas estas circunstancias no fueran un problema, todas estas complicaciones que Tessa decía que la hacían un problema para el que no tenía tiempo.

Todo lo que quería, en el fondo, era una oportunidad para cuidarla de todas las maneras que pudiera.

Sexualmente y de otra manera. Su felicidad era mi proyecto, y dudaba que algo se interpusiera en mi camino.

"No estoy demasiado ocupado para ti, Tess".

Suspiró y asintió. "Está bien".

Maldita sea. Eso sonó como una excusa, dándome la respuesta que quería escuchar.

"Y puedes quedarte conmigo todo el tiempo que quieras. ¿Entiendes?".

De nuevo, asintió. Cuando entrelazó nuestros dedos, sosteniendo mi mano, exhalé y esperé que esta conversación hubiera hecho más bien que mal.

Antes de que pudiéramos volver al silencio de la mañana, solo sentados y estando juntos, pregunté lo que casi había olvidado. "¿Quién es Liam?".

Ella se rió suavemente. "Nadie de quien sentirse celoso", me dijo en tono burlón.

Sonreí, dándome cuenta de lo rudo que debí haber sonado al hacer esa pregunta.

"Un viejo amigo, un amigo de la infancia. No lo he visto desde que terminó la secundaria porque se fue directo al ejército. Hemos intercambiado mensajes y llamado de vez en cuando, pero solo recientemente recibí un mensaje de él. Por eso sigo con mi viejo teléfono. Mis padres y Elliot pueden irse al diablo, pero no puedo perder los lazos con mi viejo amigo".

"¿Solo amigos?", pregunté.

"Sí. Es como el hermano que nunca tuve".

Bien. Lo último que necesitaba era lidiar con competencia.

"Me pregunto si podrá visitarme pronto o algo así".

Ella se encogió de hombros, mostrando lo poco que le importaba el hombre, casi con desdén y de manera casual.

“Y si lo hace…”. Ella gruñó. “No tengo idea de cómo hacer que eso suceda”.

“Oye, un amigo tuyo será un amigo mío”, dije calmadamente.

“Cuidado, Romeo”. Ella apretó mi mano. “Si sigues siendo tan bueno para ser cierto como ahora, correrás el riesgo de que me enamore perdidamente”.

Creo que ya lo estoy. Guardando eso para mí, levanté nuestras manos entrelazadas y besé su nudillo.

Es demasiado pronto para abrumarla así. Si no podía verse a sí misma conmigo y dejar de lado detalles sobre dónde viviría y no enfrentarse a Elliot, no estaba seguro de si lo decía en broma o no.

14

TESSA

Pensé que tener sexo con Romeo restablecería las cosas entre nosotros. Así de ingenua era con respecto a los hombres. Después de la noche en que me despertó con un beso y me sacó de esa pesadilla, volvió a ser distante y ocupado. No podía decir con certeza que él se estaba esforzando por poner distancia entre nosotros, pero así es como se sentía.

Era atento y cariñoso, considerado y generoso. Pero actuaba de tal manera que me hacía pensar que una vez más era una carga, una responsabilidad y un peso entre todas las otras cosas que tenía sobre sus hombros.

No quiero ser una obligación. Lo observé desde lejos, sentada en un loveseat construido en una ventana. Él caminaba de un lado a otro en la otra habitación, hablando con Franco. O tal vez era Dante. Andy. ¿George? Perdí la cuenta y dudaba que importara.

Lo único que sabía con certeza era que Romeo no estaba hablando conmigo. Pasamos una semana en este juego de espera. Parecía ser la única que se preguntaba cuándo sucedería algo entre nosotros. Y me quedé esperando porque, aunque a veces sentía que Romeo me estaba observando y siempre tenía un ojo en mí, no hacía contacto visual con frecuencia. Tampoco iniciaba nada romántico o íntimo.

Lo cual probablemente es mi culpa.

Me había soltado una verdad demasiado censurada, que podría enamorarme locamente de él por lo bien que me atendía. Era cierto, pero también no. Era consciente de que tener sexo con él había sido una excusa para evitar mi pasado. Lo busqué esa noche de tormenta porque estaba allí, cálido y cariñoso, un lugar conveniente para sentirme llena. Era un rebote, sin duda.

Cuando lo consideré bajo esa luz, me odié un poco más por haberme aprovechado. Usé a Romeo para sexo, y eso de alguna manera lo echó a perder todo. Por supuesto, él también lo quería. También disfrutó. Pero no me gustaba la noción de que solo sucedió por algo más.

Además, no es el momento de intentar salir con un hombre. No lo era. No importaba cuán profundamente me encariñara con Romeo y cuán rápido me imprimiera en él porque me había salvado como un gran héroe esa noche, no era inteligente apresurarse a nada. Era demasiado pronto para involucrarme con alguien. Cualquier cosa que sucediera con Romeo estaría marcada

por lo que había vivido. Hasta que pudiera sentirme completamente recuperada y entera después de ese trauma, cualquier cosa que comenzáramos, si es que comenzábamos algo, siempre estaría manchada como post-violación.

Deja de lamentarte. Suspiré, inquieta y ansiosa sin nada que hacer. Esta repentina libertad de mis padres y mi empleo aún se sentía rara. Como si debiera hacer algo o de lo contrario sería perezosa.

Pero ya había limpiado todo. Reorganicé la cocina y limpié el baño. No estaba segura de qué más podría ordenar, y leer no mantenía mi interés.

Si esto es lo que es la vida de una mujer mantenida y consentida, no quiero inscribirme. Yo…

Sonaron golpes en la puerta, sacándome de mis pensamientos. En lugar de mirar por la ventana al inicio del cambio de colores de las hojas a medida que se acercaba el otoño, observé a Romeo cruzar la habitación para abrir la puerta. Debe haber estado esperando visitas porque parecía a gusto y tranquilo.

Mientras abría la puerta más ampliamente, Nina entró con otra mujer.

“¡Hola!”. Salté y corrí a saludarla, sorprendida pero feliz de verla. Desde que conseguí el teléfono de reemplazo y supe que mi mamá debió haber manipulado algo en nuestra cuenta familiar, algo para evitar que contactara a mi mejor amiga, charlé con Nina a diario.

“No sabía que venías”, le dije mientras fruncía el ceño ante las bolsas que me entregó. Dante era muy particular acerca de su seguridad, y esa era la razón por la que no había visitado aún, pero algo debió haber cambiado para permitirle estar aquí ahora.

“Dante quería hablar con Romeo y Franco en persona”. Movió el pulgar por encima de su hombro, indicando la puerta principal por la que Romeo salió mientras desconectaba su llamada.

“Estaremos justo afuera”, prometió antes de salir.

Asentí, agradecida por la seguridad.

“¿Así que esta es la que está haciendo de Romeo un hombre cambiado?”, preguntó la morena, casi con suficiente sarcasmo para sonar grosera, pero no. Quienquiera que fuera, tenía mucha curiosidad. Aun así, se equivocaba al suponer que yo estaba cambiando algo de él.

“Tess, esta es Eva, la prima de Romeo. Eva, esta es mi mejor amiga, Tessa West”.

Eva me miró de arriba a abajo, desde mis pies descalzos hasta la parte superior de mi bob rubio. Un giro de sus labios fue todo el juicio que me dio, pero no sabía si había pasado o fallado. Levanté la mano en un pequeño saludo. “Hola”.

“Sí”. Eva resopló, entregándome una bolsa. “Supongo que te gustará lo que Nina trajo. No las cosas de estas bolsas”.

Miré a través de ellas, viendo que habían traído más ropa. Si no fuera por ellas, no habría tenido nada. “Vaya. Gracias, chicas”.

“Bueno, estas también”, agregó Eva mientras sacaba una tira de algo de la bolsa que tenía en la mano izquierda. Condones.

Mis mejillas se calentaron tan rápido, y me reí. “Oh, vaya”.

“¡Eva!”. Nina puso los ojos en blanco y los metió de nuevo en la bolsa. “No la presiones”.

“No lo estoy”. Eva cruzó los brazos. “Pero puedo insinuar”. Algo casi como una sonrisa cruzó su rostro, y me pregunté por qué lo de Romeo le importaba.

“Bueno, esa acción ya se había realizado”, admití, sorprendentemente no tímida al confesarlo. Nina era mi mejor amiga, así que no tenía problemas siendo tan directa con ella. Eva parecía un poco fría, pero no me importaba.

“¿Ya?”. Nina se rió y se dirigió hacia el sofá. “¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?”.

Eva también se sentó. “¿Por qué? ¿Es eso siquiera una pregunta en este contexto? ¿Por qué más habrían tenido sexo?”.

Nina apretó los labios en una expresión de reproche mientras me sentaba. “Bueno, después de lo que Tessa acaba de experimentar, sería sorprendente, eso es todo”.

Eva levantó las cejas, y suspiré. *Mejor lo digo.*

“Romeo entró en el dormitorio cuando estaba llorando por una pesadilla sobre cómo fui violada. Y le pedí que me ayudara a olvidar todo eso”.

Nina hizo una mueca. “Uh-oh”.

Eva sonrió. “Bueno, caramba”.

“¿Eh?”. Pasé mi mirada entre ellas.

Nina aclaró su garganta. “Es, eh, bueno, pedirle que tenga sexo contigo para que pudieras olvidar algo más… suena como si solo le estuvieras pidiendo que realizara una tarea o algo así”.

Suspiré. “Lo sé. No me gusta cómo suena eso”.

“Oye, él no lo habría hecho si no estuviera interesado”, dijo Eva.

“Pero no lo está. Ya no”. Sacudí la cabeza, odiando quejarme. “Desde entonces, es distante y ocupado. Lo quiero tanto. No solo para seguir descomponiendo la memoria de mi trauma, sino porque lo extraño y quiero experimentar esa cercanía de nuevo”.

“¿No está interesado?”, preguntó Eva.

Negué con la cabeza. “No. Me estoy frustrando tanto con todo, pero parece que está insistiendo en que solo seamos amigos”.

“¿Le has preguntado o le has dicho lo que quieres?”.

“No”. Hice una mueca. “Quiero decir, pensé que de alguna manera había insinuado que quería que volviera a pasar. ¿No puede simplemente darse cuenta?”.

Ambas mujeres sonrieron y negaron con la cabeza.

Maldita sea. “Ni siquiera sé por dónde empezar o qué decir”. Me encogí de hombros y odié lo débil que sonaba. “Nunca he tenido tiempo para salir mucho. Nunca he hecho un movimiento hacia un chico”.

“Solo dile la verdad”, sugirió Eva.

“Quiero hacerlo. Pero además de estar nerviosa por hablar así y arriesgarme al rechazo, estoy empezando a luchar con la duda de si soy lo suficientemente buena para él”.

Nina sonrió mientras Eva se encogía de hombros. La miré con cara de incredulidad ante su inmediata falta de confianza. *Vaya, gracias.*

“¿O si soy mala en la cama?”, añadí. Dado que era mi primera vez real.

Eva puso los ojos en blanco mientras Nina negaba con la cabeza. “No. Dudo que sea eso. No es probable”.

“¿Cómo lo sabes? ¿O cómo lo sabría yo?”.

“Si hablas y simplemente preguntas”, dijo Eva.

La miré estupefacta. “No le voy a preguntar si fui mala en la cama”.

“La comunicación directa siempre es mejor”, predicó ella.

Estaba segura de que así era, pero no podía imaginar preguntarle a Romeo por una confirmación de esa manera.

“Me he dado cuenta de que Romeo es un hombre serio que a veces es difícil de leer”, dijo Nina. “Quizás la comunicación directa sería útil”.

“Lo sería. Romeo siempre ha sido así, serio y cerrado, así que ponerlo en una situación incómoda y abrir una línea directa de conversación sería inteligente”.

Nina se rió de repente. “Oh, Dios mío”. Se rió aún más, y me pregunté si las hormonas del embarazo podían tenerla un poco loca.

“Oh, Dios mío”, repitió entre lágrimas de tanto reírse.

“¿Qué?”, pregunté, mirando a Eva, que miraba a Nina como si fuera una lunática.

“¡Si te lías con Romeo y te casas, entonces yo sería tu madrastra política!”.

Nos reímos con ella.

“Están mal de la cabeza”, bromeó Eva.

“No, no habrá matrimonio”, dije mientras terminaba de reír. *Ya me ha colocado en la zona de amigos. No puedo imaginarlo proponiéndome matrimonio con esa tendencia.* “Solo estamos…”.

“Solo estaba bromeando”, dijo Nina, pareciendo preocupada por ofenderme de alguna manera.

“Lo sé, lo sé. Hablando en serio, estoy tan feliz y agradecida de no tener que lidiar con mis padres ni con Elliot”.

Nina levantó las cejas. “¿No has hablado con ellos ni una vez?”.

Negué con la cabeza. “No. Mi viejo teléfono está explotando con llamadas y mensajes de ellos, pero no contesto. No lo he hecho desde aquella noche en que Romeo me rescató. Cometí el error de desbloquear ese teléfono una vez. Y vi lo suficiente de mi mamá como para no querer molestarlos en absoluto”.

“¿Qué dijo?”, preguntó Nina.

“Me acusó de ser una consentida por irme con un hombre cuando debería estar enfocándome en casarme con Elliot como ellos quieren”.

“Eso está mal”, dijo Eva.

Pero también, de alguna manera, era cierto.

Por todo lo que se veía, viviendo juntos en esta cabaña aislada y remota, era demasiado fácil sentir que me había ido con él.

Pero no como una mujer que él querría.

15

ROMEO

Después de hablar con mi padre y Franco un rato, les pregunté por qué querían reunirse en persona.

Mi padre se encogió de hombros. “Nina quería ver a Tessa. Y yo quería saber cómo estabas”.

Franco y yo intercambiamos miradas. Mi padre se preocupaba por todos en la familia, pero nunca se había tomado la molestia de verificar personalmente cómo estaba yo. Tenía treinta y uno, no tres. “¿Por qué?”.

“Solo con esta nueva mujer en tu vida…”. Se movió sobre sus talones y se encogió de hombros. “Asegurándome de que no estés demasiado ocupado en el mundo de las fantasías, enamorándote y bajando la guardia”.

Franco soltó una risa. “¿Romeo bajando la guardia? ¿Alguna vez?”.

Sonreí ante su elogio disfrazado. Yo era el tipo serio, pero no estaba convencido de que eso fuera algo malo. “Estoy bien”.

“¿No vas a negar nada de lo que acabo de decir?”. Mi padre sonrió con suficiencia.

“Lo haré. No estoy en nada con Tess”. Odiaba el sonido de esas palabras saliendo de mi boca. Quería estarlo, pero tenía que manejar esto con cuidado y a su ritmo. No había olvidado cómo me había dicho que estaba en riesgo de enamorarse de mí. La forma en que lo decía implicaba que yo era un riesgo a considerar y que no debería querer a alguien como yo. No podía culparla por no querer lanzarse a nada demasiado pronto, pero me aliviaría las preocupaciones si parecía que estaba acercando un pie más a dar un salto de fe hacia mí.

“¿Pero quieres hacerlo?”. Franco adivinó de manera amigable. Sabía cuándo hacer bromas y burlarse. “Supongo que estás siguiendo mi consejo de tener relaciones, ¿verdad? ¿Eh?” *O no.*

Le hice una mirada seria. “Tess y yo estamos asegurándonos de que pueda lidiar con su trauma. Le prometí ayudarla en lo que necesite”.

Lo cual es bastante revelador porque no se ha acercado a mí en toda una semana después de que tuvimos sexo.

Mi padre asintió, dándonos una palmadita en la espalda a ambos. “Está bien. He visto suficiente para saber que estás bien aquí”.

Ja. Me sentía medio loco por desearla y aún más insano con la determinación de dejar que ella se acercara a mí, de darle el derecho de iniciar algo más.

Y si lo hace, aceptaré cualquier simplicidad vainilla que pueda manejar y me las arreglaré con eso.

Suspiré, luego asentí hacia ellos. “Nos estaremos viendo más a menudo pronto”. Esta cabaña era tan remota, y la vigilancia en la entrada me alertaría de cualquier persona que viniera por el camino. Aparte del sendero que conducía a este lugar, un denso matorral y pendientes empinadas impedían que alguien se acercara demasiado. Además, nadie podría relacionar fácilmente esta cabaña con un miembro de la familia Constella.

Franco se fue primero, y luego mi padre se fue con Nina y Eva. Ignoré las miradas burlonas que me lanzó al despedirse, pero tenía que preguntarme de qué tipo de charla femenina habrían estado hablando esas tres mientras yo salía con los demás.

“Voy a hacer un rápido chequeo del perímetro”, le dije a Tess.

“Está bien”. Ella asintió, mirando hacia arriba desde donde estaba sentada en el sofá con un nuevo libro de bolsillo que Nina debió haberle traído.

“Recuerda…”.

“Si siento que algo está mal, agarra la pistola y escóndete”, terminó por mí.

Sonreí, contento de que no hubiera olvidado lo que declaré como la primera regla aquí. Después de verla con ese cuchillo de cocina en el otro lugar que no había terminado de renovar, planeaba prepararla con lecciones de defensa real. Ella admitió no estar familiarizada con las armas, pero parecía estar bien sosteniéndola y sabiendo cómo usarla en un sentido general.

Tan pronto como sea más seguro moverse, organizaré lecciones. Defensa personal, también. No le ahorraría nada. Tessa aprendería a defenderse, aunque yo me encargaría de eso por ella.

Revisar el perímetro era una tarea que necesitaba hacerse, independientemente de la tecnología y los equipos de vigilancia instalados aquí. Nunca tenía sentido escatimar, y cada vez que revisaba el perímetro, me sentía mejor al ver de primera mano que no estábamos en peligro.

Necesitaba ese momento para despejar mi mente también. Estar encerrado y en proximidad cercana en la cabaña me estaba desgastando. Sentía que ella estaba sufriendo del mismo anhelo y deseo que yo resistía, pero hasta que no me dijera cómo se sentía, no me atrevería a suponer.

Quizás solo sea tímida. Fruncí el ceño mientras escaneaba el sendero boscoso, buscando algo que pareciera fuera de lugar al mismo tiempo que pensaba en Tess. Recordaba claramente cómo ella estaba callada antes de que tuviéramos sexo. Y tímida, como si estuviera aprendiendo a besar. Cuando me confesó que era virgen antes de que esos hombres la violaran, la ira me recorrió y tuve que controlar mi temperamento. Pero al decírmelo, me estaba transmitiendo cuán inexperta era.

Me pregunto si sabría qué decir o hacer para iniciar algo más…

Un agudo estallido de dolor me golpeó en el brazo, y giré por el impacto. Golpes agonizantes y punzadas de entumecimiento radicaron del agujero de la bala. Me dispararon. Había bajado la guardia pensando en Tess. Era como si mi maldito padre y primo me hubieran echado un maleficio.

Me di vuelta, presionando mi mano contra la herida mientras caía al suelo. Detrás de mí, vi a un francotirador salir de un denso grupo de matorrales.

Hijo de puta. Me levanté para correr tras él, pero con mi cabeza doliendo y la sangre fluyendo demasiado rápido de la herida, me tambaleé y me detuve.

No.

Él estaba huyendo, lo que me incitaba a perseguirlo. El idiota corría en dirección opuesta a la cabaña, y me preocupaba que fuera una distracción para separarme de Tess.

¡No!

Me negaba a permitir que le sucediera algo. Cuando le dije y le prometí que haría cualquier cosa y todo lo posible para ayudarla y mantenerla a salvo, lo decía con cada fibra de mi ser. No podía ser tan estúpido como para caer en una trampa. Si un francotirador estaba aquí, otros podrían estar acechando cerca también.

Apretando los dientes por el dolor, bajé mi mano ensangrentada para poder correr con ambos brazos bajos y en movimiento. Aceleré mis piernas lo más que pude, corriendo de regreso a la cabaña. Los pájaros seguían cantando. Las hojas caían al suelo del bosque. Los insectos zumbaban. Todo parecía normal y bien, como si fuera cualquier otro día ordinario en la vasta naturaleza, pero no lo era.

El miedo me impulsaba a ir más rápido aún. Montando la ola de la adrenalina, sentía menos el dolor de haber sido disparado y más la amarga pánico y furia recorriéndome.

Tenía que protegerla. Tenía que llegar a tiempo. No había excusas, ni una sola maldita, para que ella resultara herida bajo mi vigilancia.

Por fin, llegué a la cabaña, encontrándome con dos hombres tratando de romper una ventana. Uno levantó un palo tipo garrote, y el otro miró alrededor, escaneando en busca de amenazas. A través de la ventana, vi la figura de Tess sosteniendo la pistola hacia la ventana mientras retrocedía. Con ojos asustados, me notó detrás de los dos hombres en la ventana.

Debieron haber notado que ella miraba algo detrás de ellos, porque el que tenía el palo empujó al tipo que estaba de vigilancia. Al unísono, giraron la cabeza y me buscaron.

Mi pecho subía y bajaba tan rápido, jadeando por aire mientras intentaba recuperar el aliento. Ya me estaba mareando y sintiendo la cabeza ligera por perder tanta sangre. Mi camiseta estaba húmeda por la sangre caliente, y sentía que el entumecimiento se extendía por mi brazo.

Antes de que esos cabrones pudieran romper la ventana o intentar algo conmigo, entrecerré los

ojos y levanté la mano no dominante. Había entrenado con ambas, solo para situaciones de mierda y circunstancias como ésta.

Apuntando con precisión, disparé a uno de ellos entre los ojos. Se dejó caer contra la ventana y, al caer, la sangre manchó la superficie.

“Joder”, dijo el otro. Se tambaleó hacia un lado para ponerse a cubierto, pero dos disparos más de mi pistola hicieron que sus rodillas dejaran de funcionar. Gritando y maldiciendo, golpeó el suelo con el puño mientras se esforzaba por darse la vuelta.

“¿Qué coño crees que estás haciendo?”, exigí mientras me acercaba con pasos amenazantes. Él ya me había hecho sangrar, pero presioné mi mano contra la herida mientras pateaba su arma lejos de él.

Su cuello se flexionó mientras apretaba los dientes y se escabullía entre las hojas y la hierba. No llegó muy lejos porque le pisé los huevos.

“¿Un Giovanni?”, gruñí, adivinando que aquel par tenían que ser hombres de la organización de Stefan Giovanni. No me resultaban demasiado familiares, pero vestían demasiado elegantemente para ser miembros del grupo de los Hermanos del Diablo.

“Vete a la mierda, Constella”.

Arriesgué la agonía de no comprimirme la herida para dar un paso atrás, dispararle a los huevos y volver a plantarme en el sitio. Sus gritos asustarían a Tessa, pero tenía que llegar tan lejos. Tenía que ser así de macabro para obtener las respuestas que necesitaba.

“¿Qué coño estás haciendo aquí?”. Apreté los dientes ante el dolor que se cerraba sobre mi hombro, y apreté el pie con más fuerza. “Habla. Ahora”.

“Stefan está cabreado porque Dante no le apoyó con las rutas de las armas”. Gruñó, tratando de aguantar los golpes. “Y quiere atacarlo como sea”.

“¿Sacándome a mí?”.

Asintió, temblorosa y rápidamente. “Sí. Desde que Dante se negó a alinear a los Constella con los Giovanni, Stefan quiere acabarlos. A todos”.

Sacudí la cabeza. *Ese estúpido cabrón.* En realidad, nunca me había preocupado por Stefan. Si era el idiota egoísta que era hoy en día cuando era más joven, no podía entender por qué mi padre fue alguna vez su amigo. Stefan no se parecía en nada a mi padre. “Pensé que Stefan se estaba alineando con los malditos motociclistas”. Sabía que lo estaba porque hacía poco habíamos tenido que salvar a Nina de que se la llevaran los grupos colaboradores.

El hombre asintió, jadeando por la agonía que tenía que estar sintiendo. Las rótulas destrozadas, las pelotas y la polla hechas papilla, sí, no debía de sentirse muy bien.

“Se está alineando con el MC”, respondió, “porque le gusta mantener siempre abiertas sus opciones”.

En otras palabras, dos veces todo el maldito mundo si podía salirse con la suya.

“¿Cómo me encontraste aquí?”. Presioné más fuerte sobre mi herida.

“Seguí a… Franco”, respondió, apretando los ojos con fuerza. “Sabemos que ha estado poniendo espías para vigilarnos, y hemos hecho que nuestros hombres le sigan”.

Y él y mi padre habían decidido vigilarme, llevando al enemigo más cerca.

“Dante tiene su casa muy vigilada”. El hombre estaba cantando como un canario, diciéndolo todo ahora. “Él también viaja así, con guardias y seguridad”.

Por supuesto, lo hace. Está protegiendo a Nina ahora, y a su bebé. Pensé que estaba exagerando al querer mantener a Tess a salvo, pero me pregunté si debería seguir el ejemplo de mi padre. Mantener a las mujeres bajo capas de seguridad, no confiar en esconderse y mantenerse a distancia.

“En cuanto vimos que Franco se dirigía en la misma dirección que Dante, supimos que sería una buena oportunidad para eliminar a alguien”.

“¿Qué hay de la otra vez? ¿En mi otra casa?”. Pregunté.

“¿La casa en ruinas?”. Sacudió la cabeza. “Stefan dijo que Reaper se ofreció voluntario para atacar allí”.

“Y ahora atacarán todos”. Levanté mi arma y le disparé entre los ojos. Fue una muerte piadosa, pero también un acto de impaciencia. Estaba sangrando mucho. No tenía tiempo para interrogarlo así. Llegar hasta Tessa y asegurarme que estaba a salvo también era un objetivo importante.

Ya está. Nos movemos de nuevo. La moveré tantas veces como sea necesario para mantenerla a salvo e ilesa.

Me tambaleé hacia la puerta, respirando con dificultad y haciendo gestos de dolor a cada paso. El impacto de mis pasos me sacudió y parpadeé para alejar la oscuridad que se deslizaba desde el borde de mi visión.

“Tess”. Me aclaré la garganta e intenté llamarla más fuerte antes de desplomarme sobre la puerta. “Tess, soy yo”.

Perdí la lucha contra la gravedad. Débil y respirando con dificultad por la vertiginosa pérdida de sangre, caí y traté de romper mi caída con la puerta.

Sin embargo, ella la abrió en ese momento y caí en picado. Me estrellé contra el suelo de madera, a medio camino dentro con el cuerpo en el umbral.

“¡Romeo!”.

Respiré hondo, contenta de oír su dulce voz.

Tenemos que movernos. Este lugar está en peligro. Tengo que esconderte mejor. Todos esos pensamientos válidos se quedaron solo en eso, sin decir y atrapados en mi mente. No podía hablar. Apenas podía moverme mientras la oscuridad se acercaba cada vez más rápido.

“¡Romeo!”. Lo gritó mientras se arrodillaba y me ponía las manos encima.

Entonces quedé inconsciente. Justo cuando tenía que mantenerme despierto y alerta para salvarla de que alguien volviera y completara la venganza que Stefan estaba decidido a llevar a cabo, costara lo que costara.

16

TESSA

“¡Romeo!”.

Se desplomó al suelo tan pronto como abrí la puerta de un tirón. Sin extender los brazos ni girarse para caer, su cuerpo se precipitó como un saco inanimado.

“Maldita sea. ¡Romeo!”. Me hundí de rodillas, ignorando el dolor de presionar mis heridas aún en proceso de curación contra la dura superficie. Mi corazón latía tan rápido que sentía que estaba al borde de desmayarme, pero eso era lo último que necesitábamos. ¿Qué bien podría hacer si estaba tirado en el suelo junto a él, fuera de combate y sin poder lograr ningún sentido de seguridad?

“Romeo. Por favor. Romeo, despierta”. Agarré su brazo y traté de girarlo. Su brazo derecho y costado estaban empapados en sangre, así que no lo toqué allí. Pero al tirar de su brazo izquierdo logré moverlo un poco. Era grande, tan pesado incluso inconsciente, pero me esforcé y tiré hasta que lo coloqué de lado.

Su rostro estaba relajado y sus ojos seguían cerrados. Mientras sacaba algo de las bolsas de ropa en el suelo, lo sacudí para hacer una compresión improvisada. Nina y Eva probablemente lo habían dejado para que me lo pusiera, pero era lo más cercano que tenía a mano para presionar las heridas sangrantes en la parte superior del brazo de Romeo.

“Romeo. Despierta”.

El miedo me agarró con fuerza mientras intentaba comprimir la herida. Había estado atrapada en el terror, otra vez, con el episodio infernal de hoy. Cuando vi a esos dos hombres por la ventana, a punto de romperla, agarré la pistola, justo como me había indicado Romeo en caso de que se presentara algún problema. Estaba tan asustada que saqué la pistola cuando él se fue. Así de nerviosa estaba. Y fue una buena cosa que lo hiciera.

Esos dos hombres apareciendo me asustaron, pero tuve la previsión de tomar la pistola y retroceder a un lugar seguro.

Ver a Romeo disparar a uno fue el momento en que juré que mi corazón se detuvo un instante. Palpitaba bajo el estrés, pero cuando le disparó al otro y lo hizo gritar, perdí la voluntad de mirar.

Esconderme detrás del sofá no era un muro lo suficientemente alto o grueso como para bloquear lo que estaba sucediendo. Pero me quedé allí, deseando que esos horribles recuerdos desaparecieran hasta que escuché a Romeo llamarme.

“Por favor, Romeo. Despierta”.

En otra oleada de tensión y adrenalina, miré su rostro y su pecho, asegurándome de que estuviera respirando. Estaba inconsciente, pero era capaz de respirar. Eso tenía que ser algo bueno, pero no podía manejar esto sola.

¿Danicia? Ella fue la primera persona en la que pensé para llamar, pero no quería arriesgarme a alejarme de Romeo el tiempo suficiente para agarrar mi teléfono.

“Romeo. Por favor, por favor, despierta”. Parpadeé ante el ardor de las lágrimas que picaban mis ojos. Entre sollozos, me negué a ceder ante todas estas emociones que giraban dentro de mí. No podía estar triste o asustada. Tenía que mantenerme fuerte por él, lógica y rápida en la acción. Sin embargo, mientras intentaba encontrar mi teléfono al mismo tiempo que presionaba la camiseta sobre sus heridas, luchaba con la terrible preocupación que se reproducía como un molesto ticker de noticias en mi mente.

¿Qué pasa si lo pierdo? ¿Qué pasa si no despierta? ¡¿Qué pasa si muere?!

El zumbido de su teléfono me hizo sobresaltarme. Venía de él, vibrando a través de su cuerpo, y retiré una mano ensangrentada para sacarlo de su bolsillo.

La identificación de llamada mostraba el nombre de Franco, y respondí de inmediato.

“¡Franco!”.

“Espera. ¿Qué? ¿Tessa?”.

“¡Ayuda! Regresa a la cabaña”.

Sonidos agudos salieron de su extremo. “¿Por qué? ¿Qué pasó? Dime qué pasó”.

“Romeo fue disparado. Un par de hombres intentaron entrar y él fue disparado. Disparó a uno. A ambos. Pero, también él fue disparado y…”.

“¿Hay alguien todavía allí?”. El rugido de un motor llenó su lado, y esperé que eso significara que estaba acelerando de regreso. No habían salido hacía tanto, pero apuesto a que mi sentido del tiempo estaba desquiciado, distorsionado por el miedo. “¿Estás a salvo?”.

“Están muertos”.

“¿Quiénes están muertos?”, exigió.

Romeo aún no había reaccionado. Me quejé mientras me apoyaba en sus heridas y oré para que no se uniera a esos otros dos hombres. “Los hombres. Romeo fue disparado, pero aún respira”.

“Voy en camino. Quédate quieta”.

Asentí, aunque no podía verlo. “Ha perdido mucha sangre”. Mi voz se quebró al final de esa

respuesta, pero aclaré mi garganta, decidida a mantenerme lo más fuerte y tranquila posible. Esos hombres estaban muertos. Franco se apresuraba a ayudar. Tan pronto como pudiéramos llevar a Romeo al hospital, las cosas debían cambiar.

“Voy en camino. Mantén los ojos abiertos, Tessa, y ten cuidado”.

Asentí de nuevo, luego dejé que el teléfono se deslizara hacia abajo desde donde lo había metido entre mi hombro y mi mejilla.

“Por favor, Romeo. Por favor, no mueras”. Tragué con dificultad, mi garganta se sentía gruesa de nuevo mientras temía lo peor. No podía apartar los ojos de él, mirando su pecho y sabiendo que se movía. Sentí el latido de su corazón al presionar mi meñique contra su torso.

“No puedes morir”, le supliqué en voz baja, sabiendo lo irracional e histérica que sonaba a pesar de la quietud de mi voz. Gritaría si tuviera la fuerza, pero en ese momento, estaba poniendo toda mi energía y esfuerzo en detener su pérdida de sangre y observar su respiración.

Franco me ordenó que estuviera atenta, pero no podía. No bien, al menos. Con el cuerpo de Romeo medio afuera de la puerta, tendría que arrastrarlo adentro para asegurarnos de que estábamos a salvo. Quedarnos quietos parecía vulnerable, pero también no. Tenía una vista clara del patio delantero, y así, vi la llegada de una SUV a la distancia mientras subía la pendiente hacia la cabaña.

“Él viene. La ayuda está en camino”, le dije a Romeo, dudando de que pudiera escucharme. No importaba si podía o no. Parte de mí lo decía para tranquilizarme.

De repente, me sentí tan estúpida. Solo una hora antes, mis preocupaciones giraban en torno a la confusión de por qué no parecía quererme más. La ansiedad de darme cuenta de que si quería que Romeo supiera que estaba interesada en él, tendría que hablar y comunicarle eso, algo que nunca había tenido el valor de hacer con nadie más en mi vida.

Tenía tanto que decirle y expresarle. Toda la gratitud que sentía por él al salvarme. Cada pedacito de adoración y curiosidad que él había despertado en mí al tener relaciones sexuales cuando pedí ayuda con mis demonios. Y cada momento de respeto y paciencia. Quería que supiera cómo había cambiado mi vida, y tenía que tener la oportunidad de decírselo. Sería demasiado cruel no hacerlo.

“No te atrevas a morirte”, le dije mientras la SUV se detuvo de golpe. “Apenas hemos comenzado, Romeo, y no puedo imaginarte fuera”.

Una sola lágrima se escapó, pero me soné y miré hacia arriba mientras Franco se acercaba corriendo.

“Estoy tratando de comprimir la sangre”, le dije mientras él se apresuraba hacia la cabaña. En su mano tenía su pistola, y a medida que se acercaba, inspeccionó la escena.

“Bien. Bien”. Se agachó, evaluando rápidamente a Romeo. Mientras se agachaba al suelo, me entregó su pistola. “Sostén esto y mantente alerta”.

Levanté una mano cubierta de sangre para tomarla. A pesar de que mis dedos temblaban, agarré

el arma. Él se agachó para levantar a Romeo, y no tuve más remedio que apartarme y quedarme fuera del camino. Dándole a Franco el espacio para alzar a Romeo, me quejé y lo vi, extendiendo mi mano libre hacia él.

“Se desmayó y cayó de cara”, añadí.

“Está bien”. Se esforzó, frunciendo el ceño mientras hacía un levantamiento tipo sentadilla. Romeo estaba en sus brazos, y no se detuvo. “Sal y abre la puerta de atrás”.

Lo hice, mirando a mi alrededor por si alguien más se acercaba. Estuve afuera, aun escaneando la cabaña y el bosque mientras Franco metía a Romeo en el asiento trasero. Solo logró meterlo a medias.

“Ve por el otro lado y arrástralo hacia adentro. Necesito que te quedes ahí atrás y comprimas la herida”.

Asentí mientras él me devolvía su arma. Ambos estábamos cubiertos de rojo, con un olor espantoso que olía a metal por toda la sangre que había perdido este héroe. Pero no necesitaba que me lo dijeran dos veces. Franco me cubrió, haciendo de vigía, mientras corría alrededor del SUV y subía adentro.

Cerró la puerta después de mí y corrió de regreso a la cabaña, cerrando la puerta para que se asegurara. En el asiento trasero, metí mis brazos bajo las axilas de Romeo y lo tiré más dentro del vehículo.

Franco se quitó la chaqueta y me la lanzó. “Bien. Ahora presiona esa herida”.

Volví a aplicar presión, observando cómo el pecho de Romeo seguía subiendo y bajando. Lo hacía, y Franco cerró la puerta de un golpe antes de subirse al asiento del conductor.

“Dime exactamente qué pasó”, dijo mientras aceleraba por la pendiente.

Repetí todo lo que podía recordar, teniendo cuidado de no omitir ningún detalle de lo que sucedió después de que él y Dante se fueron con Nina y Eva. Franco fue paciente, entrecerrando los ojos mientras miraba por el espejo retrovisor para ver cómo estábamos Romeo y yo.

No pasó mucho tiempo antes de que llegáramos a un hospital. Se detuvo en la entrada de urgencias, y yo salí del auto rápidamente con los paramédicos y técnicos ayudando a sacar a Romeo.

“¿Estás herida?”, me preguntó una enfermera de triaje mientras colocaban a Romeo en una camilla.

“No”. Me empujé a su lado, decidida a quedarme con él. No podía separarme de Romeo. No ahora. Quizás nunca. “Tengo que quedarme con él”.

“Solo se permite a un miembro de la familia…”.

“Él es mi prometido”, le recriminé. Era una mentira, pero no sentí culpa al decirlo. Haría cualquier cosa por quedarme con Romeo. Mi miedo era demasiado alto, esta inquietud de que, si perdía de vista a Romeo ahora, nunca volvería a verlo.

Esto no era un caso leve de lujuria que me atrajera a él. No era solo un deseo físico lo que anhelaba con este hombre. Mis sentimientos habían crecido tan rápido, y ya no podía negar cuánto me importaba Romeo.

No era la necesidad de intimidad en la cama, ni era otra expresión de mi gratitud por haberme salvado.

Era amor. Mi corazón no seguiría latiendo si me lo quitaban demasiado pronto.

Afortunadamente, la enfermera y los técnicos se dieron cuenta de que no aceptaría un "no" por respuesta.

"Está bien. Por aquí".

Con una corriente de conmoción y prisa, llevaron a Romeo adentro. Corrí para mantenerme al día con ellos, pero vi a Franco quedándose atrás junto a su auto, con el teléfono en la oreja. Me vio y saludó, indicándome que me quedara con Romeo.

Y eso fue justo lo que hice. Corrí junto a la camilla, siguiendo al equipo adentro y orando para que no fuera demasiado tarde para salvarlo y despertarlo.

Tenía que despertar.

Tenía que hacerlo, y en cuanto lo hiciera, tendría muchas palabras honestas que compartir con él.

Corrí, observando su rostro mientras los técnicos médicos comenzaban a hacerse cargo y a decirse unos a otros qué hacer.

Por favor, Romeo. Creo que ya podría amarte. Y no puedo perderte.

17

ROMEO

Me desperté y encontré a mi padre deslizando el dedo por su teléfono. Llevaba una sonrisa burlona y satisfecha, y rodé los ojos al darme cuenta de que probablemente estaba viendo un mensaje subido de tono de Nina mientras yo yacía aquí sufriendo.

En realidad… tensé la espalda y sentí menos dolor bajando por mi brazo. *No está tan mal.*

Toda la noche estuve entrando y saliendo de la consciencia. Deben de haberme dado algo suave para sedarme porque no me sentía demasiado atontado ni mareado después de la cirugía.

“Me estoy desangrando y tú estás mandando mensajes calientes a tu prometida?”, bromeé mientras levantaba mi mano libre para frotarme la cara.

Él carraspeó, dejando el teléfono y mirándome. “¿Cómo te sientes?”.

“Como si ya no me estuviera desangrando”.

Asintió. “Te cosieron rápido. Te desmayaste por la pérdida de sangre, pero determinaron que no necesitabas una transfusión”.

Eso era una buena noticia. Tal vez significaba que saldría de aquí más pronto que tarde. Odiaba estar inactivo, y con la amenaza de lo que me había traído hasta aquí, estaba decidido a seguir activo protegiendo a mi familia.

Y a Tess.

“¿Dónde está Tess?”. Ahora que estaba despierto, alguien tenía que ponerme al tanto. La última persona que recordaba querer ver, la última con la que había estado, era ella.

“Acaba de salir al pasillo”. Se levantó, estirándose y sonriéndome. “Le diste un buen susto, pero no es tan débil como parece”.

Fruncí el ceño.

¿Quién dice que parece débil?

“Ha estado aquí todo el tiempo”. Sus labios se torcieron en una sonrisa irónica. “Les dijo que era

tu prometida para poder quedarse a tu lado".

Elevé las cejas. Debí haberme caído cuando me desmayé, pero no recordaba haberme golpeado la cabeza.

"Nos confesó a mí y a Franco que era mentira. Algo que dijo solo para quedarse contigo".

Asentí. "Si le hubiera propuesto matrimonio, lo sabrías".

"¿De verdad?". Entrecruzó las manos frente a él y me observó. "Has estado a solas con ella, acercándote".

"No hasta el punto de hacerla mía", argumenté. *Pero lo haría si supiera que me aceptaría.*

Se encogió de hombros, fingiendo indiferencia, pero con una sonrisa divertida. "Sería un golpe bajo, ¿no? Si te lanzas a una relación incluso más rápido de lo que yo lo hice con Nina".

Rodé los ojos. "Qué gracioso".

"Lo que no es gracioso es lo que nos contó mientras estabas en cirugía".

"Stefan envió a dos hombres a la cabaña". *Espera. El francotirador.* "Tres".

Asintió, ahora más grave y sin una sonrisa en los labios ni alegría en los ojos. "Franco mandó a sus hombres a barrer la zona. Encontraron al francotirador que te disparó. Se tropezó y se rompió el tobillo, así que no tuvieron problemas para localizarlo".

"¿Y los dos que maté cerca de la cabaña?".

"Se deshicieron de ellos". No necesitaba pedirme que justificara las heridas ni que explicara nada. Lo entendió.

"Dejé a uno con vida para sacar información".

Cruzó los brazos. "Te escucho".

"Stefan está furioso porque no te alineaste con él ni lo respaldaste con las rutas de armas". Eso no iba a ser una sorpresa. Todos lo sabíamos. "Envió a los hombres de los Hermanos del Diablo a la otra casa donde estaba con el plan de eliminarme para atacarte a ti".

Negó con la cabeza. Un gesto asesino se mantenía en su rostro.

"Mandó a sus hombres a la cabaña para intentarlo de nuevo".

"Maldito hijo de puta", murmuró.

"También dijo que Stefan estaba frustrado con la incapacidad de atacarte directamente. Como Nina está ahí y está esperando un bebé, has reforzado tanto la seguridad que él no tiene forma de entrar".

Sonriendo con aire arrogante, asintió una vez. "Eso es correcto. Y no dejo que salga de la casa sin suficiente seguridad".

“Y eso es lo que tengo que organizar para Tessa”, dije mientras me sentaba un poco más, contento de que el movimiento no me causara un dolor insoportable. “No puedo confiar solo en estar a distancia y usar eso como un nivel de seguridad. La maldita tormenta deshabilitó los cables para las cámaras de vigilancia en el camino”.

“Todo eso está obsoleto”, dijo, molesto. “Lo mejor sería que trajeras a Tessa a la casa. A Nina le encantaría tenerla cerca”.

Y entonces ni siquiera me necesitaría. Me sentí egoísta por querer mantener a Tessa solo para mí, pero hasta que pudiéramos resolver la tensión entre los dos y descubrir cómo estar juntos, no quería que hubiera obstáculos en el camino. Nina no era un obstáculo, pero sí sería una distracción.

“No. Pero tengo la intención de moverla a algún lugar más cerca, en la ciudad”.

“Lo que decidas”, dijo él, dejándome tomar las decisiones en cuanto a Tessa.

No hablamos más.

La puerta se abrió, y mi ritmo cardíaco aumentó con la emoción de que pudiera ser Tessa entrando, pero no lo era. En su lugar, entró un doctor acompañado de una enfermera. Mi padre permaneció de pie, fuera del camino, mientras el doctor conversaba conmigo. La enfermera revisó mis signos vitales. Todo estaba en orden. Y me sentí afortunado por cómo había salido de este incidente.

“Parece que estarás listo para ser dado de alta mañana…”.

“¿Por qué no hoy?”, preguntó mi padre, interrumpiendo al doctor.

“Recomendaría al menos una noche de monitoreo, dado la pérdida de sangre”.

Negué con la cabeza, mirando entre la enfermera y el doctor. “Mis signos vitales están bien, ¿verdad? No quiero quedarme más tiempo del necesario”.

“Tenemos personal médico disponible en casa”, añadió mi padre.

Danicia ciertamente sería de ayuda, si la necesitaba. Esto no era mi primera vez. Ya me habían disparado y cosido antes. Contaba con un período de recuperación, y haría los ejercicios y estiramientos necesarios para estar completamente bien.

“No lo recomiendo…”. El doctor frunció los labios ante la mirada seria de mi padre. “Pero, puedo organizar que empiecen con los trámites en breve”.

“Ahora”, aconsejó mi padre.

El doctor asintió, pero la enfermera puso los ojos en blanco mientras se colgaba el estetoscopio al cuello.

Después de que salieron, entró Franco. “¿Listo para irte?”. Sonrió, mirando de mí a mi padre. “Supongo que por la forma en que el doctor y la enfermera sonreían, les dijiste que querías el pase exprés para salir de aquí”.

“Correcto”, dije mientras colgaba las piernas del borde de la cama. Fruncí el ceño y probé mi rango de movimiento, me senté y me estiré lo mejor que pude. Tal vez salir no era lo que el doctor prefería, pero no era como si fuera un paciente común. Tenía problemas de seguridad que atender. Una mujer que proteger.

Tess debía haber estado muy asustada, viéndome matar a un hombre. Esperaba que no estuviera a la vista cuando disparé y torturé al segundo. Aunque sabía que era un asesino, no quería que lo viera en tiempo real.

“Ella comprimió tus heridas en cuanto te desmayaste en sus brazos”, dijo Franco cuando le pregunté qué había pasado para que me trajeran al hospital.

Mi padre me ayudó a vestirme y a despejar la habitación, y me sentí humilde al ver cuán débil y frágil puede ser el cuerpo humano cuando se lleva al límite y se dispara.

“Llamé por casualidad, y ella contestó, diciéndome que necesitabas ayuda”.

Buena chica, Tess. Buena chica. Pero ya sabía que era de un material más fuerte. No era una mujer propensa a la histeria ni a entrar en pánico sin actuar ante una amenaza.

“Te trajimos aquí, y ella se quedó todo el tiempo, no importaba cuánto tratáramos de convencerla para que se fuera a limpiar”.

Fruncí el ceño, mirando por la ventana. “¿Cuánto tiempo he estado aquí?”.

“Hmm, toda la noche y parte de la mañana”, dijo Franco. “Te cosieron anoche, pero dejaron que tu cuerpo descansara”.

Había recuerdos borrosos. Recordaba haber despertado después de la cirugía, pero nada más allá de eso.

“Aquí tiene”, dijo la enfermera cuando regresó. Su tono era descarado y despectivo mientras le entregaba los papeles de alta a mi padre.

Él no mostró ninguna reacción ante su actitud. Simplemente tomó los papeles y los metió en el bolsillo interior de su chaqueta.

Danicia se aseguraría de que siguiera las instrucciones al pie de la letra.

“Un pequeño daño no va a derribar a una Constella, ¿eh?”, bromeó Franco mientras sostenía la puerta para mí.

“Para nada”, respondí mientras salía de la habitación.

Nos detuvimos cuando vi a Tessa. Solo contemplar su cabeza rubia y su cuerpo delgado calmó una parte ansiosa de mi alma. Se había vuelto una figura tan importante en mi vida. Saber que estaba cerca me tranquilizó.

Pero ella no parecía sentir lo mismo. De pie frente a una mujer mayor, que puso las manos en las caderas y le gritó.

No sabía de qué demonios estaban discutiendo en el pasillo de un hospital, pero me dirigí hacia

ella, más que listo para defenderla en lo que fuera esta situación.

18

TESSA

“¡Nunca me has decepcionado tanto!”, gritó mi madre.

Normalmente era una mujer callada, prefiriendo no causar problemas para hacer la menor cantidad de trabajo posible. Su existencia era una de quejas y miserias, ya que deseaba una vida diferente, de lujo, que nunca alcanzaría con su bajo ingreso.

“¡Salir corriendo así! ¿Cómo te atreves?”.

“Oh”. Resoplé y crucé los brazos. “Me imagino que ha sido una tortura”.

Ella estaba furiosa, enseñando los dientes por la audacia que tuve de contestarle. “Lo ha sido, inútil, consentida, egoísta y buena para nada, pequeña…”.

“¿Perdón?”. Romeo dio un paso adelante, cortando entre nosotras. Su brazo vendado aún estaba sostenido con un cabestrillo, envuelto en varios vendajes.

Sonreí al verlo, tan feliz de que estuviera despierto y moviéndose tan bien. Los médicos nos habían dicho que se recuperaría bien, que la herida profunda sangró mucho pero no afectó los vasos sanguíneos principales ni los huesos. Sus músculos necesitarían apoyo para reconstruirse, pero su pronóstico era muy optimista.

Pensaba ayudarlo en cada paso del camino. Nunca podría devolverle todo lo que hizo por mí, pero quería intentarlo.

Lo miraba con ojos llenos de amor, suspirando mientras observaba lo fuerte y saludable que se veía después de haber sido disparado y desangrado así. Después del miedo de perderlo, estaba emocionada de verlo tan bien.

“No le hables así”, dijo, mirando a mi madre de arriba abajo.

Ella se puso rígida, sin gustarle que alguien interfiriera cuando estaba menospreciándome. Ni siquiera mi papá lograba decir algo cuando ella se desataba. Solo tenía que esperar su turno y gritarme después de que terminara.

Era inevitable encontrármela aquí. Ella era enfermera práctica en este hospital, y mi suerte se

acabó cuando dejé la habitación de Romeo para darle a Dante unos minutos con su hijo.

“¿Y tú quién eres para decirme qué hacer?”, replicó, sin saber quién era él.

Lo observé desde su perspectiva. Las ojeras debajo de sus ojos por una noche de mal sueño. El enrojecimiento en su mejilla de haber caído al suelo. Al menos su ropa estaba limpia y no estaba manchada de sangre. Franco trajo un cambio de ropa para los dos, ya que la nuestra estaba completamente roja.

Romeo se veía cansado y despeinado. Aún guapo para mí, pero exhausto y agotado.

Ella pasó a su lado para enfrentarse directamente a mí, ajena a su mirada letal que no se apartó de ella ni un segundo.

“Tengo todo el derecho de decirle a esta mocosa lo decepcionada que estoy de ella. Salir corriendo, dejar su trabajo, robar el coche de mi esposo…”.

¡Oh! Me acerqué y me metí en su cara. “¡No robé nada!”

“No trajiste su coche a casa después del trabajo. Eso es lo mismo que robar”.

“No lo traje a casa…”, tartamudeé y me detuve. Las palabras no salieron, y cerré la boca. Una mirada a Romeo me mostró que había suavizado su mirada hacia mi madre para fruncir el ceño hacia mí, sabiendo exactamente qué había pasado esa noche.

No había robado el coche de mi papá porque lo dejé justo donde lo estacioné mientras trabajaba. Y no había conducido ese coche a ningún lado porque había quedado hecha un desastre emocional después de lo sucedido.

No podía contarle eso aquí. Decírselo a mi madre era algo que siempre evité, porque, de una manera distorsionada y retorcida, trataría de hacerme creer que, de algún modo, era mi culpa. No sería una víctima para ella, sino una tonta que había provocado, de alguna forma, que esos hombres me persiguieran.

Ella empezó a elevar su tono mientras yo vacilaba. “No trajiste su coche a casa. Él tuvo que ir a buscarlo y llegar tarde…”.

“¿Para una maldita tienda de pesca?”, gruñí. “Qué mala suerte”.

Ella levantó la mano para abofetearme, pero en el último segundo notó cuánta atención estaba llamando, discutiendo conmigo en un lugar público como este.

“No llegas a casa. No pagas…”.

“¿Pagar qué?”, gritó una mujer.

Mi madre se giró al escucharla y vio a Eva avanzando hacia nosotras. Comparada con mi madre en su uniforme de enfermera y su peinado anticuado, la prima de Romeo parecía una princesa, real y hermosa. Tal vez ella era exigente con su maquillaje perfecto, ropa de diseñador inmaculada y piel y cabello impecables, pero esa era su elección. Y lo llevaba con estilo.

“Te hice una pregunta. ¿Pagar qué?”, exigió Eva.

“No es asunto tuyo. Esto es entre mi hija y yo”.

“¿Tu hija? ¿O tu mano de obra gratuita?”.

Mi madre la miró sorprendida y furiosa. “¿Qué mierda? ¿Cómo te atreves a hablarme así?”.

“Es cierto”, respondí. “Es cierto. Tú y papá me tratan como mano de obra gratuita, haciéndome pagar alquiler para vivir con ustedes desde que cumplí dieciséis. Nunca me dieron la oportunidad de ahorrar para mudarme porque se aprovechaban de mí y me culpaban para que les diera mi dinero, todo porque papá nunca quiso trabajar ni un solo día”.

Ella levantó la mano para abofetearme de nuevo. La había empujado demasiado lejos, arrojándole estas verdades en la cara.

Romeo fue más rápido. Antes de que pudiera ponerme la mano encima, le agarró la muñeca y la detuvo en el aire. “No. La. Toques”.

Ella luchó y forcejeó contra su agarre. Retiró su brazo y dio un paso atrás, frunciendo el ceño. “¿Ah, así que esto es lo que pensaste hacer? ¿Salir corriendo con un hombre como él?”.

De nuevo, la miró con desprecio de arriba a abajo, con el desdén claro en sus ojos y la furia evidente en su expresión.

“Contéstame”, exigió. “¿Pensaste que podías salir corriendo con un hombre como este?”.

No soportaba la idea de que criticara a Romeo. No tenía defectos que pudiera contar. No tenía fallas que lo convirtieran en una mala persona. Para mí, él era perfecto.

“No salí corriendo”, dije, odiando el hecho de que intentaba reducir la tensión enfocándome en mis acciones.

“Parece que sí lo hiciste”. Ella bajó su mirada furiosa hacia mi mano, que Romeo había tomado.

Como si sintiera la furia de su atención, él apretó mis dedos con una presión reconfortante. Para darme ánimo, para recordarme que lo tenía a él de apoyo. El hombre acababa de salir de una cirugía, y allí estaba, enfrentándose a mi madre por mí.

“Parece que pensaste que podías salir corriendo y seguir a un hombre como este”. Ella entrecerró los ojos al verlo, notando a los hombres de Constella a nuestro alrededor. “Es un mal tipo, Tessa. Este hombre no es para ti. Lo sé. Puedo verlo solo con mirarlo. Él y sus matones. Estos criminales y vagos”.

“Está bien. Ya basta. ¿Terminamos aquí?”, dijo Franco, perdiendo la paciencia mientras hacía señas a los soldados de Constella para que nos ayudaran a despejar el pasillo.

“No. Aquí no ha terminado nada”, respondió mi madre, furiosa. Se giró hacia mí, extendiendo la mano para tomar la mía, pero la aparté de un golpe.

“No me toques”.

“Estás tirando tu vida a la basura. Esto es un error. ¿No lo ves? ¿Escaparte con un criminal estúpido? Míralo. No es un buen hombre. Elliot sí lo es”.

Miré al techo, tan exasperada que no tenía paciencia para esto.

“Es un buen hombre, honesto”, despotricó.

“Sí, claro”, replicó Romeo.

“Y necesitas prestar atención a construir tu relación con él, Tessa. Elliot es tu futuro. No este mal hombre, estos matones que evaden la ley”. Se estremeció, mirando a Romeo, y nuevamente intentó tomar mi mano.

“No”. La empujé por el hombro, contenta cuando tambaleó hacia atrás. “Ya terminé con ustedes, con papá”.

Romeo me sostuvo la mano en cada paso del camino mientras me guiaba por el pasillo, pero mi madre no se dio por vencida. Tenía que tener la última palabra.

“Le voy a contar a tu padre que te vi”.

Bufé. “No me importa una mierda”. Verla fue difícil, pero soportar su furiosa lección fue aún peor. Sin embargo, con Romeo, y Eva a mi lado desde que vino con Dante, quien ya se había ido, me sentía más fuerte. Tenía razones para mantenerme firme, para no ceder ante el odio y el juicio de mi madre. Y escucharla decirme que volviera con Elliot… eso sí que me hizo hervir de rabia. Guardaba toda esa ira dentro, esperando el momento de desahogarme en privado.

“Esto está mal, Tessa. ¡Mal! Después de todo lo que hemos hecho por ti, ¿crees que puedes simplemente renunciar e irte? Así no funciona la vida. No de esta manera”.

Se apresuró tras nosotros, bloqueada por los hombres de Constella que nos seguían a Romeo y a mí.

“Eres un horrible desperdicio de vida si esto es lo que eliges. Irte con un hombre horrible como él. ¡No es más que un matón! El tipo de criminales que Elliot ayuda a castigar”.

“¿No podemos caminar más rápido?”, le pregunté a Romeo.

Él frunció el ceño hacia mí, luego levantó la mano. Chasqueó los dedos y señaló, dando una señal a los soldados detrás de nosotros.

Ellos se dieron vuelta, reformando sus posiciones en grupo. Dos hombres continuaron saliendo con nosotros, pero otros se giraron para evitar que mi madre nos siguiera más lejos.

“No eres nada, Tessa. ¡No eres mi hija si te vas con ese hombre! ¿Me escuchas?”.

Hice una mueca, agradecida por el reconfortante agarre de Romeo en mi mano.

“No pienses siquiera en regresar a casa. Nunca. No te atrevas a pensar que tienes un lugar en nuestras vidas”.

Apreté los dientes ante sus gritos desvaneciéndose mientras los soldados de Constella la mantenían a raya. “El único lugar que tuve en sus vidas fue para traerles tanto dinero como fuera posible”.

“Ya no más”. Romeo suspiró cuando llegamos al elevador. “No tienes que preocuparte por mantener un lugar en sus vidas para nada”.

Asentí, esperando que eso realmente pudiera ser cierto para siempre.

Ver a Romeo en acción y al borde de la muerte, o al menos así me pareció cuando se desmayó y sangró tan rápido, puso las cosas en perspectiva.

Me había aferrado a él como un peldaño lejos de la vida que conocía, pero si lo perdiera, no solo mi corazón se destrozaría, sino que también no tendría a nadie más en mi esquina. Ningún otro lugar al que ir.

Odiaba sentirme tan desanclada, como si cualquier cosa pudiera golpearme y derribarme en la desesperación. Durante tanto tiempo, había esperado que algo bueno llegara a mi camino, algo en lo que pudiera confiar más que solo un sueño para entretenerme o una falsa ilusión de seguridad.

Mientras íbamos en el elevador, Franco y los soldados con nosotros, así como un técnico cansado con uniforme desordenado, no podía mirar hacia arriba. Sentía la mirada de Romeo sobre mí, y me tentaba a hacer contacto visual en las paredes espejadas del elevador, pero simplemente no podía.

Me sentía tan avergonzada, tan pequeña y hundida, al enfrentarme a él. Solo cuando estábamos en el asiento trasero del coche me giré hacia Romeo. Franco conducía, pero agradecía la partición de privacidad.

“Yo…”.

“¿Qué?”. Él tomó mi mano y besó mis nudillos.

Me reí, rota y humillada. *No sé qué hacer, a dónde ir.* “Lo siento por lo que dijo de ti”.

Su risa, que sonó más como un gruñido, me intrigó, y levanté la mirada hacia él.

“¿Qué?”.

Me miró, más calmado pero tan serio. Como si le estuviera diciendo a su capo que diera la vuelta al coche para enseñarle a mi madre una lección por hacerme sentir tan inútil y estúpida así.

“Lo siento por lo que dijo, que eres un mal hombre”.

Ahora sonrió, iluminando mi mundo de una manera extraña y tonta. “Tess. Soy un mal hombre”.

“Pero ella está equivocada. También eres un buen hombre, Romeo”. Esperaba que escuchara la sinceridad que no podía ocultar.

“Me viste”, dijo él, suave pero serio. “Me viste matar a ese hombre”.

Tragué, sintiéndome nerviosa al tener que hablar de esto. Ya sabía que él era un asesino. Me dijo que había vengado lo que me hicieron y matado a mis violadores. Pero verlo… eso también era creerlo.

“Lo vi”. Aceleré la respiración, intentando no mostrar incomodidad y demostrarle que no me alejaba ni me disgustaba por ello. “Y sé que mataste a ese otro hombre”.

“Lo torturé”, corrigió él. “No pude matarlo hasta que obtuve respuestas de él, y las conseguí. Necesito que entiendas eso”.

Froté mis dedos sobre sus nudillos, necesitando moverme de alguna manera. “Lo sé, y también respeto que, en algunas áreas de la vida, como en tu familia, se trate del concepto de matar o ser matado”.

Él asintió, casi orgulloso de mi evaluación. Luego me puso contra la pared. “¿Por qué insistes en querer estar conmigo, estar cerca de mí, cuando sabes de lo que soy capaz?”.

“Porque no puedo imaginar estar en ningún otro lugar que no sea contigo”.

Porque sé que estoy más segura contigo.

Porque tengo la impresión de que te calmo y equilibro esa oscuridad de la que no puedes escapar.

“Porque me importa”. Tragué, mis palabras fallando mientras dejaba mi alma al descubierto para él. “Porque me importas mucho, Romeo. Y no quiero ni pensar en estar separada de ti”.

No ahora. Y nunca más.

Me miró por un largo momento, como si estuviera buscando en mi rostro una razón por la cual lo estimara tanto. Finalmente, suspiró y se relajó en su asiento, invitándome a recostarme sobre él. “Entonces te quedarás conmigo”, dijo, simple y directo, mientras presionaba un botón para bajar la partición. “Franco”, dijo una vez que la partición se bajó. “Llévanos a mi penthouse en el South End”.

¿Penthouse? Él tenía tantos lugares donde quedarse mientras yo tenía… ninguno. Excepto este momento, con él, y me aferré a ello mientras cerraba los ojos y dejaba que el viaje me arrullara hasta quedarme dormida.

19

ROMEO

Tessa y yo nos mudamos al ático en el que rara vez me quedaba. Me gustaba la libertad de quedarme donde me diera la gana, sin estar atado a ningún lugar por mucho tiempo.

Con Tessa, sin embargo, quería brindarle seguridad y estabilidad. Después de las palabras llenas de odio de su madre, echándola de su casa y desheredándola, me impulsó a asegurarme de que la dulce mujer estuviera conmigo. Nunca tendría que comprobar la teoría de que su madre y su padre no la recibirían de nuevo en casa.

"¿Así?", me preguntó una noche cuando la llevé a un campo de tiro. Estaba cerca de la mansión en la que mi padre vivía con Nina, pero según él, querían pasar una noche tranquila en casa. Todas sus noches eran tranquilas en casa, pero yo no insistiría en la oportunidad de visitarlos. Además, Nina y Tessa se hacían videollamadas casi a diario.

Esa noche era otro ejercicio para enseñarle defensa personal, y eso incluía enseñarle cómo sujetar y usar una pistola. La seguridad era lo más importante. También le ofrecí a Nina clases de defensa personal, pero estaba seguro de que mi padre se encargaría de eso.

"Más arriba", le indiqué. De pie detrás de ella, rodeé su cuerpo con mis brazos y corregí su agarre en el arma. Sus protectores de oídos seguían colgando sobre su cuello, y las conchas de plástico duro chocaban contra las mías alrededor del cuello mientras me acercaba más a ella.

Su respiración se entrecortó y me contuve de gruñir. El deseo se apoderaba de mí, siempre ardiendo en un bajo nivel. Presionarme contra su espalda y abrazarla para demostrar el agarre correcto era una auténtica tortura.

Maldita sea. Escuchar sus suspiros y sentir su reacción ante mi proximidad era como jugar con fuego. Cada pequeño gesto que hacía se volvía más sensual. Más erótico.

Dejé de comer con ella porque mirarla lamer una cuchara o un tenedor era una tortura. No podía quedarme en la misma habitación con ella cuando leía, porque cada vez que suspiraba como si estuviera leyendo algo sentimental, me alertaba para observar todas sus expresiones faciales. Lo mismo ocurría cuando algo la hacía resoplar ligeramente, despertando mi curiosidad por saber qué la había molestado o divertido.

Habíamos caído en una rutina más domesticada de ser compañeros de cuarto, pero con una tensión seria de la que ninguno de los dos hablaba. Vivía con ella, pero me obligaba a mantener las cosas lo más platónicas posible.

Hasta que ella diera el primer paso, tenía que mantener la cabeza fría.

"¿Así?", me preguntó, con la voz ronca y baja, sugiriendo que luchaba con su trasero pegado a mi entrepierna, mis brazos rozando los costados de sus pechos.

Levantó apenas la cabeza hacia la mía. Su mejilla suave rozó la mía, y estuve a punto de estremecerme de necesidad.

Todo lo que necesitaba era un giro de una pulgada, un pequeño desplazamiento hacia el costado para acercar mis labios a los suyos y robarle un beso. Un beso que había estado pensando y soñando a diario, tanto de día como de noche.

Esta mujer estaba constantemente en mi mente, y no sabía quién de los dos rompería primero.

"Sí". Retrocedí, incapaz de resistir la tentación de abrazarla, sintiendo cómo se inclinaba hacia mí, como si en silencio me estuviera pidiendo que me acercara.

La noche siguiente, supervisé su aprendizaje para escapar de un estrangulamiento. El soldado de Constella que hacía sparring con ella y le daba los conceptos básicos de defensa personal era un hombre mayor, un buen tipo que no intentaría aprovecharse de ella. Mirando desde los lados del gimnasio privado que tenía aquí, suspiré y me pregunté cómo podría conseguir que se me cayera en las manos. No para pelear, pero…

"¿Cómo ha estado?", preguntó Danicia. Había venido a revisar mi brazo, y me alegró que aprobara mi progreso hasta ese momento. Mi herida de bala era la razón por la que no era yo quien entrenaba a Tessa sobre los tapices. Pero incluso si tuviera toda mi movilidad normal, no estaba seguro de poder controlar mi deseo. Sostenerla. Jalarla hacia mí. Someterla y dejarla caer sobre el tapiz. Todo por una razón educativa, pero con ella…

"Bien", respondí rápidamente.

Danicia se rió. "¿Bien?".

Asentí. "Sí".

"¿Ya no tiene más indicios de trauma con los que esté lidiando?". Miró su reloj inteligente. "Han pasado solo tres semanas desde esa noche. A veces, esa clase de recuperación lleva meses. Años".

Me encogí de hombros con el brazo que no estaba herido. "Ya no la he escuchado llorar en medio de la noche".

Danicia levantó las cejas. "¿Cómo?".

Fruncí el ceño, sin querer hablar de nada demasiado personal. Aún no había vuelto a compartir cama con Tessa, pero eso no era asunto de Danicia. "Deja la puerta un poco abierta, y yo dejo la mía también entreabierta. La escucharía".

La doctora cruzó los brazos. “Y si lo hiciera, ¿qué harías?”.

Los recuerdos de aquella noche de sexo vainilla me llenaron de tanto éxtasis como de temor. Disfruté de Tess de la manera más profunda posible, pero también me quería encoger por lo suave que había sido. La quería de nuevo. Lo había querido desde esa noche, pero me desanimaba al darme cuenta de que nunca podría pedirle lo que deseaba.

Si la mujer no podía encontrar el valor para decirme lo que quería o cómo se sentía acerca de mí, entonces, ¿cómo podría esperar que aceptara algo más atrevido?

“La consolaría de la forma en que quisiera que lo hiciera”, respondí, observándola con el hombre en el tapiz otra vez. Ella asintió a sus instrucciones, decidida a ser una buena alumna y hacer lo esperado.

Aún estaba superando su trauma. Tenía que mantener eso en mente porque no era justo desearla y anhelar más, ser egoísta con la persona a la que más quería cuidar.

“No la presionaré”, agregué, echando un vistazo a Danicia y viéndola estudiarme.

“Te gusta”, concluyó, sonriendo de manera desordenada.

Mantuve mi rostro inexpresivo.

“Tiene que gustarte si quieres mantenerla cerca así”. Sonrió y me dio una palmada en la espalda. “Como si estuvieras perdido sin ella en tu vida”.

Exhalé un profundo suspiro, tomando el riesgo de ser abierto y honesto. “Estaría perdido sin ella. No sé cómo logró meterse bajo mi piel tan rápido, pero lo ha hecho”.

“¿Ella lo sabe?”.

Fruncí el ceño. “No sé cómo no lo sabrá”. Hice el amor con ella, dejándola tomar las riendas. Le tomé la mano cuando parecía insegura. Le proveí todo su neceser y mantuve una lista mental de sus pequeñas manías y preferencias, de lo que le gustaba comer, beber y vestir.

“Bueno, con su experiencia limitada, siempre tan ocupada trabajando y nunca realmente saliendo con un hombre, tal vez necesita que seas directo y se lo expliques todo. Menos malentendidos y todo eso”.

¿Tengo que ser directo y explicar que quiero meterle sin piedad en su apretada vagina? Claro, como no. No va a pasar.

“Algo está pasando entre nosotros”, admití, “pero es complicado. Ella es ingenua e inocente. Inexperta. Y me he propuesto velar por su seguridad y felicidad”.

“Pero, ¿qué pasa si su felicidad incluye este ‘algo’ que está surgiendo entre ustedes?”.

Suspiré, deseando saber cómo expresarlo mejor. “Ella quiere estar cerca de mí. Lo puedo notar. Pero tal vez no sea lo mismo que lo que siento por ella”.

‘Porque me importas mucho, Romeo. Y no quiero pensar en la posibilidad de estar separada de ti’.

Repetí las palabras de Tessa en mi mente una y otra vez. Sonaban prometedoras, pero su afecto probablemente era gratitud, no un interés verdadero.

“Ella se preocupa”, adivinó Danicia, asintiendo como si fuera una experta en leer a las personas.

“Ella me dijo que se preocupa por mí. Pero tal vez lo dijo solo para expresar una forma de adoración heroica”.

Danicia sonrió con una mueca.

“Si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, no sé si sentiría lo mismo”.

La mujer alta sonrió con satisfacción, como si supiera algo que yo no. “Entonces tal vez es hora de preguntar. Y averiguarlo”.

Puse los ojos en blanco y me di la vuelta para salir del gimnasio. Ya había tenido suficiente de esta tontería introspectiva. Era bastante difícil estar todo el tiempo en mi cabeza, obsesionándome con Tess y sintiéndome confundido sobre cómo hacer que las cosas fluyeran mejor entre nosotros.

No necesitaba que Danicia me hiciera de psicóloga. Además, no le había revelado otro y mayor problema en el que estaba atorado.

No puedo fallarle. Y casi lo hice. Si Tessa estaba progresando en ajustarse a la vida después del trauma de haber sido violada, yo no estaba mucho mejor. Constantemente sentía la presión del estrés y la culpa cuando recordaba lo cerca que estuve de perderla. Ver a esos dos hombres Giovanni intentar entrar para llegar a ella me dejó el corazón detenido, y odiaba solo pensar en fallarle. En no cuidarla.

Había fallado a mis hermanos de la Mafia, y no podía permitir que eso se repitiera, mucho menos arriesgarme a que ella resultara herida o incluso asesinada.

Explicar cualquiera de esas cosas sería complicado, y hasta que no supiera cómo abordar a la mujer, estaba decidido a observarla desde lejos y dejar que ella se acercara a mí.

Y finalmente, lo hizo. Esa noche, mientras pasaba junto al jacuzzi para recoger mi teléfono, que había dejado en la terraza del techo tras una llamada con mi padre, ella aclaró la garganta.

Sentada, sola, en las burbujas del jacuzzi, me miró fijamente.

Joder. Solo con verla cálida y mojada… Mi autocontrol se derraparía rápido.

“¿Quieres unirte a mí?”.

Sí. Joder, sí. Sí, mil veces. “¿Debería?”.

Ella asintió. “¿Por favor?”.

Apreté la mandíbula, aguantando un gruñido de deseo. Mientras miraba sus ojos azul oscuro y veía el anhelo en ellos, perdí el control.

Había estado esperando a que ella se acercara a mí, y con esta invitación a bañarnos juntos, lo

había hecho. No podía ser exigente. Tenía que aprovechar las oportunidades que surgieran, sin importar cuán improbable fuera tener una conversación sincera con ambos sin ropa y compartiendo el mismo espacio en el agua.

“Sí. Me uniré a ti”. *Joder.* Solo decirlo ya parecía un riesgo. Solo llevaba pantalones deportivos sobre mis bañadores, después de haberme mojado antes. Me los quité y me metí, sintiendo su mirada sobre mí, pero negándome a hacer contacto visual. Si me miraba con un deseo ardiente que no sabía cómo manejar, estaría perdido. Y al menos tenía que explicarle mis dudas antes de hacer una estupidez y ceder.

Sumergirme en el agua caliente se sintió bien, pero fui cuidadoso de no meter el brazo completamente en el agua. Las vendas ya eran mínimas, pero sabía que era mejor no exponer el área de los puntos al agua caliente.

“¿Romeo?”.

Joder, me encanta cuando dices mi nombre así. Suave, ligeramente nerviosa, pero atreviéndose de todos modos.

“¿Sí?”. Abrí los ojos y la miré, notando los signos de aprensión en su dulce rostro. Los mechones rubios se le pegaban a la piel, y mientras se los apartaba, se lamió el labio superior, provocándome sin saberlo.

“¿Estás…?”.

Me tensé, esperando al borde de mi asiento.

Inhaló profundamente, haciendo que sus pechos se elevaran sobre la superficie del agua. “¿Estás interesado en mí?”.

20

TESSA

No sabía cómo más preguntarlo. Decirlo directamente me parecía a la vez una tontería y lo más adecuado. Me sentía como una niña, como si estuviera de vuelta en la secundaria preguntando si le gustaba al chico guapo de la clase. Como adultos, esas cosas ya se simplifican y se dan por implícitas.

Romeo parecía quererme. Lo pillé mirándome cuando pensaba que no prestaba atención. Noté lo tenso que se ponía cuando pasaba demasiado cerca, como si me atreviera a rozarlo.

Pero todo estaba tan confuso. No hacía ningún movimiento. No me preguntaba nada íntimo o personal.

Caímos en una situación estrictamente platónica como compañeros de cuarto, que se sentía terriblemente incorrecta. Como si estuviéramos ignorando ese magnetismo innegable que nos mantenía juntos, aunque de manera tenue.

"¿Te intereso?", preguntó Romeo, devolviendo mi pregunta mientras el vapor subía de la bañera. "¿Cómo puedes preguntar eso?". El toque de diversión en su tono casi me hizo sonreír. No me estaba burlando de mí, pero se mostraba incrédulo de que yo le hiciera esa pregunta.

Asentí, sin saber si hablar hasta tener una respuesta real. Toda la tensión acumulada y la espera habían llegado, literalmente, al punto de ebullición mientras estábamos juntos en la bañera de hidromasaje.

"Sí, me interesas. Has mantenido mi interés desde el momento en que te vi".

Fruncí el ceño, sorprendida por ese comentario. La primera vez que me vio fue cuando estaba indefensa y fui violada. Eso no me tranquilizó. Si esa primera impresión de que necesitaba ser rescatada era la que sostenía su conexión, no tenía esperanza.

"Oh".

"¿Qué pasa, Tess?", preguntó, dándose cuenta rápidamente de que no estaba contenta con su respuesta.

"Eh…". Me estremecí, odiando haber dicho siquiera una palabra. Fui una idiota por haber

asumido que podría pasar algo más entre nosotros. Él era dulce y generoso, pero ya nunca era íntimo conmigo.

¿Será porque soy mala en la cama? No estaba segura de por qué esa preocupación me rondaba la cabeza, como si esa fuera la razón por la cual no quería dormir conmigo otra vez. Si estuvo bien, o tan placentero como lo fue para mí, ¿por qué no querría estar conmigo otra vez? Estaba aquí, siempre disponible. Nunca se apartó de mi lado, no desde el tiroteo en la cabaña.

Si tuviera algo de experiencia antes de él, apostaría a que al menos tendría confianza y conocimiento para saber cómo me medía. Él se había excitado. Eso tenía que contar por algo. Pero su falta de interés contaba mucho más.

"Yo…". Sacudí la cabeza, intimidada para hablar ahora. Solo me metería más en un pozo de arrepentimiento.

"¿Qué?".

"¿Estás interesado en tenerme aquí porque soy una responsabilidad?".

Me miró, su rostro duro, en blanco, y a la sombra del cielo nocturno.

"¿Que como no tengo a nadie más y no tengo a dónde ir, estás obligado a cuidarme y mantenerme aquí?". Lamí mis labios, encontrando algo de valor para sacar estos pensamientos de mi pecho. "¿Que soy una cosa que cuidar y asegurarme de que no me haga daño?".

"No". Negó con la cabeza.

"Tú…". Suspiré, empujada a revelar todo. "Tuviste sexo conmigo. Pero desde entonces, me he dado cuenta de que tal vez no me querías en absoluto. Que solo lo hiciste porque yo estaba necesitada y asustada por mis pesadillas".

"No. Te quiero, Tess". Se movió en su asiento dentro de la bañera. "Te quiero con cada maldito respiro que tomo".

"¿Porque tienes que hacerlo?".

"Joder, no, Tess. Nadie determina lo que tengo que querer o no querer".

"Pero has estado tan distante, y no sé qué pensar".

"Piensa que voy a estar aquí para ayudarte y cuidarte".

¿Solo que no de esa forma?

No se le pasó por alto mi inmediato gesto de dolor. "Te quiero, Tess, pero no quiero presionarte ni forzarte".

Dios mío. Tenían razón. Nina y Eva dijeron que esto podría ser lo que pasaba, que Romeo no quería presionarme.

"Aún te estás recuperando del shock de lo que pasó. El trauma no es algo que se pueda barrer o descartar, así como así. Sí, te quiero, te quiero tanto que duele, pero me niego a ponerte en una

posición que haga todo peor, en una posición que obstaculice cómo puedes superar el trauma que sufriste".

Asentí, odiando que él tuviera que tener esa consideración, y también que alguna vez haya sido violada, pero también me di cuenta de que había llevado eso a un extremo de darme demasiado espacio. Nada de cómo nos conocimos fue convencional, y empezaba a darme cuenta de que lo que fuera, si es que había algo, que construyéramos de aquí en adelante tampoco sería convencional.

"¿Eso tiene sentido?".

"Lo tiene. Pero no quiero que me mantengas a distancia". Lo miré a través de la niebla del vapor que subía y contemplé cómo decirle que quería que me abrazara. "Cuando te pedí que me abrazaras, eso… eso ayudó mucho".

Suspiró, bajando la barbilla hacia su pecho por un momento. Cuando volvió a mirarme, odié la culpa que inundaba sus ojos.

"Es mi culpa, Tess. Siento mucho haber mantenido la distancia, pero es algo en lo que todavía estoy trabajando. Esta culpa".

"¿Culpa?". Negué con la cabeza, confundida. "¿Culpa por qué?".

"Por muchas cosas. Porque fui el que sobrevivió a una pelea cuando otros hermanos Constella murieron. Porque no pude proteger a esos hombres. Me está jodiendo darme cuenta de lo cerca que estuve de perderte y de cómo casi fracaso en protegerte en esa cabaña".

Este pobre hombre torturado. Estaba tan serio, y como sospechaba desde hace un tiempo, cargaba con tanto, demasiado, sobre sus hombros.

"Pero no me fallaste. Para nada". Solté una risa incrédula. "No entiendo cómo podrías hacerlo. Has sido nada más que bueno y generoso, tan protector conmigo".

Más de lo que probablemente merezco. En un fugaz momento de molestia, me sentí tan codiciosa y egocéntrica. Que cada momento en que me quejaba de que no me quería, era ingrata por la seguridad que él tan libremente me ofrecía sin esperar nada a cambio.

"Si esos hombres hubieran llegado un momento antes…".

"No". Negué con la cabeza. "No vamos a jugar a los 'y si'. Cualquier cosa puede pasar, Romeo. En cualquier lugar y, de cualquier manera. No puedes predecir el futuro. No puedes hacerte responsable de todo lo que podría salir mal".

¿Así es como vive él?

"¿O eso es parte de la descripción del trabajo de ser un príncipe de la mafia? ¿Se espera que estés siempre en control?"

Me miró tan profundamente que me pregunté qué estaría pensando. "Me gusta estar en control".

"¿Y cuando no lo estás, no es fácil ceder?"

Se encogió de hombros con el hombro no herido. “En lenguaje psicológico, probablemente sea una gran parte de esto”.

Parecía que estaba resumiendo muchísimo en una sola frase. *¿Cuánto tiempo más se va a seguir torturando con esta culpa por cosas que no puede controlar?*

Ambos teníamos problemas. Él y su sobreprotección y necesidad de estar en control. Esa culpa por fallar. Y yo, con mi tendencia a encogerme por dentro y gestionar el trauma de lo que esos hombres me hicieron, convirtiéndome en una carga de la que hacerse responsable. Quería que me viera como una mujer deseable solo por el simple hecho de desearme, por quien era como persona, no como algo que manejar o asegurar.

“¿Hay alguna posibilidad de que dejes a un lado tu culpa por mí?”.

Mi corazón latió rápido ante la idea de mostrarle lo que quería. Emocionada y nerviosa, dudé en actuar sobre mi deseo, de mostrarle quién era como mujer, no una responsabilidad que cuidar, sino una persona excitada que se negaba a ceder al miedo al rechazo.

Arrastró su mirada caliente sobre mí lentamente, tomando en cuenta la piel desnuda por encima del agua. Su atención se sintió como una caricia derretida, y necesitaba sentirla por todo mi cuerpo.

“¿Hay alguna manera de que puedas concentrarte en mí y lo que podemos tener juntos?”.

Esas palabras me eran ajenas y arriesgadas en mi boca, pero no me detuve allí. De pie en el centro de la bañera de hidromasaje, me levanté del agua. Hilos de líquido caliente caían sobre mí, dejándome la piel fría. Cuando desaté la parte superior de mi bikini que le había pedido prestado a Nina, mi piel reaccionó con un escalofrío.

“Lo haré”. Su voz era grave y profunda, llena de necesidad mientras sus ojos recorrían mis pezones, que se marcaban hacia él, hasta mi rostro. Estiró su brazo sano y me hizo señas para que me acercara. “¿Es eso lo que quieres?”.

“Te quiero, Romeo. He pasado demasiados días y noches preguntándome por qué estaba sola en esta atracción…”.

“No lo estás”, juró mientras me tiraba hacia él hasta que caí en su regazo. Su erección se alzó contra mí, pero no tuve tiempo de decir nada. Me estampó sus labios contra los míos, besándome fuerte y rápido. “No estás sola, Tessa. Nunca lo estuviste”.

No hizo otro movimiento para besarme, me miró con tanto deseo e impaciencia, pero sin moverse.

“Entonces, muéstrame”. Me giré para ponerme sobre él, mordiendo mi labio por la presión de su erección entre mis piernas. “Muéstrame que no estoy sola. Que también me deseas”.

Abrió la boca para decir algo, pero en su lugar me besó con fuerza. Durante varios momentos largos y ardientes, con sus labios presionando los míos, me pregunté si finalmente estaba pasando, si al intentar hablar con él directamente se abrían las puertas de la verdad. Que ahora me mostraría cómo me deseaba.

O no.

Sus manos permanecieron sobre el borde de la bañera. Su lengua luchaba con la mía, pero solo después de que hice un gesto de que quería más. Mientras me besaba de vuelta y no me detenía al frotarme contra su erección atrapada en los pantalones cortos, no parecía un participante entusiasta o activo.

“Romeo”. Resoplé, molesta y frustrada. “No entiendo. Dices que me deseas, pero no actúas como tal”.

Movió sus caderas hacia arriba. “¿No?”.

Me negué a dejar que me ridiculizara. “No me tocas. O actúas… interesado”.

“Lo estoy, Tess. Lo estoy. Pero…”. Miró hacia otro lado.

Enmarqué su rostro hasta que sus ojos se fijaron nuevamente en los míos. “¿Pero qué? Dime. Sabes que no tengo experiencia. Explícame por qué debería creerte cuando dices que estás interesado, pero actúas tan… pasivo”.

“No soy un buen hombre, Tess”.

Rodé los ojos. “Lo eres. Para mí. Y eso es lo que importa”. Sí, mataba a gente, pero comenzaba a entender que esos asesinatos eran una cuestión de que los fines justifican los medios.

“Soy un mal hombre”.

Nunca odié tanto a mi madre. Ella lo llamaba así, y aunque me negaba a pensar que era la primera vez que enfrentaba esa crítica o juicio, de alguna manera me golpeó en lo profundo.

“Y soy un hombre duro”.

Fruncí el ceño al mirarlo, tratando de entender qué significaba eso.

“Ya te expliqué que prefiero estar en control. Tomar las riendas”.

Dejé caer mi brazo. “Entonces, tómalo”.

“No hago cosas como estas. Ligeras, suaves y dulces”.

Me estremecí bajo la intensidad de su mirada. “¿Qué quieres decir?”.

“Me gusta fuerte, Tess. Más fuerte de lo que lo hicimos antes”.

Fantasías perversas llenaron mi mente, pero no podía soltar la confusión. De sentirme ignorante.

“Muéstrame”. Levanté la barbilla, preparada para encontrarme con él a mitad de camino, exactamente como quería que lo hiciera. “Muéstrame lo que quieres, entonces”.

21

ROMEO

“Lo quiero todo contigo”, dije honestamente.

“Demuéstramelo”.

Nunca olvidaré su mirada tan audaz y decidida, mirándome como si yo fuera un desafío.

“¿Segura?”. La emoción de explorar con ella me excitaba aún más. Si hablaba en serio, no perdería ni un momento.

“Por favor, Romeo. Muéstrame lo que quieres”.

Puse mis manos en sus caderas y me encantó el respingo de sorpresa que dio al contacto. Como si la sensación la hubiera cargado.

“¿Quieres portarte bien conmigo?”, bromeé, subiendo y bajando las manos por sus costados y deleitándome con la suavidad de su piel. “¿Quieres ser mi niña buena?”.

Ella negó con la cabeza, mirándome con los ojos entrecerrados. “Quiero ser mala para ti, Romeo. Hazme mala”.

Ensuciarla sería mi puto placer.

Acercándola, agradecí la presión de sus duros pezones sobre mi pecho. “¿Estás segura?”.

Ella asintió, mirándome fijamente mientras se acercaba para besarme. Su mejilla rozó la mía mientras se acurrucaba contra mí. “Estoy segura”.

“Entonces levántate”.

Se levantó y me puso la braguita del bikini negro a la altura de los ojos.

“Quítatela”.

Sus dedos temblaron al desatar las cuerdas que sujetaban la tela. Mi polla se endureció, queriendo liberarse, pero resistí el impulso de reaccionar. Prefería la dureza de esta especie de tira y afloja, esta delgada línea que me impedía correrme. Era casi como retener el orgasmo para mí mismo, pero solo lo haría por ella. Para llevarla al máximo placer posible.

Tirarla sobre mí y follarla rápido serviría, pero eso era demasiado fácil.

“Espera”.

Me quedé mirando su coño, desnudo y a centímetros de mi boca mientras ella estaba de pie en el asiento. El agua le lamía las pantorrillas mientras estaba allí, desnuda ante el mundo. Nadie podía vernos a esta altura, pero el aire sobre su cuerpo desnudo tenía que estar atormentándola y destrozando su pudor.

Sus dedos agarraron la cuerda mientras yo la cogía. Besando sus caderas, evité acercar mis labios a su coño. Por más rápido que respirara y por más que se inclinara hacia mí, me negué a darle placer allí con la boca.

En lugar de eso, la besé suavemente y avivé su expectación por lo que pudiera venir, atándole las manos a la espalda. La parte inferior del bikini no era un sustituto perfecto para una atadura, pero los nudos se mantuvieron firmes. Sus hombros se echaron hacia atrás, y sus manos descansaron en la parte baja de su espalda. Sostuve sus caderas, acariciando las curvas de su trasero hasta que mis manos llegaron a la parte posterior de sus muslos.

La miré fijamente, apreciando cada centímetro sexy de ella, desde su vientre plano hasta sus pechos pesados, pasando por la delgadez de su cuello. Manteniendo un contacto visual constante, me desplacé para quitarme los calzoncillos. Ella se lamió los labios, silenciosa y tensa, pero muy excitada, a juzgar por las puntas de sus pezones y su respiración acelerada.

“Ven aquí”. La guie para que se arrodillara de nuevo, pero no la llevé completamente hacia abajo hasta que rozó mi miembro. La mantuve en alto sobre el asiento inclinado. Una vez que sus pechos estuvieron a mi alcance, me incliné hacia delante para probar sus tetas. Besando, lamiendo y mordiendo, exploré su dulce carne, probando cuánto dolor y presión podía soportar.

No quería que nadie marcara su piel, excepto yo. Y lo hice. Con los labios, los dientes y la lengua, torturé su carne y medí sus reacciones. Gimió y se agitó sobre las rodillas cuando le lamí el pezón, pero se tensó y respiró agitadamente cuando succioné con fuerza y me llevé la areola a la boca.

No resistió el dolor, y cuando calmé los mordiscos y las succiones más fuertes con la lengua, gimió con un sonido tan sexy que gruñí en respuesta.

“¿Aún quieres que te lo enseñe?”, le pregunté, mirándola fijamente a los ojos llenos de lujuria mientras bajaba la mano sobre su vientre.

Ella asintió. “Por favor. Por favor, Romeo”.

Rendirse era un proceso complejo, pero ella ya hacía muy bien en no mover las manos. Era una forma mínima de sumisión, pero era un comienzo decente aquí sin otros recursos o suministros.

“¿Quieres ser mala para mí?”.

“Quiero serlo todo para ti”, dijo roncamente mientras deslizaba dos dedos en su coño. No penetré despacio ni con suavidad. Su excitación la hizo resbalar. Estaba ya tan mojada, tan caliente y apretada, que me apresuré a meterle los dedos en tijera y aprovechar la velocidad de la

penetración. La última vez había sido tan lento y tierno. Ahora, demostré mi hambre.

Ella gritó, arqueándose en mi mano. Mientras le metía los dedos en el coño, le chupaba las tetas con más fuerza y le tiraba de los pezones con los dientes. Metida en el agua y en el fino hilo entre el placer y el dolor, lo aceptó todo.

“Levántate”, le ordené cuando estuvo a punto de llegar al orgasmo. Sentí su creciente tensión. Seguí sus respiraciones rápidas que anunciaban su desmoronamiento. Era demasiado pronto y evité que se corriera.

“Romeo. Por favor”.

Le di una palmada en el culo y la incité a levantarse.

Fue un esfuerzo torpe con las manos atadas a la espalda, pero la ayudé a incorporarse manteniéndole las manos en las caderas. En cuanto estuvo de pie, la giré y tiré de ella hacia abajo. Sujetando mi polla, me acerqué a su coño.

Ella gritó, arqueando la espalda mientras permanecía sobre el agua en mi regazo. Con las manos atadas a la espalda, no tenía nada a lo que agarrarse. Mantenerla desequilibrada era parte de la emoción, y mientras me inclinaba más profundamente en el agua, la penetré en su apretado coño con una larga y dura embestida.

“¡Oh!”. Jadeó y gimió al sentirse tan llena de mí, y no esperé a darle instrucciones.

“Móntame. Deslízate sobre mí y enguántame con ese puto coño. Ahora mismo”.

Ella gimió, intentando cabalgarme lo mejor que podía con las manos atadas. De un lado a otro, se balanceaba en el agua y me apretaba con su fuerza.

A pesar de que se esforzaba, haciendo todo lo posible para no caer hacia adelante en el agua de esta manera, no era suficiente fricción. Estaba trabajando con una aficionada, pero no esperaba que lo resolviera a la primera.

Me agarré a ella mientras nos sacaba del agua. Sentado en el borde del jacuzzi, esperé a que anclara las rodillas en la plataforma de madera. “He dicho que me montes”, le exigí mientras empezaba a desatar la cuerda de sus muñecas. La braguita del bikini se quedó en una mano, pero en cuanto pudo separar los brazos, apoyó las manos en mis rodillas y se estrechó contra mí.

“Más fuerte, Tess. Fóllame más fuerte. Como si fuera en serio”.

Gruñó, curvó la espalda y se abalanzó encima de mí. Arriba y abajo, se movía sobre mí, y yo miraba fijamente su dulce culo, viendo cómo mi brillante pene desaparecía en su interior.

Levanté las caderas para darle otro ángulo. Pero cuando vaciló, tan cerca de correrse de nuevo, frené mis empujones para retenerla.

Demasiado pronto. Demasiado pronto, joder. Por todo el tiempo que habíamos estado resistiéndonos el uno al otro, me negué a dejar que esto fuera demasiado rápido.

En vez de eso, agarré sus caderas y deslicé mis manos por su culo. Una vez que la apreté,

agarrándola con fuerza, llevé mis dedos a lo largo de su raja.

Ella se tensó, casi sacudiéndose completamente de mí, pero la cogí en mis brazos antes de que se deslizara de nuevo en el agua.

“No. ¡No!” Sacudió la cabeza, frenética. Su voz no era solo un sonido de protesta, sino de miedo. “¡No, no!”.

Apreté los dientes, odiando haberla hecho entrar en pánico. Debería haberlo sabido y luché contra la decepción de no haber hecho que todo fuera placer para ella. Acercarme a su otro agujero probablemente desencadenó un miedo inconsciente. Algo de cuando los hombres la violaron.

Y eso no serviría. La abracé contra mí, besándole el cuello y sacándola del pánico. Manteniéndola concentrada en mí, estiré la mano para llevarle los brazos hacia delante.

“He dicho que me montes”, repetí, sin dejarla caer en sus miedos o recuerdos.

“Yo…”.

“Móntame”, le ordené, contento de que no se detuviera del todo y siguiera meciendo sus caderas sobre mí.

No volvería a acercarme a su culo. Y no lo hice. Mientras me montaba, bajé una mano para frotarla entre las piernas. Encontré su clítoris, y al estimularlo se acercó de nuevo al orgasmo.

Conseguí disuadirla de que se volviera loca por algo anal, pero no estaba listo para terminar esto. Me dio una buena medida de lo que podía aguantar, y me alegró que fuera flexible al dolor y a la impaciencia. Me dio esperanzas de que pudiéramos llegar a un acuerdo.

“Date la vuelta”, le ordené.

“No, por favor. Yo…”.

“Date la… Joder. Gírate”.

Lo hizo, temblorosa y tan torpemente que casi se cae.

Cuando me recosté más sobre la madera húmeda, me apoyé en las manos. La postura no me sentaba muy bien con mis heridas de bala aun cicatrizando, pero una vez que ella volvió a sentarse a horcajadas sobre mí, hundiéndose en mi polla, gemí ante la perfección de nuestros cuerpos uniéndose así. Como uno.

“Pellízcate los pezones”.

Bajó la mirada, observando mi polla mientras se sobaba los pechos, e hizo lo que le dije.

La última vez fue demasiado suave. Bajo las sábanas, a oscuras y en el misionero. Ahora, había demostrado que podía soportar mucho más y disfrutarlo.

“¿Puedo… puedo correrme ahora?”, gimoteó, tan sexy y necesitada.

“Ahora, Tessa. Ahora”. No aguantaría más. Me incliné hacia adelante, sujetándola por la espalda mientras la empujaba suavemente para que se apartara de mí. Ella no dejó de rebotar en mi polla. Y no dejó de pellizcarse y retorcerse los pezones. Una vez que bajé mis dedos a su clítoris y froté allí, ella estalló aparte y apretó en mi polla.

“Joder. Oh, Romeo. Joder”. Jadeaba y resollaba, respirando con dificultad mientras su orgasmo la golpeaba. Bajo el apretón de su coño en mi polla, perdí la fuerza de voluntad para negarme a mí mismo por más tiempo. Con una oleada de placer, me corrí. Mi polla se sacudió dentro de su cálido coño y gemí mientras la inundaba con todo mi semen.

Mientras ella se estremecía y temblaba por las intensas sensaciones, la envolví en mis brazos y la llevé de vuelta al jacuzzi. El agua caliente ardía, pero también traía consuelo. Juntos, abrazados y exhaustos, le froté la espalda, maravillado por el regalo de entrega que me había dado.

Luego me pregunté qué más querría ofrecerme la próxima vez. Porque cada vez sería mejor, a juzgar por el profundo suspiro de satisfacción que exhaló.

Le di un beso en la coronilla, abrazándola y sabiendo que era el hombre más afortunado del mundo por poder compartir una intimidad tan profunda con ella.

“Gracias”, murmuró, somnolienta pero consciente.

“¿Por qué?”, pregunté, sin dejar de frotarle la espalda. Si alguien debía dar las gracias, debía ser yo.

“Por enseñarme lo mucho… mejor que puede ser”.

Me reí entre dientes y la abracé más fuerte. “¿Estás diciendo que fue malo la primera vez?”.

Su mejilla se alzó en una sonrisa contra mi pecho. “No. Nunca. Lo disfruté entonces. Pero esto fue… más intenso”.

Le besé la sien. “¿Y si te prometo que puede ser aún mejor?”.

Se estremeció ligeramente y exhaló un largo suspiro. “Entonces te haría cumplir esa promesa. Y esperaría con impaciencia a que eso ocurriera”.

Joder. Eres perfecta.

Le levanté la cara y la besé, sellando aquel momento con todo el amor que podía albergar en mi frío y oscuro corazón.

22

TESSA

Unos días después de atreverme a decirle a Romeo que me mostrara lo que quería, me dirigí a la mansión donde vivían Dante y Nina. Me alegraba tener un lugar a donde ir, porque después de días ininterrumpidos de tener sexo con Romeo y dormir en su cama, sentía que necesitaba un choque de realidad.

Me mostró lo duro que le gustaba. Le permití probar cuánto podía soportar con las ataduras. Aunque probablemente fue una introducción ligera a las cosas más atrevidas que prefería, estaba disfrutando cada segundo. Era paciente pero firme, siempre en control, y yo estaba convencida de que debía pellizcarme para confirmar que era real. Que esta era realmente mi vida.

Ver a Nina fue un placer, y cuando vi que Eva también estaba disponible, me emocioné por tener una verdadera charla de chicas mientras los hombres tenían su reunión.

"¿De qué tienen que hablar?", preguntó Eva mientras los observábamos dirigirse al patio. Parecía que preferían la mesa a la derecha. Aunque estaba un poco más fresco, no hacía tanto frío como para no estar cómodos allí.

Nosotras tres nos instalamos en la gran sala, acomodándonos en los sillones y el sofá.

"Creo que es algo más sobre los motociclistas y Giovanni", dijo Nina encogiéndose de hombros. "Siempre hay tantas cosas pasando".

"¿Te sientes culpable?", le pregunté. Como ella había sido el catalizador para que los motociclistas apuntaran a la familia Constella, tenía curiosidad. Cuando Dante fingió ser su novio para impedir que Nina fuera con Reaper, desató un verdadero lío.

"No. Lo hice, pero a Dante le gusta recordarme que no fue mi culpa en primer lugar. Fue culpa de Ricky".

Eva agitó la mano hacia Nina. "Y no es como si Stefan no estuviera ya causando problemas con mi tío". Puso los ojos en blanco. "Nunca ha sido realmente confiable. No desde que estuvo del lado de la familia Domino antes de que el MC los destrozara".

Sacudí la cabeza, preguntándome cómo Stefan Giovanni podía vivir consigo mismo. ¿Hacerse amigo y aliarse con un grupo, para luego, después de que fueran asesinados y destruidos,

asociarse con el enemigo contra el que lucharon? Sonaba como un caso épico de doble juego, y no culpaba a Dante y Romeo por no querer tratar con los Giovanni.

“Basta de eso”. Eva dejó su copa de vino sobre la mesa. “¿Qué está pasando entre tú y mi primo?”.

Parpadeé ante su pregunta directa.

“Sí”, Nina sonrió. “Nunca lo había visto tan…”.

“¿Relajado?”, adivinó Eva.

“Sí”. Nina parecía pensativa mientras asentía. “Más en paz, supongo”.

“¿Porque está teniendo sexo?”, preguntó Eva, mirándome con picardía.

“Bueno…”. Mis mejillas se calentaron, y sonreí mientras miraba mi vaso de agua. “Sí. Está teniendo sexo”.

“¡Lo ves!”. Nina rió. “Te lo dije. ¿Le confesaste lo que querías?”.

“Fue más bien ambos hablando y explicando algunas cosas”. Me encogí de hombros, tímida, pero a la vez no. Era la primera vez que contribuía a una conversación así. Era nuevo. Divertido. Y liberador. Nunca habría podido hacer algo como esto en mi vida anterior, esa existencia de trabajo sin fin que sufrí antes de conocer a Romeo.

“Guau. Totalmente veo la diferencia en él”, dijo Eva. “Siempre ha sido tan serio, pero solo viéndolo aquí esta noche, parece más relajado de alguna manera”.

Me froté el cuello, preguntándome si realmente podría tener tanto impacto en él. “Me pregunto cuánto durará”.

“¿Qué? ¿Cuánto durará la novedad?”, preguntó Nina.

“Eso también. Pero me refiero a cuánto tiempo querrá estar conmigo así”. Ahora mis nervios se asomaron.

“¿Qué es esto, entonces?”, preguntó Eva. “¿Lo dijo él? ¿O lo dijiste tú?”.

Sacudí la cabeza. “No lo hemos etiquetado”. No sabría cómo hacerlo. “Básicamente estamos viviendo juntos y durmiendo juntos. Pero…”. Me encogí de hombros.

“Es un buen comienzo”. Nina seguía sonriendo.

“Pero no sé si soy lo suficientemente buena como para durar”.

Eva puso los ojos en blanco.

“Ey, claro que lo eres”, dijo Nina, riéndose de mí.

“Por lo poco que vi cuando llegaron, él adora el suelo que pisas, Tessa”. Eva sonaba tan segura. Envidiaba su confianza.

“Un hombre no mira a una mujer así a menos que esté muy metido”, dijo Nina. “Sin doble sentido”.

Todas nos reímos, sonriendo y divirtiéndonos con la charla atrevida.

“Es que todo es tan nuevo. Y él es mi primer todo. Primera vez teniendo sexo… cuando lo quería”. Hice una mueca al recordar que había perdido mi virginidad cuando fui violada. “Si Romeo es mi novio, si esa es la etiqueta correcta para él, es mi primero”.

“Qué ingenua”, dijo Eva con seriedad.

Nina le lanzó un cojín decorativo. “Sé amable”.

“Soy honesta”, replicó Eva.

“Lo soy, sin embargo. Ingenua. Puedo darme cuenta de que mi falta de experiencia no es lo que él está acostumbrado”. Y odiaba sentir eso. Sabía que él había tenido sexo antes. Era casi diez años mayor que yo. Por supuesto, había vivido más. “No me refiero a la cantidad de experiencia en sí, comparando mi historial con el suyo. Es más, el…”, hice un gesto con la mano.

“¿Qué?”, preguntó Nina, ansiosa y al borde de su asiento.

“El tipo de experiencia”, dije, haciendo una mueca y sintiéndome menos valiosa de alguna manera. Quería complacer a Romeo de todas las formas posibles, pero no estaba segura de cómo educarme para estar más preparada y sorprenderlo, más allá de lo que él me dijera. Dudaba que un hombre quisiera ser quien enseñe todo a su pareja.

Aparte de ese momento aterrador en que sus dedos cerca de mi trasero me hicieron tensarme y luchar con recuerdos desencadenados de haber sido violada, disfruté todo lo que él me impulsó a sentir. Rendirme a él era, de alguna manera, liberador, pero tenía la sensación de que él quería más.

“Oh”, Nina frunció el ceño. “Creo que sé a qué te refieres. Romeo es tan… intenso y serio”. Asintió y miró a Eva, como buscando confirmación de alguien que lo conociera desde hace más tiempo. “Debe ser un amante difícil, supongo. Más serio que juguetón”.

Eva murmuró en acuerdo. “Sé exactamente a qué te refieres”, confió en mí, con esa seguridad firme siempre que tenía sin importar de qué hablara. No era ligera ni superficial. La impresionante morena era casi tan seria como Romeo parecía ser. “Es un tipo de amante oscuro”, resumió. “Solía ir a clubes con Franco”.

Hice una mueca. “¿Clubes de sexo?”. Nunca estaría a la altura de las perversiones que hubiera ahí.

“Sí. BDSM también, pero no creo que fuera tan extremo”. Levantó las manos en señal de rendición y ladeó la cabeza. “El apetito sexual de mi primo, y de mi tío, no es asunto mío. Por favor, nunca confundan mi disposición a hablar de esto en general con una invitación para descargar detalles”.

Nina sonrió, conteniendo una risa más grande.

“Pero entiendo lo que dices”, Eva simpatizó. “Me imagino que Romeo simplemente te mostraría lo que quiere y ya”.

“Oh, lo hace. Y lo está haciendo. Pero siento que necesitar las instrucciones me hace menos”.

Nina hizo un sonido burlón. “Nah. Si es un fanático del control como creo que es, disfrutaría ‘enseñarte’”.

“Lo hace”.

“Has leído libros”, dijo Nina con un guiño. “Incluyendo novelas románticas subidas de tono”.

“Ahí tienes”. Eva asintió y terminó su vino. “Mira algo de porno y aprende un poco más”.

Me incliné en mi asiento, apoyando los codos en las rodillas. Estaba intrigada y emocionada. La emoción de hacer algo tan travieso como ver porno… Sonreí. “¿Como qué, por ejemplo?”.

“Hmm. ¿Anal?”, sugirió Eva. “Eso es bastante básico y una perversión común”.

Me contuve de hacer una mueca. No estaba segura de poder acostumbrarme a eso.

“Bondage. Tal vez algo de azotes y cosas así. Romeo nunca estuvo tan involucrado en la escena de los clubes, pero no me sorprendería que sus gustos todavía se inclinen hacia el lado oscuro”.

“Gracias, Eva”. Sonreí también a Nina. “Esto ayuda. Estaba intentando no sentirme insegura, siendo tan nueva en esto y tan poco tiempo después de haber sido…”. Exhalé un largo y duro suspiro. Ponerlo en palabras aún requería tiempo.

“Encantada de ayudar”, dijo Eva. “Sin embargo, no son necesarios más detalles. ¿Entendido?”.

“Entendido”. Sonreí, cambiando a una conversación más general sobre cómo iba el embarazo de Nina y cómo Eva estaba harta de algunos hombres de la mafia que ‘le hacían perder el tiempo’. Tan inteligente y sabia como era, parecía impermeable a la idea de considerar una vida amorosa propia.

No era mi lugar preguntarle por qué no estaba saliendo con nadie. Yo apenas era una experta, con solo un par de semanas con el hombre al que asumía que era seguro llamar mi primer novio.

No podía evitar sentir que había estado protegida. Mis padres nunca me alentaron a ser feminista ni a salir con chicos. Habían tenido en mente desde tan temprano que debía estar con Elliot.

Ahora, sin embargo, mientras abrazaba ser la mujer de Romeo, caía más profundamente bajo el hechizo de la curiosidad, preguntándome cómo sería explorar cosas más atrevidas que pudieran complacer a Romeo.

Porque ya, tan pronto, sabía que cuando le entregaba mi sumisión y él me guiaba con control, me hacía alcanzar una felicidad tan alta que dudaba que alguna vez quisiera que terminara.

No estaba segura de qué había hecho en mi vida para merecerlo o cómo me trataba, pero no quería pensar en que pudiera terminar.

No más estrés por tener que trabajar sin descanso, solo para darle mi dinero a mis padres. No más preguntarme cómo podría tener un poco de independencia. No más temer una llamada o mensaje de Elliot al que tendría que responder sin darle ánimos ni esperanzas.

Todo lo que tenía que hacer era disfrutar que Romeo me tratara como una reina.

Y rezar para que él obtuviera la misma satisfacción profunda al estar conmigo que yo al estar con él.

23

ROMEO

Cuanto más sanaba de haber sido baleado, más ocupado estaba. No solo con Tessa y su entusiasmo por tener sexo conmigo en mis términos, sino también con la familia.

Era demasiado fácil asumir que solo éramos ella y yo, los dos, y que nada más importaba. En el ático, tan alto en el cielo, a veces parecía que estábamos solos, en la cima del mundo y fuera del alcance de cualquier influencia externa.

Reunirme con mi padre y Franco demostró lo contrario.

“Ese hijo de puta va a arrepentirse del día en que se atrevió a poner un pie en nuestro territorio”, gruñó mi padre, paseándose cerca de la mesa junto a la piscina, que ya estaba siendo preparada para el cierre de otoño.

Stefan Giovanni estaba intensificando sus ataques. Justo esta mañana, sus matones incendiaron uno de nuestros negocios. Era ‘solo’ una panadería y un deli. Así es como lo presentarían en las noticias. Pero para quienes sabían lo que realmente pasaba, Stefan había intentado destruir uno de nuestros sitios bien operados de empaquetado de drogas. Todo el nivel del sótano de ese edificio era donde teníamos las drogas empaquetadas para los distribuidores.

Afortunadamente, no había nadie en el lugar cuando prendieron el fuego. No hubo muertes. Y con un paso de transición entre entregas, tampoco se perdió mucho producto en el incendio. Aun así, era un dolor de cabeza lidiar con ello. Sobornar al jefe de bomberos para que ignorara las pruebas. Reducir los rumores sobre lo ocurrido. Todo eso.

Franco gimió y se frotó la cara.

“Pero aún no podremos manejarlo si atacan desde dos lados. Stefan sabe muy bien cómo causarnos problemas, pero esos malditos motociclistas son otro tema. No jugarán con las mismas reglas, y corremos el riesgo de quedar superados en número”.

Mi padre volvió a pasearse, negando con la cabeza.

“Lo sé. Pero es una mierda”.

No estábamos siendo cobardes al no tomar represalias, sino actuando con cautela. Lanzarnos de

cabeza con armas disparando por todos lados no sería igual a obtener gloria.

“Sentirá el golpe cuando frustremos sus planes con el MC”, dije, ya trazando formas de joderlos. Andy seguía dándome información, y ahora la estaba aprovechando bien. Todo ese espionaje nos beneficiaría.

Después de esa reunión, mi tiempo de trabajo comenzó a ocupar las oportunidades de estar con Tessa y simplemente disfrutar de tenerla cerca. Me alegraba que nunca le faltara algo con qué entretenerse. Si no estaba leyendo o enviando mensajes a Nina, estaba limpiando. El ático no se ensuciaba mucho con solo nosotros dos, pero noté que le gustaba mantener todo ordenado. Quizás era un efecto residual de haber trabajado siempre, una tendencia innata o adquirida a ser organizada. Podría parecer una mujer pegajosa para otros, pero no era perezosa ni consentida. Sus intentos de hornear eran desastres preciosos, pero apreciaba que tuviera sus propios intereses.

Tener que ir a la ciudad y reunirme con los hombres más a menudo no era un problema, pero ahora que tenía a Tessa en mi vida, quería poder hacerla mi vida entera. Tal vez ella todavía se estaba enamorando de mí, pero yo caí primero. *Y fuerte.* Era solo su inexperiencia y el trauma reciente de su violación lo que me mantenía avanzando a un ritmo más moderado con ella.

Una semana después del incendio, llegué a casa más tarde de lo que quería. Cada vez que llegaba al ático, esperaba con ansias verla y dejar que me diera la bienvenida a casa.

“¿Algún problema?”, les pregunté a los dos hombres apostados en la puerta.

“No”. Ambos asintieron mientras entraba.

Una vez que cerré y bloqueé la puerta, sospeché que eso no era cierto. Tenía un gran problema entre manos.

Me detuve en seco, entrecerrando los ojos al escuchar los sonidos que provenían del dormitorio. Gemidos y jadeos. Sonidos de placer.

“Tómalo, zorra. Tómalo duro para mí”, ordenó un hombre.

¿Qué diablos? La ira me invadió al darme cuenta de cuánto me había equivocado con Tessa. *¿Y qué pasa con esos inútiles guardias en la puerta, permitiendo que otro imbécil entrara para estar con ella?*

Corrí, sacando mi pistola de la funda.

Tan pronto como me detuve en seco en el dormitorio que compartíamos, recuperé el aliento. Luego parpadeé y vi lo que estaba pasando.

Tessa no estaba engañándome.

Ningún hombre le decía que lo tomara duro aquí.

Estaba viendo porno. Una mujer y un hombre. Él le follaba la boca mientras ella montaba un consolador.

Una sonrisa tiró de mis labios. Me divertía que no se hubiera dado cuenta de que había entrado en la habitación. Pero rápidamente me intrigó, tan curioso de que eligiera algo así para su placer visual. No era como si no la complaciera regularmente.

“¿Sola?”.

Ella soltó un gritito, sobresaltada, y se puso de rodillas desde la posición en la que estaba acostada boca abajo en la cama. La laptop resbaló del borde de la cama con sus movimientos, y tuve que morderme la mejilla por dentro para no reírme de su consternación y vergüenza.

Sus mejillas estaban rojas, y se esforzaba por no caerse de la cama mientras se lanzaba por la laptop. Mirándome con timidez, apretó los labios y exhaló fuerte por la nariz.

“No”, admitió secamente. “No estoy sola”.

“¿De verdad?”. Metí las manos en los bolsillos para resistir el impulso de lanzarme sobre ella y follarla salvajemente.

“¿Cómo podría estar sola si te tengo a ti en mi vida?”.

“Hmm”. Me acerqué más.

“Pero ahora me doy cuenta de que me has estado ocultando algo”.

Levanté las cejas. “¿Ah, sí?”.

Asintió mientras se dejaba caer sobre el colchón. “Sé que soy… nueva en todo esto. Las cosas que podrían gustarte”.

Me incliné hacia adelante y apoyé las manos en la cama, acechándola. “¿Cosas que podrían gustarme?” La besé suavemente. “Me gustas tú, Tessa”. *Te amo, maldita sea.* Pero dudaba que estuviera lista para escucharlo.

“Lo oscuro. Lo retorcido”.

“¿Qué te hace pensar que quiero cosas así?”.

Ella me miró de arriba abajo, con el interés claro en sus ojos. “Bueno… Dijiste que no hacías las cosas de forma ligera y suave”.

“Creo que he demostrado que puedo, pero prefiero no hacerlo. Mi vida no es ligera ni suave”.

Ella asintió, bajando las piernas mientras me inclinaba sobre ella. Era embriagador sentir que la estaba atrapando justo donde quería que estuviera. Debajo de mí. Sumisa a mí. Deseándome.

“Eva mencionó que solías ir a clubes”.

Esa soplona. Asentí. No me avergonzaba de mi pasado. Fue lo que fue. Dudaba que alguna vez llevara a Tessa a uno, simplemente porque no quería que nadie más la viera. Ella era mía.

“Y pensé que tal vez podría educarme más y ver algo de…”.

“¿Material educativo?”, la provoqué.

Frunció los labios, haciendo un puchero. “No te burles”.

“Si quiero que aprendas algo más avanzado que el sexo vainilla”, dije mientras la miraba lentamente de arriba abajo, “te lo enseñaré yo mismo”.

Ella suspiró, y solo ese sonido entrecortado avivó aún más mi deseo. Era como si estuviera librando una batalla interna con el anhelo que sentía por mí, enfrentándose a emociones intensas sin saber cómo darles voz.

“Solo quería impresionarte”.

Alcancé su cuello y lo sujeté por detrás para acercarla. Después de besarla hasta dejarla en silencio, disfrutando de la recompensa de sentirla relajada y dócil bajo mis dedos, fijé mi mirada en sus ojos azul oscuro, que siempre lograban cautivarme.

“Estoy muy impresionado”, prometí. “Pero déjame verte de nuevo”.

Sonrió, captando rápidamente que estaba de humor para jugar. Apoyándose en sus manos, cambió de postura en la cama hasta que se quitó la camiseta de tirantes de escote bajo. Luego, sus shorts. Y eso fue todo. Estaba completamente desnuda frente a mí. Sin ropa interior ni sujetador, como si hubiera estado esperando ansiosamente mi llegada y no quisiera que demasiadas capas se interpusieran entre nosotros en cuanto llegara a casa.

“Extremadamente impresionante”, comenté mientras me inclinaba hacia ella. Ella se dejó caer al mismo tiempo que me aproximaba. Una vez que estuvo acostada en la cama, cerré mi boca alrededor de su pecho y succioné con fuerza. Suficiente para enrojecer su piel y endurecer su pezón como una cuenta. “Absolutamente hermosa cuando veo mis marcas en ti”.

Ella suspiró, dejando escapar uno de esos largos, sensuales y provocativos gemidos de placer. Esta mujer sería mi perdición, y me molestaba que pensara que no estaba a la altura, que no me impresionaba o deslumbraba ya. Ningún defecto podría apartarme de ella. Yo, en cambio, tenía numerosas señales de alerta que deberían haberla hecho huir. El hecho de que no lo hubiera hecho aún, y no pareciera tener intención de hacerlo, hacía cantar a mi corazón.

Espera. ¿Qué dijo? No se había quejado, pero había usado palabras que me hicieron detenerme.

“¿Qué quieres decir con que te estoy limitando?”.

“Bueno, viendo algunas de las cosas en esos videos…”. Extendió la mano para enmarcar mi rostro. Amando la sensación de sus suaves manos en mí, en cualquier parte, me giré para besar su palma y luego su muñeca. Mientras empujaba su brazo hacia arriba, ella siguió con el otro. Era una aprendiz rápida, ya sabiendo que cuando le indicaba levantar los brazos, significaba que debía mantener las manos arriba y fuera del camino para que yo pudiera dictar lo que sucedería.

“¿Qué cosas?”.

“Yo, eh…”. Perdió el hilo de sus palabras mientras alternaba entre sus pechos, besándolos y chupando con fuerza.

“¿Qué cosas?”, repetí tras un tirón más fuerte en su pezón húmedo.

Ella siseó. “Yo… No me molestaría probar algunas de esas cosas”.

Necesitaba que se explicara. Ya habíamos experimentado el sexo oral, ambos dando y recibiendo. Estaba abierta al bondage, pero aún no había aumentado la intensidad con ella.

“¿Qué cosas exactamente?”. Todo lo que sabía con certeza era que no quería nada anal, lo cual era una lástima, pero eventualmente trabajaríamos en ello. “Espero que entiendas que he intentado no abrumarte”.

Ella asintió mientras me quitaba la camisa. Su mirada estaba fija en mí, siguiendo el movimiento de mis dedos mientras desabrochaba los botones uno por uno.

“Eras virgen hasta hace poco”, le recordé innecesariamente. Por supuesto, lo sabía. Pero a veces me preocupaba que estuviera demasiado ansiosa por deshacerse de esa identidad anterior y obligarse a ser esta recién nacida diosa del sexo.

“Lo sé. Y agradezco que estés intentando llevarme poco a poco a todo esto”.

Me deshice de mi camisa. “Y con lo que tuviste que soportar justo antes de conocernos, he estado intentando con todas mis fuerzas no presionarte demasiado”.

Sonrió, suave y dulcemente, mientras comenzaba a quitarme los pantalones y boxers.

“Lo último que quiero es perder el control al buscar lo que estoy acostumbrado y sobreestimularte. Quiero avanzar gradualmente y dejarte marcar el ritmo de lo que quieres conmigo, de lo que estás dispuesta a intentar”. *O de lo que tengas interés.*

“Pero estoy dispuesta. A intentarlo”. Su garganta se movió con una difícil deglución, delatando sus nervios. Sin embargo, sabía que decía la verdad. “Para complacerte. Quiero ser la mujer que deseas y mereces, Romeo”.

“Tú eres la mujer que deseo”, le dije con sinceridad mientras colocaba mi rodilla en la cama, encajándola entre sus piernas. Pasé la punta de mis dedos por su muslo interno hacia su sexo, y fui recompensado con un leve temblor y un estallido de piel de gallina. Siempre respondía tan bien a mi tacto, y rezaba porque siempre fuera así.

“Y aunque mucho de esto es nuevo”, continuó valientemente, mirándome a los ojos, “tengo curiosidad. Desearía que pudieras intentar mostrarme más”.

Jamás escucharía palabras más dulces. “¿Como qué?”. No me pasó desapercibido cómo me pedía que le mostrara, respetando que yo seguiría estando al mando. Tess era magnífica cuando confiaba lo suficiente en mí para soltarse y someterse, y mientras entendiera esa dinámica, podía estar segura de que siempre me ocuparía de su placer por encima de todo, sin importar lo que se necesitara para llevarla allí.

“¿Específicamente?”. Sus mejillas se sonrojaron, y me pareció gracioso y asombroso que aún pudiera ruborizarse después de todo lo que habíamos hecho.

Pensé en lo que mostraba el video cuando entré. Una mujer complaciendo a un hombre mientras usaba un juguete en su interior. “¿Juguetes?”.

Ella apretó los labios y asintió levemente. “Quiero decir, vi muchos videos antes de ese, pero sí. Me gustaría probar más, eh, accesorios”.

“¿Quieres ser mi chica traviesa y jugar con algunos juguetes, eh?”. La provoqué, amando cómo reaccionaba al lenguaje sucio y a la leve degradación. Nunca fallaba en hacerla húmeda y necesitada. No me detuve a comprobar cuán húmeda estaba. En su lugar, me levanté y rodeé la cama.

Mantenía las manos por encima de la cabeza, juntas y obedientes para no apartarlas hasta que yo se lo ordenara. Pero me seguía, mirándome la polla cuando sobresalía. Rodeé la cama hasta llegar al otro lado. Una vez allí, la arrastré por los brazos hasta colocarla en el borde.

“Voy a follarme esa boca tan sexy”, le dije.

Mientras acercaba mi polla a sus labios entreabiertos, me burlé de ella según el vídeo que la había interrumpido.

“Y tú lo vas a aguantar”.

Ella gimió cuando empujé mis caderas hacia delante y le metí la polla en la boca. Húmeda, cálida y apretada, ella chupó sus mejillas y se deslizó rápidamente sobre mí.

Yo la miraba, hipnotizado como cada vez que me la chupaba. Hacia adelante y hacia atrás, me deslizaba sobre su cara. Y cada vez más profundo, ella me tragó.

Mientras le follaba la cara, adorando cómo se estiraba para acomodarme y respiraba apresuradamente por la nariz para seguir el ritmo del movimiento, me incliné hacia un lado para abrir el cajón central de mi cama. Los pedí el primer día que vinimos, con la esperanza de que se utilizaran. Me gustaba estar preparado, y estaba jodidamente contento de haber esperado y planeado en consecuencia. Había llegado la noche de introducir a Tessa en el mundo de las vibraciones, los consoladores y otros ‘accesorios’, como ella los llamaba.

Cogí el primer vibrador que encontré y me acerqué a la cama. Con ella en diagonal sobre el colchón, no fue muy difícil cambiar mi posición y deslizarla hasta donde yo quería.

Tras unos cuantos movimientos del vibrador sobre su cremoso coño, empujé la punta contra su agujero. Ella gimió, y la vibración recorrió mi polla mientras la hundía aún más, casi amordazándola.

Me quedé mirando su coño, sus pliegues abriéndose para dar cabida al vibrador que aún no había encendido. Solo lo había colocado en su entrada, y ya sabía que sería yo quien tendría problemas para manejarlo.

“¿Tú también vas a aguantar esto?”, bromeé mientras me preparaba para imitar el porno que ella estaba viendo.

Un gemido largo y afirmativo salió de su boca llena de mi polla. Al ahogarse así, no pudo decir nada más.

“Oh, eres mala”. No lo era. Era simplemente perfecta, una amante ansiosa dispuesta a explorar

conmigo.

Sonreí anticipando todo lo que podría enseñarle esta noche.

24

TESSA

Era vergonzoso para Romeo llegar a casa y pillarme *in fraganti*, viendo una porno. Pero esa humillación no había durado mucho. Y ahora que parecía que quería volver a ver lo que yo estaba viendo, me alegré mucho de haber seguido el consejo de Eva de 'investigar' con el porno.

Se cernía sobre mí, pero con el ligero ángulo lateral en el que estaba tumbada, no me asfixiaba. Su polla me impedía respirar mejor, pero me encantaba la emoción de tener la boca llena de su pene duro, pero suavemente blando. Tan salado. Tan grueso. Me deleitaba con los contornos y las crestas de sus venas, y cada vez que aquella carne prieta se deslizaba sobre mis labios, la fricción del contacto me excitaba más. Excitarme al complacerle era una recompensa extra, y nunca dejaría de intentar impresionarle, excitarle y proporcionarle un inmenso placer.

La sensación del objeto largo y duro en mi coño era diferente. En lugar de su pene o sus dedos introduciéndose en mi húmeda entrada, era algo duro y extraño. Pero no estaba mal. Que viera cómo me chupaba algo era una idea asquerosa. Sus empujones dentro de mi coño producían ruidos sucios y desagradables, y los traviesos sonidos de lo húmeda que estaba me hacían gotear aún más.

Las cosas que este hombre me hizo... Desafió mi mente, estremeció mi cuerpo y puso a prueba mi corazón. Romeo era la pieza que completaba mi alma, la mitad que nunca supe que estaba buscando. Su dominio se convirtió en la guía que necesitaba para soltarme, para dejarme llevar y simplemente ser. Sentir.

Metió y sacó el grueso consolador. Más lento, pero más firme en sus embestidas dentro de mi boca, repitió las acciones que yo había estado viendo en la pantalla. Su polla embistiendo mi boca hasta hacerme llorar. Un consolador deslizándose en mi coño para hacerme retorcer y arquearme hacia su mano y el juguete.

"Tómalo tú, Tess", me exigió mientras activaba el juguete. Zumbó, estimulando aún más mi carne sensible, y perdí el ritmo de chuparlo en la boca. Casi con arcadas, parpadeé entre lágrimas y gemí de placer y sorpresa.

Dejó de empujarme con tanta fuerza y se inclinó hacia abajo. Sin aplastarme con su peso, ya que

yo estaba ligeramente de lado, cambió las cosas con respecto a lo que había visto en el porno. Con la polla en mi boca y el vibrador en mi coño, se arqueó para chuparme el clítoris.

Gemí, ahogada por su polla en mi boca, pero él seguía dentro de mí mientras apoyaba los muslos en el borde de la cama.

“Agárrate a mí y fóllame”, ordenó cuando hizo una pausa para levantar la boca de mi clítoris.

No esperé. Agarrándome a sus muslos, hice palanca para mover la cabeza sobre él, arqueando el cuello para que el ajuste funcionara. Una vez en marcha, volvió a poner su boca sobre mí. Su lengua no se detuvo ni una sola vez, rodeando mi clítoris. Siguió introduciéndome el vibrador en el coño, cada vez más rápido y más fuerte. Pero fueron sus besos a mi manojo de nervios, succionando hasta el punto de placer y dolor mezclados en uno.

Me corrí rápidamente, astillándome mientras el éxtasis se disparaba por mis venas. Desde los dedos de los pies hasta la parte superior de la cabeza, me sentí agotada y sacudida, como si este orgasmo tuviera el potencial de llevar una carga eléctrica.

Con su polla metida en mi boca, no pude hacer mucho más que gemir más y más fuerte. No sabía si él pensaba que yo estaba expresando algo negativo, pero la necesidad de recuperar el aliento me impidió hablar cuando tiró de sus caderas hacia atrás y me privó de hacerle chorrear su semen en mi garganta.

“No te muevas”. Dio la vuelta a la cama, dejando el vibrador entre mis piernas. No estaba encendido, pero su sola presencia en mi coño hizo que mi orgasmo continuara en pequeñas oleadas de placer.

Después de tumbarse de lado, frente a mí y pegándome casi a su cuerpo, levantó mi pierna y la colocó sobre la suya. Me besó tan fuerte y tan largo que juré que me desmayaría. Pero si me desmayaba, sería un infierno de felicidad. Al mismo tiempo que se besaba conmigo, dejándome saborearme en su lengua mientras él probaba su almizcle en la mía, bajó mi mano entre nosotros.

Cuando mis dedos chocaron con el vibrador, me sobresalté al sentir un empujón más profundo. Luego, con sus dedos enroscando los míos a su alrededor, comprendí lo que quería. Agarré la empuñadura y seguí su ejemplo metiéndola y sacándola.

“Joder, Romeo”. Gemí, apoyando la cabeza en las almohadas. Abrumada por una fricción tan adictiva, sentí el sensible arrastre del juguete sobre mis paredes internas.

“Despacio, Tess”. Frotó su mano sobre mi culo, y después de sumergir su dedo en mi agujero con el vibrador dentro, volvió a mover su dígito hacia mi culo.

Me puse tensa, pero cuando abrí los ojos y lo vi observándome con paciencia y preocupación, supe que lo había estado esperando.

“Yo…”.

Me besó suavemente. “Confía en mí”.

Me estremecí cuando me palpó la entrada trasera. “Confío, pero no sé…”.

“Sigue moviendo la mano”, me dijo cuando vacilé.

Con firmeza y suavidad, me untó el agujero trasero con crema. Aunque los recuerdos de lo que me habían hecho aquellos hombres me atormentaban, hice todo lo que pude para resistirme.

“Mírame”, me instó con otro beso. “Concéntrate en lo que estás haciendo”.

Gemí mientras la vibración me estrechaba.

“Solo somos tú y yo. Nadie más. Concéntrate en mí. En ti. En nosotros”.

Cerré los ojos y me incliné para besarle, necesitaba ese contacto sencillo pero poderoso. Esos besos con él eran el contraste más agudo, el toque de tierra que siempre me sacaba del pasado y me mantenía en el presente. Mis violadores no habían intentado intimar. Solo habían violado. Romeo, en cambio, era mi amante, me daba un afecto tan tierno y me empujaba a ampliar mis horizontes con él.

Una y otra vez, deslicé el consolador dentro de mi coño sobreestimulado, mientras lo movía en círculos, masajeando con intensidad mi entrada.

Cuando deslizó su dedo dentro de mí, mi cuerpo se tensó de nuevo, pero un beso rápido en sus labios me devolvió al presente. Ese instante ardiente, prohibido y, sorprendentemente, lleno de emoción junto a él.

“Puedes aguantarlo, ¿eh?”, me preguntó, no para incitarme, sino para comprobarlo.

Le respondí levantando más la pierna sobre la suya.

El placer, tan caliente y nuevo, me invadió con sus caricias allí donde me habían enseñado que nadie debía llegar. Ningún amante normal querría estar en mi culo. Eso era lo que me decía la rígida educación sexual que había recibido.

Con su dedo bombeando en mi trasero mientras yo metía y sacaba el consolador, estuve tan cerca de un orgasmo brutal que temí no volver a recomponerme. El éxtasis sería demasiado fuerte. La sensación de volar, flotar, hundirme y ahogarme, todo a la vez, me provocaría un cortocircuito.

“Te vas a correr, Tess”. Me besó con más fuerza mientras sacaba el dedo de mi culo. Al sacar el consolador, recogió más de mis jugos y deslizó dos dedos en mi culo.

“Oh…”. Mientras el juguete estaba casi fuera, su polla se acercó.

“Métete mi polla en el coño”, me ordenó mientras me besaba y chupaba el cuello. Sus dedos no se detuvieron en mi culo, y sin el consolador ahí dentro ejerciendo presión, la impaciencia por sentirme llena de nuevo me consumía.

Lo alineé cuidadosamente, preparándome para recibir su gruesa polla en mi interior. De un solo golpe, se hundió profundamente. Con su polla llenándome y sus dedos trabajando, ambos agujeros completamente ocupados, solté un grito ahogado, al borde de un orgasmo tan intenso que sentí que me desgarraría por completo.

“Mírame”, me ordenó.

Abrí los ojos y lo miré fijamente. El azul claro era tan audaz y vibrante, destellaba tan caliente y feroz.

“Mírame mientras te hago el amor”.

Asentí y lo besé rápidamente porque necesitaba sus labios en mí.

“Mírame mientras te follo el coño”. Me penetró con más fuerza. “Mientras mantengo mis dedos en tu dulce culo”. Gruñó, tan cerca de correrse.

“Dámelo, Romeo”, le supliqué mientras entraba y salía de mí. Me quedé con la boca abierta mientras cogía aire frenéticamente para respirar. “Te deseo. Lo quiero todo”.

“¡Joder!”. Arrugó la frente, mirándome fijamente y esforzándose por llevarme al borde de la tortuosa acumulación de alivio.

Un momento después, lo consiguió. Cada terminación nerviosa se sintió crispada y, con una pulsante oleada de dicha tan dulce y potente que me hizo llorar, me corrí. Mi coño apretó su dureza, que se sacudió y derramó su semen tan profundamente dentro de mí. Los músculos de mi culo se tensaron mientras él lo seguía acariciando con sus dedos. Nos corrimos juntos. Su eyaculación parecía ser tan dura y brutal como la mía. No tenía mucho con qué comparar, pero nunca me había corrido tan fuerte en mi vida.

Después de que me sacara los dedos y se deslizara, con su polla esparciendo nuestro semen por mi muslo, nos quedamos allí jadeando y sin aliento.

Durante un buen rato, bajé del subidón acurrucada contra él. Las palabras no eran necesarias. Era imposible hablar. Lo único que podíamos hacer era quedarnos tumbados y recuperar el aliento mientras nuestros corazones volvían a latir más despacio.

Todo mi cuerpo estaba entumecido por la felicidad. Sentía una pesadez en los brazos y las piernas que me hacía renunciar a cualquier otra cosa que no fuera dormir.

Él no me dejó. Al final, me instó a que me deslizara para que él pudiera ponerse de pie. Mientras yo estaba tumbada y sonreía, demasiado azotada y satisfecha para pensar siquiera en moverme, él fue al baño y se limpió. Volvió con un paño húmedo y me limpió. Luego volvió a la cama y me abrazó.

Me acarició la espalda con la mano y suspiró profundamente. Entre la comodidad de su cuerpo duro y caliente, la seguridad de su abrazo como tierno cuidado posterior y las sensaciones relajantes de su mano frotándome una y otra vez, me fui quedando cada vez más cerca del sueño.

Antes de ceder a la atracción de un profundo descanso, supuse que mañana hablaríamos de los nuevos pasos que habíamos dado. Cualquier conversación podía esperar. Después de aquella acalorada prueba de sexo, desmayarse era todo lo que podíamos soportar.

Pero él tenía que decir la última palabra.

“Te amo, Tessa”.

Su voz era tan baja, tan suave, que no podía decir si estaba soñando o no. Y con la siguiente

subida y bajada profunda de su pecho bajo mi mejilla, sugiriendo que su respiración uniforme significaba que ya se había desmayado, me pregunté si lo había dicho conscientemente o no.

25

ROMEO

Con la ayuda de Nina y Eva, Tess se adaptó fácilmente y asumió su papel como mi mujer. Ellas fueron fundamentales para responder a sus muchas preguntas sobre quién era quién y qué había pasado con la Familia Domino, los Giovanni e incluso los motociclistas.

La organización Constella tenía enemigos de sobra. Durante muchas generaciones, habíamos luchado contra otros que deseaban el poder que habíamos acumulado y convertido en más riqueza y dominio. Nunca podrían vencernos, pero entendía cómo Tess podía sentirse perdida con todos los nombres que se mencionaban y los rumores sobre lo que ocurrió, cuándo y dónde, y cómo eso podría desencadenar consecuencias. Un curso intensivo no sería suficiente, pero me alegraba que Nina y Eva estuvieran disponibles para ayudar a Tess a integrarse.

Una noche, cuando llegamos a la mansión para que me reuniera con mi padre y Franco, capté fragmentos de lo que las mujeres charlaban en la cocina. Entre café y pastel, chismeaban y bromeaban tanto que tuve que contenerme para no reír.

“Solo digo”, bromeó Nina, “cuando Dante y yo estemos casados, seré la madrastra de Romeo”.

Rodé los ojos. Técnicamente, supongo que lo sería. Pero no significaría nada ni cambiaría nada.

Eva se rió con más fuerza. “Y luego, cuando te cases…”.

“Si”, corrigió Tess.

“Si y cuando te cases con Romeo”, continuó, “te convertirías en la hijastra política de Nina”.

Sonreí desde mi asiento en la otra habitación, donde seguramente asumían que no las escuchaba. La idea de casarme con Tess me llenaba de orgullo y alegría. Ya sentía que era mi esposa. Vivíamos juntos. Yo la proveía. Dormíamos juntos y compartíamos tanta intimidad como podíamos. Estaba malditamente orgulloso de ella por superar su miedo a cualquier cosa anal, y el hecho de que lo hiciera demostraba cuánto confiaba en mí.

Casarme con Tess estaba en los planes. No estaba seguro de cuándo o cómo hacerlo realidad, pero lo haría. No había duda en mi mente de que estaríamos juntos para siempre, y pensar en ello me daba el mayor sentido de propósito.

“No estoy segura de que eso vaya a pasar nunca”, dijo Tess, ligeramente desanimada.

Fruncí el ceño. *¿Qué demonios?*

“No tengo idea de lo que estamos haciendo o de quién soy para él. ¿Una novia? ¿Una mujer mantenida?”.

Suspiré profundamente, aliviado de que no dijera que era una maldita carga. Esa idea ya se la había sacado a golpes, figurativamente hablando.

“Los hombres de la familia no se molestan mucho con títulos y etiquetas”, dijo Eva. “Estás casada o no, así que eres una esposa o una novia. Aunque una es un vínculo legal, básicamente son lo mismo y te tratarán igual”.

Nina hizo un ruido de desacuerdo. “No estoy segura de eso. ¿No dijiste que la Familia Domino era famosa por intercambiar amantes para espiar a sus propios miembros?”.

“Bueno, sí. También está todo el asunto de las amantes, pero nadie realmente lidia con eso en la Familia Constella”, respondió Eva.

“No”, dijo Tess, “no es la etiqueta. Es más como que no sé lo que él piensa. Y no quiero ser infantil y preguntarlo, pero no importa. No tengo un trabajo. No tengo mi propio lugar”.

“Y tus padres se quedaron con todo tu dinero”, añadió Nina, molesta y exasperada.

“Eso es una mierda”, dijo Eva. “Dante o Romeo pueden arreglar eso”.

“¡¿Qué?!”. Parecía que Tess escupió su vino.

“Pueden recuperar tu dinero. Romeo hará lo correcto contigo, independientemente de si te pone una etiqueta”, dijo Eva. “O un anillo”.

“Todavía”, añadió Nina, burlándose.

Definitivamente le pondría un anillo en el dedo. Aunque me molestaba escuchar que Tess seguía preocupándose, asumiendo que no la cuidaría, lo entendía. Ella era independiente, y si los roles estuvieran invertidos y yo fuera el que de repente se viera envuelto en todo esto, me sentiría igual.

En lugar de sentirme insultado y ver esto como una falta de confianza en mí, me alegraba que fuera tan práctica y siguiera teniendo una mentalidad autosuficiente. No era la típica esposa de la mafia, pegajosa y perezosa, dependiente de un hombre para todo.

“Es solo dinero de propinas y cosas así”, dijo Tess. “Durante años. No hay manera de que alguien pueda cuantificarlo fácilmente y, ¿qué?, ¿demandarlos por ello?”. Resopló.

Sonreí. *¿Quieres apostar, mi buena chica?* Si alguna vez quisiera que recuperara todo el dinero que les dio a sus padres, lo haría realidad. Exigiría que se lo devolvieran, con intereses, pero sospechaba que querría el menor contacto posible con ellos.

Después de la forma en que su madre le gritó en el hospital, dudaba que Tess quisiera volver a estar en su presencia. Siempre haría de esto mi misión: protegerla de ellos, de cualquiera.

Necesito hablar con ellos y decirles que se larguen de una vez por todas. Tess era mi novia. Mi amante. Mi futura esposa. Tal vez, algún día, la madre de mis hijos. Ella era mi futuro, y nunca sería tan descuidado como para permitir que su pasado interfiriera con su avance conmigo.

Matarlos parecía extremo, pero haría lo correcto por ella. Justicia era justicia.

Nina cambió el tema a su baby shower, y mientras Tess estaba completamente inmersa en la conversación, Eva se excusó. Sus tacones resonaron sobre el suelo de mármol mientras se alejaba de la cocina hacia la gran sala donde yo estaba sentado.

Levanté la vista de mi teléfono, donde había estado desplazándome sin mucho interés, y la vi notándome. Fiel a su carácter sereno, no dio un salto ni se alteró en lo más mínimo. Ambos sabíamos que la estaba escuchando, y ella no se disculparía ni pondría excusas por ello. Eva era constante en ese aspecto: impasible, siempre 'encendida' y proyectando la imagen de que nada la alteraba. En el fondo, sabía que era más sensible y receptiva. Tenía que serlo, pero no mucho podía penetrar la coraza helada detrás de la cual se ocultaba.

"Estoy agradecida de que tú y Nina puedan ayudar a Tessa a adaptarse a nuestro estilo de vida".

Se sentó, levantando una ceja. "¿Nina y yo?". Torció los labios en una sonrisa irónica. "No diría que Nina sea una experta. Ella todavía está aprendiendo".

Me reí. Era justo. "Sabes a lo que me refiero. Me alegra que Tessa pueda hacerte preguntas y contar contigo como recurso".

Ella asintió. "Admito que me ha sorprendido. Viniendo de un trasfondo tan malo, y luego el incidente de la noche en que la encontraste… Es una chica fuerte. Has hecho bien en quedarte con ella".

Alcé las cejas. "¿Estás insinuando que no tengo resistencia de otro modo?".

"Más o menos. Nunca has tenido una relación que dure más de una semana, y aquí estás, luciendo como si fueras el hombre más enamorado del mundo". Soltó una pequeña risa. "A menos que sea tu papá, supongo".

"No es complicado".

Ella frunció el ceño. "Oh, claro".

"No lo es. Cuando conoces a la otra mitad de tu alma, todo encaja". Estaba generalizando mucho. Nada había encajado de manera sencilla para mí y Tess. Tuve que trabajar para superar mi culpa. Ella tuvo que lidiar con el trauma de ser violada. Ambos tuvimos que manejar la tensión acumulada y la negación que sufrimos esas semanas sin comunicarnos claramente. Nos costó esfuerzo acercarnos, pero ahora que lo habíamos hecho, sabía que nada podría detenernos de compartir nuestro amor.

"¿Me estás escuchando? ¿Dónde se fue mi primo tan serio y sombrío?". Sonrió mientras me hacía la broma, así que no me molestó. "Has salvado a tu chica *Cenicienta* y estás más feliz que nunca tratándola tan bien. Es todo un giro de 180 grados el que has dado ahí".

Me encogí de hombros, sin ánimo de negarlo. “Quién sabe, tal vez tú seas la siguiente”.

Me miró con cara de pocos amigos. “Sí, claro”.

“¿Por qué no? Tal vez el amor esté en el aire”.

“¿Amor?”. Sonrió, de una forma dulce y lenta. “¿La amas?”.

Le lancé una mirada que implicaba que estaba siendo tonta. “Por supuesto”.

“Pero si ella supiera eso, no estaría ahí”, hizo un gesto con el pulgar hacia la cocina, “preguntándose cuánto le importas”.

“No hemos compartido esas palabras todavía, pero sí, la amo”. *Tanto maldita sea que podría estallar*. La señalé. “Buen intento, cambiando de tema. Bien podrías ser la siguiente en sentar cabeza”.

Ella negó con la cabeza, dejando que su largo cabello castaño cayera sobre su hombro. “Ningún hombre querría estar conmigo”.

No era falta de confianza en sí misma lo que estaba discutiendo, sino una confianza realista y alta. “Ningún hombre querría el desafío de soportarme”.

Suspiré. Mi prima conocía su valor. Nunca lo ostentaba, pero sabía que era hermosa, una bomba de mujer por la que los hombres suspiraban. Más que eso, era inteligente y aguda.

“Soy demasiado rara, Romeo. ¿Recuerdas? Soy una princesa de la mafia”.

Su forma de expresarse podría hacerla parecer arrogante, pero la conocía mejor que eso. Simplemente no soportaba a los tontos.

“Para empezar, no tengo miedo de ser asertiva. Y ningún hombre disfrutará eso por mucho tiempo”.

Siempre tenía que ser asertiva, y mi padre la había criado de la misma manera que a mí, inculcándonos una profunda sensación de confianza y voluntad, asegurándose de que ambos fuéramos inteligentes y capaces de sobrevivir en este mundo propenso al peligro y al drama, lleno de mentiras y engaños.

Al ver que mi padre finalmente entraba en la habitación, me levanté para comenzar la reunión. Franco estaría por ahí más tarde, y luego podría pasar el resto de la noche mostrando a mi chica cuánto la amaba. Tessa escucharía esas palabras de mi parte pronto, pero quería que fuera en el momento perfecto.

“No te preocupes, Eva”, dije mientras me levantaba.

“¿Parece que estoy preocupada?”.

No parecía molesta en absoluto, pero debajo de esa máscara fría, apostaba a que sentía los efectos de una ligera envidia mientras mi padre y yo nos acomodábamos con nuestras mujeres.

“Alguien aparecerá en tu vida y te hará cambiar de opinión sobre estar soltera”.

Le di a mi padre la oportunidad de detenerse en la cocina para besar a Nina antes de nuestra reunión. Mientras me dirigía al patio, me encontré con Franco cuando llegó. Siempre estábamos ocupados, de un lado a otro, pero él aminoró el paso para caminar conmigo hasta la mesa de afuera.

“Encontré más información sobre tu abogado”, dijo después de saludarnos.

“¿Mi abogado?”. La familia tenía una extensa red de apoyo legal, pero ninguno de nosotros tenía un representante específico.

“Hines. El hijo de puta que se supone que va a casarse con tu chica”. Me miró, casi divertido de que no pudiera leer su mente y saber de inmediato de qué estaba hablando.

“¿Buena o mala información?”.

Se encogió de hombros mientras continuábamos caminando afuera. “Solo inteligencia. Tiene las manos en tantas cosas que se está descontrolando. Tanto Reaper como Stefan dependen de él, y creo que ir contra él podría destapar muchas piedras que no hemos considerado”.

“No quiero prolongar una cruzada contra él”, dije. “Pero sí tengo la intención de reunirme con él. No quiero que nada, ni nadie, se interponga en mi camino con Tess”.

“No te culpo”. Se sentó y frunció el ceño. “No estarás pensando que tiene algún tipo de documento firmado con sus padres para que se case con él, ¿verdad?”.

Recordé a la mujer quejumbrosa y con prejuicios en el hospital, la que se hacía llamar madre de Tess. “No. Dudo que hayan puesto algo formal en marcha. Si lo han hecho, lo eliminaré”.

Asintió. “Solo avísame cómo puedo ayudar”.

“Gracias”. No tenía que ofrecerse, y no tendría que pedirlo. Así es como trabajamos, juntos como una familia, cuidándonos unos a otros. Me emocionaba pensar que Tessa aprendería que tenía una familia en todos nosotros, una red de apoyo como nunca había soñado tener.

Franco soltó una risa sarcástica. “No vas a pedirle permiso al viejo de Tessa para casarte ni nada por el estilo, ¿verdad?”

Le lancé una mirada sarcástica.

Se soltó a reír. “Sí. No lo pensé”.

No tenía intención de pedirle nada al Sr. West. Tess no era de él para darla. Ella podía tomar su propia decisión y decidir si quería casarse conmigo. Pero Franco me dio la idea de al menos ponerme en contacto con el Sr. y la Sra. West.

No para anunciarles mi interés en casarme con ella.

Sino para decirles que ella era mía.

Nunca la volverían a perturbar ni intentarían manipularla de nuevo.

Nadie lo haría. Si alguien se atrevía a dañar un solo cabello de su cabeza o a incitar la más

mínima preocupación en su mente, lo pagaría caro. No me detendría ante nada para evitar que sufriera, y me negaba a dejar que cualquier obstáculo se interpusiera en lo que sería nuestro brillante futuro.

26

TESSA

La próxima vez que fui al campo de tiro a practicar con la pistola que Romeo me había dado, me encontré con Max, un soldado mayor que le faltaban tres dedos de su mano no dominante. Había sido torturado por enemigos y apenas logró sobrevivir, pero lo había hecho. Y, según Romeo, era el tirador experto de los Constellas.

Romeo estaba demasiado ocupado para practicar conmigo hoy, como todos los días de esta semana, pero me dijo que estaba en buenas manos con Max.

Lo estaba. No solo era informativo, sino también una persona agradable y conversadora de manera no intrusiva. Me di cuenta de que mi concentración había mejorado mucho también, porque cada vez que venía aquí con Romeo, él se acercaba sigilosamente a mí para mostrarme cómo sostener o disparar mi pistola, lo que me tentaba con su proximidad. Tener los brazos de este hombre alrededor de mí me excitaba y ponía caliente en un instante.

"¿Conocías a Joseph?", le pregunté entre una ronda de práctica.

Asintió. "Sí, lo conocía. También conocía a su padre".

"¿Ambos trabajaron para la familia?".

"Sí. Ambos murieron en línea de fuego también".

Suspiré, sintiendo que mi rostro se hundía con una profunda mueca. Ni siquiera había conocido a Joseph, pero estaba al tanto del día en que lo mataron en ese primer lugar donde me quedé con Romeo. Cuanto más vivía con Romeo y conocía a más miembros de su organización, más difícil me resultaba recordarme que todos ellos podían morir. Claro, todos nos acercábamos a la muerte con cada minuto que pasaba, pero estos hombres eran soldados, luchadores, espías y protectores. Se ponían en peligro por sus líderes, al igual que lo hacía el ejército, y no podía evitar preocuparme por cada uno de ellos, sin importar cuán bien los conociera.

Era algo parecido a la situación de Liam. O del Sr. Bardot, el padre fallecido de Nina. Era un hombre militar como mi viejo amigo, y tenía el máximo respeto por su servicio. Este ejército privatizado de la Mafia Constella era diferente, pero al mismo tiempo guardaba muchas similitudes.

“¿Lo llegaste a conocer bien cuando estaba en el detalle de seguridad en esa casa?”, preguntó Max.

Negué con la cabeza. “Solo estuve allí un día y una noche. Pero no me importaría regresar allí”.

Max sonrió. “Es un buen edificio. Creo que había estado en la familia durante mucho tiempo, pero estuvo vacío durante varios años”.

“Necesitaba trabajo. Sería un gran proyecto de renovación”.

“Ese era el plan de Romeo. Creo que quería un proyecto para ocupar su mente mientras Dante tenía su nueva vida con Nina”.

Nunca pensé que Romeo estuviera luchando con el hecho de que Nina ahora estuviera en la familia Constella. Pero podía ver que Romeo quería su propio espacio como soltero allí.

“¿Y un proyecto para ocupar su mente de la culpa por la muerte de esos tres soldados bajo su supervisión?”, adivinó.

Max hizo una pausa mientras recargaba un arma. “No has estado mucho tiempo, pero seguro que conoces bien a ese hombre”.

Sonreí. “Me dijo un poco sobre eso. Culpa del sobreviviente. Aunque supongo que este ‘negocio’ tiene una alta tasa de muertes”.

“Sí. Y Romeo es consciente de eso. Ha crecido con esta vida y sabe lo peligrosa que es. Sospecho que la muerte de esos tres soldados lo golpeó tan fuerte porque él era personalmente responsable de ellos. Estaba supervisando esa reunión con los Domino. Y Romeo es muy protector con los que están más cerca de él”.

Apunté a través de la mira, pero me contuve de practicar de verdad.

“Parece que lo estás ayudando, sin embargo”, dijo Max.

Le levanté las cejas. “¿Cómo?”.

“Siendo otro ‘proyecto’ para él. Alguien más a quien proteger de una manera diferente, de una manera en que nunca había sido sobreprotector antes”.

Sonreí. “¿Estás diciendo que nunca ha tenido una novia antes?”. *Sí, claro. Eso no puede ser cierto.*

“¿Estás diciendo que crees que solo eres una novia para él?”

Vaya. Eso es directo. Mis mejillas se calentaron con un rubor.

“Lo que estoy diciendo es que le estás dando otro propósito por el cual vivir. No solo por la familia y por trabajar para Dante. Sino por el amor. Por un futuro”.

“Tengo que decir, Max, eres el soldado más perspicaz que he conocido hasta ahora”.

Asintió. “De nada. Supongo”.

“Sin embargo, extraño esa casa. Tal vez fue por el trauma tan fresco y no saber a dónde iría o qué haría, pero me conecté con ella. Podía verla siendo restaurada y modernizada”.

“Eso tiene sentido. En medio del caos, era una oportunidad para limpiar y comenzar de nuevo”.

“Bueno, sí. Pero no me corresponde arreglarla”.

“Podría serlo. Tú y Romeo allí mientras Dante y Nina empiezan otra familia en la casa grande”.

Lo observé, preguntándome si sería posible. “Pero si no está segura, con esos motociclistas acercándose y matando a Joseph…”.

Negó con la cabeza. “No. No es imposible. Creo que Romeo te movió tan rápido porque estaba nervioso en ese momento. Con más preparación e instalando cámaras, esa propiedad podría estar tan segura como cualquier otra en el imperio Constella”.

Vaya. Disfrutaba tener un lugar para quedarme con Romeo, pero el penthouse no era de mi estilo. Sospechaba que tampoco lo era para Romeo. Habíamos estado saltando de un lugar a otro últimamente, y me preguntaba cómo se sentiría Romeo si le preguntara sobre quedarnos allí cuando pudiéramos.

Suponiendo que Max, Nina y Eva tienen razón al decir que soy más que una aventura o novia para él…

Pensaba preguntarle a Romeo sobre la oportunidad de renovar esa casa. Me daría algo bueno con qué ocuparme.

Después de la práctica de tiro, Max me llevó de regreso a la mansión donde Nina vivía con Dante. Teníamos planes de ir a una tienda para organizar el *baby shower*, y estaba emocionada de compartir ese momento con mi mejor amiga. Había días en los que todavía me costaba creer que ella estuviera embarazada. Romeo y yo no usábamos protección, pero no sentía prisa por quedar embarazada. No hasta tener claro qué significaba yo para él.

Ja. Como si alguna vez rechazara el sexo con ese hombre. Sonreí al pensar en lo apasionados que éramos el uno para el otro.

En el trayecto hacia la mansión, sonó mi teléfono y contesté, suponiendo que sería Romeo.

“¿Hola?”.

“¿Ya terminaste con esos hombres malos?”.

Apreté los dientes al escuchar la voz de mi madre. “¿Cómo conseguiste este número?”.

“Le pedí a Elliot que lo encontrara. Tiene investigadores privados, sabes. Investigadores que rastrean a criminales como el hombre con el que estabas”.

“No es un mal hombre”. Estaba perdiendo el tiempo discutiendo con ella, pero era un instinto defenderlo. Hacía cosas malas, pero era un buen hombre. Lo sabía con cada fibra de mi ser.

Aunque fuera moralmente gris, no podía imaginar mi vida sin él.

“Tu padre y yo te desheredaremos”, amenazó.

“Pensé que ya lo habías hecho”, respondí.

“Si insistes en irte con ese hombre malo, ya no serás hija nuestra. Te criamos mejor que esto. Te enseñamos a hacer lo correcto y a buscar estabilidad con un hombre honorable como Elliot. Tú…”.

“No me contactes de nuevo”, colgué, furiosa, y rápidamente bloqueé ese número en el teléfono.

Maldito Elliot. Claro que ese abogado asqueroso consiguió un número privado. Era más corrupto que cualquier Constella.

Estar atrapada en un embotellamiento no ayudaba a mi ánimo. Después de hablar con mi mamá, aunque haya sido por poco tiempo, quería salir corriendo. Quería moverme. Extrañaba la energía de estar en el campo de tiro. Sentada aquí, sin ningún medio para desahogarme, exhalé profundamente y miré con furia por la ventana.

No tenía derecho. No tenía lugar para llamarme y martillarme de esa manera, y me preguntaba si alguna vez pararía.

Mi teléfono volvió a sonar, y fruncí el ceño al ver el número desconocido.

“¿Qué?”, respondí, medio esperando que fuera mi madre de nuevo, disfrazada usando otro número.

“Vaya. ¿Qué clase de saludo es ese para un viejo amigo?”, preguntó Liam, riendo secamente.

“¡Liam!”. Sonreí, inmediatamente más feliz de escuchar su voz. “No reconocí el número”.

“Ah. Claro. Tuve que conseguir un teléfono nuevo cuando llegué a Estados Unidos”.

“¿Ya estás oficialmente en casa? ¿De visita?”.

Suspiró. “No. Estoy, eh, aquí para quedarme”.

Parpadeé, sorprendida. Siempre pensé que sería un hombre militar de por vida. El estático cortó la línea, y me perdí cada otra palabra de lo que dijo después. “¿Eh? La llamada está cortándose”.

“Me estoy mudando a casa”, dijo. “Donde sea que sea ‘casa’”.

¡Apuesto a que podría quedarse cerca de Nina y de mí!

“Espero que puedas ayudarme”, dijo, aunque tuve que adivinar algunas de las palabras.

“¿Ayudarte? ¿Ayudarte a mudarte?”. *¿Físicamente?* No veía cómo podría tener mucho que mover después de tanto tiempo en el ejército. ¿Qué posesiones podría haber acumulado en el servicio, siempre en movimiento y a menudo fuera de contacto?

Esta llamada fue algo inesperada, pero su petición de ayuda fue aún más rara. Liam era independiente y terco hasta el extremo, nunca queriendo pedir ayuda a nadie. Era un luchador, y sabía que, si me pedía ayuda, realmente la necesitaba.

“Estoy en Utah”, dijo con dificultad.

“¿Qué?”.

El estático interrumpió la llamada.

“¿Dijiste Utah?”.

“Sí, yo…”.

“Liam, la llamada está cortándose”.

“Te llamaré de nuevo pronto, ¿vale?”.

“Sí. Nos pondremos al día”. Lo haríamos, y ojalá no sea a través de una llamada con mala recepción. Si necesitaba un lugar donde quedarse, Romeo lo dejaría quedarse. Porque si me haría feliz ver a mi amigo de la infancia, movería cielo y tierra para que sucediera. No pensaba esto con codicia, solo con honestidad.

De todos modos, este no habría sido un buen momento para ponerme al día con Liam. Llegamos a la mansión, y Nina estaba lista para subir al asiento trasero conmigo.

“¿Qué te tomó tanto tiempo?”.

“El tráfico”, respondimos el conductor y yo al unísono.

“Acabo de recibir una llamada extraña de Liam”, le dije.

“¿En serio?”. Sonrió, emocionada. Aunque no lo conocía tan bien como yo, no lo había olvidado. Lo conocía por mi amistad, y se llevaban bien cuando éramos más jóvenes.

“Sí. Justo ahora”.

“¿Qué tenía de ‘extraña’?”, preguntó.

Le conté los pocos detalles que compartió cuando la llamada no se interrumpía. Cuando mencioné la idea preliminar de que Liam podría visitarnos y quedarse cerca, Nina asintió. “Oh, claro. Dante dijo que tienen tantas propiedades, que podrían vivir en un lugar diferente cada semana y no repetir residencias”.

Elevé las cejas y parpadeé. “Vaya”. A veces, reconocer la riqueza de la familia significaba imaginar una cantidad de dinero asombrosamente alta.

Una vez que llegamos a la tienda, cambiamos de tema, pasando de hablar de Liam y las propiedades Constella a cosas de bebé. Exclamamos y admiramos todas las adorables ropas, y ambas admitimos que no teníamos ni idea de para qué servían algunos de los aparatos y herramientas. La mayoría parecían estar relacionadas con la lactancia, y tranquilicé a Nina diciéndole que tenía tiempo suficiente para investigar y prepararse.

“No puedo creer que no quiera saber el género del bebé”, comenté sobre la negativa de Dante a descubrirlo de antemano.

Nina se encogió de hombros. “Bueno, ya tiene un hijo. Tal vez quiera una sorpresa esta vez”.

Cada quien lo suyo, supongo.

Cuando salimos de la tienda, horas después, fuimos nosotras las que recibimos una sorpresa. Una desagradable. De pie junto al coche, donde nos esperarían los conductores, había un hombre con cara de pocos amigos. Se veía demacrado y envejecido, como si no hubiera logrado mantener la cirugía plástica necesaria para parecer joven.

No sabía quién era, pero los dos hombres de aspecto rudo que lo flanqueaban me resultaban familiares. Nunca los había conocido, pero me recordaban demasiado a los hombres que habían llegado a la cabaña como para que fuera una coincidencia.

Nos mantenían la atención mientras nos deteníamos en el pequeño estacionamiento. Con ellos entre nosotros y el coche, no teníamos forma fácil de escapar.

“Eres un hombre muerto, Giovanni”, dijo Nina, mirando con odio al hombre más bajo y mayor entre los dos guardaespaldas.

¿Giovanni? Este debía ser Stefan, el líder de la otra familia. El jefe mafioso traidor y despreciable que Romeo y Dante habían identificado como una de las mitades de su mayor problema.

Al escuchar pasos detrás de nosotras, demasiado cerca para estar cómodas, bajé la mano a mi bolso abierto, buscando la comodidad de la pistola que llevaba allí. Un vistazo rápido hacia atrás mostró que otros dos hombres se habían acercado, impidiéndonos correr hacia la tienda.

El hombre de traje sonrió a mi mejor amiga. Mientras levantaba un arma y la apuntaba hacia nosotras, di un paso adelante y la empujé detrás de mí. Estaría maldita si ella era la que se convertía en objetivo. Embarazada y desarmada, tenía que quedarse atrás.

“¿Qué demonios quieres?”, exigí, esperando sonar mucho más valiente de lo que me sentía.

27

ROMEO

Franco me avisó que Elliot Hines había mencionado que quería reunirse conmigo, y al principio, fui escéptico. Supuse que quería hablar sobre Tessa, y si ese era el caso, no cedería. No me importaba lo que hubiera arreglado de manera no oficial entre sus padres y los de ella. Eso no se interpondría en mi camino hacia un futuro con ella.

Cuando más indicios llegaron a mí a través de los espías que trabajaban para nosotros, decidí dejar las sutilezas y enfrentar directamente al idiota. Si no podía ser lo suficientemente hombre para pedirme que nos reuniéramos, entonces o era un cobarde que le tenía miedo al nombre Constella, o los rumores sobre su interés en hablar conmigo no eran más que tonterías.

Me presenté, solo, y le dije a su secretaria, esa gatita de sexo, por qué estaba allí. “Vengo a hablar con Hines”.

Ella sonrió, una expresión de paciencia ensayada que dudaba que sintiera. “Lo siento, pero el Sr. Hines no está disponible en este momento”.

“Sí lo está”.

Ella parpadeó, manteniendo esa actitud de paciencia, pero pareciendo curiosa. “¿Y quién podría ser usted?”.

“Romeo Constella”. La miré fijamente mientras ella miraba su monitor de computadora.

“Hmm. No lo veo en los registros de esta semana. ¿Está seguro de que tiene una cita?”.

Puse mi mano sobre su escritorio y me incliné, dejando que mi chaqueta se abriera hasta que vio la funda de mi arma. “Yo no hago citas”.

Ella se puso seria, mirando mi arma y manteniendo esa sonrisa educada. “Oh. Ya veo”.

“¿De veras?”.

Ella sonrió lentamente, levantando las cejas, indicándome que mirara las cámaras en la esquina de la recepción. “El personal de seguridad del Sr. Hines también puede ver, ¿sabe?”.

“¿Quién? ¿Los malditos motociclistas?”, me burlé, mirándola a los ojos.

“El Sr. Hines no está disponible, señor. Si desea…”.

Pasé por su lado, dirigiéndome hacia la única puerta que ella custodiaba.

“¡Hey! Espere un momento. No puede…”.

Puedo. Y lo hice. Arranqué la puerta y entré, lo suficientemente rápido para cerrar el panel de madera antes de que pudiera seguirme.

“¿Quién diablos…? ¡Oh!”. Elliot Hines se recuperó del shock. El ceño de molestia desapareció de su rostro y sonrió. “Constella”. Luego retrocedió en su silla y ladeó la cabeza, señalando para que la zorra de rodillas se fuera. Ella se limpió la cara mientras se levantaba. Sin apartarme, la dejé pasar mientras salía.

Elliot se subió los pantalones, luciendo muy complacido consigo mismo por haber comprado una mamada.

“¿Estoy interrumpiendo?”, pregunté secamente.

“No con nada que no pueda conseguir cuando quiera”.

Qué idiota arrogante.

“Dudo que te importe si estás interrumpiendo, de todos modos”.

“Correcto. No me importa una mierda tu agenda”.

Sonrió. “¿Esto es solo una visita agradable, entonces?”.

“No. Escuché que has querido hablar conmigo. Supongo que eres demasiado cobarde para salir y decirme directamente qué demonios quieres, pero tengo una suposición”.

“¿Oh?”. Se inclinó hacia un lado, haciendo que su cabello delgado se moviera. No era un peinado con raya, pero pronto lo sería. “¿Cuál es esa suposición?”.

“Tessa West”.

Elliot se rió y puso los ojos en blanco. “He oído que ella se quedó contigo”.

“No solo se quedó conmigo, hijo de puta. Ella es mía”. Para siempre.

Él movió la mano con indiferencia. “Está bien. No me importa con quién termine esa gordita”.

La ira recorrió mi cuerpo. Resistí la tentación de golpearle la cara por esa ofensa. Tessa no era gorda. Para nada. En lugar de dejar que su provocación me afectara, que sabía que era su intención, me quedé esperando a que siguiera hablando.

“Sus padres siempre pensaron que yo me conformaría con ella. Que bajaría mis estándares para casarme con ella”. Volvió a poner los ojos en blanco, luciendo como un nerd flaco, lleno de granos y calvo.

¿Sus estándares?

Apostaría a que esa zorra fue pagada el doble para siquiera mirar su asqueroso y pequeño pene.

“Sería un acto de caridad darle mi atención por más que para una rápida cogida”.

Sonreí, lentamente y de manera siniestra. Tessa nunca dejaría que este tipo se acercara a ella. Nunca conocería la perfección de su cuerpo.

“No es lo suficientemente inteligente para alguien de mi posición”.

Me reí entre dientes. “¿Tu posición?”.

Él asintió. “Mi posición como mediador para varios miembros influyentes de la sociedad”.

Esto se ponía mejor y mejor. “Déjame adivinar. ¿Hombres ‘influyentes’ como Stefan Giovanni y un imbécil llamado ‘Reaper’?”.

Frunció el ceño, no le gustó que me burlara de sus clientes, pero se controló rápido y puso una de esas sonrisas falsas de nuevo.

“Por eso consideré arreglar una reunión contigo, Sr. Constella. Para discutir un acuerdo con sus corporaciones”.

“¿Corporaciones?”. Sacudí la cabeza. “Deja de mentir y llámalas por lo que son. Una banda de motociclistas y una familia mafiosa en decadencia”.

Su mandíbula se tensó visiblemente mientras rechinaba los dientes. “Estamos interesados en hablar con representantes de la organización de su padre sobre…”.

“No. No trates de hacerme esa mierda. Yo soy su segundo al mando. No es la organización de mi padre. Es la nuestra. Lo que quieras decirle a él, me lo dices a mí. No voy a dejar que un pedazo de mierda como tú le haga perder su tiempo”.

“Nos gustaría discutir los parámetros de un posible acuerdo”.

“Date prisa”, lo advertí. Ya había tenido suficiente con la palabrería.

“El Sr. Giovanni está interesado en arrendar una propiedad asociada con el portafolio de su organización. Les gustaría colaborar en el uso colectivo de la tierra para la distribución de sus productos”.

Tenemos tantas propiedades que no puedo llevar la cuenta de todas, pero sabiendo que este imbécil hablaba de las rutas de armas que los Hermanos del Diablo querían establecer, tenía una idea bastante clara de las áreas que probablemente estaban mirando. No importaba qué arrendamiento o propiedad quisieran, la respuesta seguiría siendo la misma.

“Ni de coña”.

Elliot frunció el ceño. “¿Qué?”.

“No. La familia Constella no hará negocios con ningún Giovanni o Hermano del Diablo”.

Se movió en su asiento. “Me gustaría añadir…”.

“Agrega lo que te dé la gana. Nuestra respuesta seguirá siendo un no”. Dando un paso más cerca de él, me incliné hacia adelante para advertirle con más firmeza. “No nos molestes. Cualquiera que se meta con la familia Constella perderá. Nadie obtiene lo que quiere de nosotros. Nadie gana nunca”.

El bastardo sonrió, casi riendo entre dientes mientras soltaba una carcajada. “Parece que tú tampoco ganas, Sr. Constella”.

Le levanté una ceja, divirtiéndome con su ilusión de que podría tener paciencia con él.

“Escuché que perdiste a algunos hombres recientemente. Tres soldados respetados y prominentes”.

Respiré por la nariz, contando mentalmente hasta cinco para calmar mi reacción y esconderla por completo. De todas las cosas que podía decir. De todos los lugares a donde quería llevar esta conversación, eso no debía haber sido uno de ellos.

“Escuché que los hiciste matar”.

La furia se apoderó de mí. Estaba intentando provocarme, como si tuviera alguna ventaja. Pero mantuve la calma. Estar con Tessa me había ayudado a superar mi culpa, y sabía en el fondo que no había sido yo quien causó directamente la muerte de esos hombres. No era mi culpa que Mario nos traicionara en ese incidente y nos pusiera en una trampa.

Él sabe mucho más que eso. Si este cabrón podía sacar detalles como esos, tenía información confidencial sobre mucho más. Este abogado no solo estaba involucrado con los Giovanni y los Hermanos del Diablo. Estaba metido en algo más profundo para saber sobre Mario llevando a tres soldados Constella a esa trampa.

Lo miré fijamente, sabiendo que una cosa había cambiado.

Matar a Elliot no había sido una opción antes. Hacerlo habría sido un golpe contra los Giovanni y los Hermanos del Diablo, y teníamos que golpear con precisión, no precipitadamente.

Ahora, sin embargo, entendía que Elliot Hines no era solo un asociado. Era parte del proceso de planificación. Era un confidente.

Y todos ellos deben morir.

Lo harían, comenzando con este pedazo de mierda que se atrevió a provocarme sobre mis fracasos.

Ya no habría más esperas. Ya no tendría que ser cauteloso por las posibles consecuencias de un asesinato o un golpe.

Los días de Elliot Hines estaban contados. Tan pronto como actualizara a mi padre sobre esta conversación, atacaría.

Mientras lo miraba fijamente y lo dejaba entrar en pánico con mi silencio, parecía volverse cada vez más frustrado. Torciendo los labios como si luchara por mantener sus palabras dentro, me miró con desprecio.

“Deja de pelear con mis clientes”, advirtió. “No interfieras con sus planes”.

Sus planes están jodidos, idiota.

Porque no vivirán lo suficiente para ver cómo se desarrollan. No si yo tengo algo que decir al respecto.

Tras una última mirada llena de malicia, me di la vuelta y me fui sin decir una palabra.

Pronto mataría a este hombre, y disfruté del perverso placer de saber que viviría consumido por el miedo hasta el instante en que le arrebatara la vida.

Que se joda, hijo de puta.

No tendría que preocuparme más por que fuera un obstáculo en mi camino para hacer que Tessa fuera mía. Y tampoco necesitaría preocuparme por su papel en esta guerra contra los Giovanni y los motociclistas.

Estaría muerto antes del anochecer.

El pensamiento me hizo sonreír, y no podía esperar para compartir esta noticia con Tessa.

Matar a sus violadores fue un acto de generosidad.

Terminar con la vida de este cabrón simplemente sería un ejemplo más de lo mucho que ella significa para mí. Otra demostración de hasta dónde llegaría para mostrarle que iría hasta el fin del mundo para asegurar su felicidad.

28

TESSA

“¿Qué diablos quieres?”, grité a Stefan cuando no me contestó la primera vez.

El hombre frente a nosotros no se parecía en nada a lo que imaginaba que luciría. Bajo y envejecido, era un hombre agotado. No era alto ni fuerte, como para parecer un enemigo formidable. Romeo, Dante y Franco pasaban tanto tiempo hablando de Stefan y Reaper como si fueran sus enemigos, esperando el momento oportuno para atacarles sin arriesgar las fuerzas de los Constella.

Este hombre arrugado no parecía intimidante. Su ceño fruncido parecía insignificante y tenso, como una expresión digna de un niño pequeño en medio de una rabieta. Pero la pistola en su mano parecía demasiado real.

Dudé en sacar mi arma del bolso, pero en ese momento, mientras él nos miraba a Nina y a mí con desprecio, estaba tan agradecida de que Romeo fuera el protector exagerado que era. En ese momento, me sentía aliviada de que él insistiera en que nunca saliera de la casa sin llevar esta pistola conmigo.

Los guardias y el conductor tenían que haber sido incapacitados para que no nos defendieran, pero esa era una preocupación para más tarde. Nina, y su bebé, eran las prioridades. Tenía que mantener a mi amiga a salvo y también asegurarme de sobrevivir para ver a Romeo nuevamente.

Tal vez la sobreprotección de él estaba influyéndome.

“Quiero terminar con los Constella”, respondió Stefan. Su voz era rasposa y áspera, desgastada por el uso excesivo y probablemente por una vida de fumar. “Veré el final de esta venganza contra los Constella, aunque sea lo último que haga”.

“Que te jodan”, respondí, alargando la voz. “Nunca nos vas a acabar”.

Uno de los soldados Giovanni detrás de él gruñó. “¿Ah? ¿Ya te consideras una de ellos?”.

Stefan sonrió, asintiendo. “No eres más que un pedazo de culo conveniente que él recogió en algún lugar”.

Los dedos de Nina se apretaron contra la espalda de mi camisa.

“Solo eres otra puta”, dijo el guardia. “No eres una Constella”.

Sus palabras estaban destinadas a herirme. A lastimarme y bajar mi guardia. No funcionó. Sabía que tenía valor. Estaba demasiado consciente de lo que significaba para Romeo.

“Solo quítate de en medio para que podamos tenerla”, gruñó Stefan, inclinándose hacia un lado para ver a Nina.

“No lo creo”. Extendí mi brazo, doblado por el codo, para bloquearla detrás de mí.

“No eres nadie para decirnos cómo va a ser esto”.

Levanté el mentón, disfrutando de la sensación de defender a mi mejor amiga. “No se van a acercar a nosotras. No si quieren sobrevivir y terminar sus vidas patéticas”.

Mi corazón latía con fuerza, y me lamí los labios antes de tragar. Con la boca tan seca y la respiración entrecortada por el pánico que subía a la superficie, traté de mirar hacia la SUV y ver si los conductores estaban muertos o solo inconscientes. Nunca se irían del lugar si pudieran. Permanecerían con nosotras, observando desde afuera de la tienda.

“La queremos a ella”, dijo Stefan. Luego se encogió de hombros, riendo sin alegría. “Ah, al diablo. También a ti. Nos llevaremos a las dos, aunque ella sea la única Constella, criando a otro hijo de puta en su barriga. Si eres la puta de Romeo de la semana, también te llevaremos”.

“Eso no va a funcionar”. Lo dije como una mentira, esperando que no me lo reprochara.

“Sí lo hará, perra tonta. Sí lo hará. Si no puedo matar a esos hijos de puta, les pegaré donde más les duela. Les quitaré a sus mujeres, y estarán tan jodidamente enfadados que cometerán un error y caerán en cualquier trampa que les ponga”.

Sacudí la cabeza, nerviosa, cuando los guardias se acercaron por detrás de nosotras, obligándonos a caminar hacia adelante.

Con el brazo alrededor de Nina, la mantuve cerca. Su espalda estaba contra la mía, y nos emparejamos para enfrentarlos.

Otra SUV estaba estacionada detrás de la que habíamos usado para llegar hasta allí. Un guardia Giovanni abrió la puerta trasera y nos hizo señas para que subiéramos.

“Ahora, perra. Vamos. Las dos”, ordenó Stefan.

“No lo creo”.

Stefan apuntó su pistola más abajo, probablemente planeando dispararme en algún lugar que no me matara rápidamente. Antes de que pudiera disparar, levanté mi arma y le apunté.

“¡Corre!”. Empujé a Nina para que saliera corriendo mientras disparaba contra Stefan y sus hombres. Me agaché mientras disparaba, un truco que había aprendido del soldado que practicaba conmigo y Max en el campo de tiro.

El ruido de los disparos llenó el aire, y con el pecho apretado por la ansiedad, apenas pude respirar lo suficiente para mantener el equilibrio y la cabeza clara.

Los gritos resonaron alrededor de los disparos. Los neumáticos chirriaron sobre el pavimento. Los peatones y otras personas cerca de la tienda gritaban y lloraban aterrados.

Me mantuve cerca del suelo, esperando que nadie me apuntara con la oscuridad del atardecer cubriéndonos. El miedo me invadió, pero la oleada de adrenalina me mantuvo tan concentrada como pude. No podía rendirme ahora. Yo podía pelear. Podía disparar. Y tan pronto como me pusiera de pie, apuntaría de nuevo y de nuevo.

La suerte tenía que estar de mi lado, porque no sentí heridas que me picaran o que me hicieran caer al suelo. No sabía si había herido a alguien, pero quería aferrarme a la fortuna de que nadie me había alcanzado.

“¡Agárrenla!”.

Me tensé mientras me levantaba de nuevo. Golpeando mi mano contra el parachoques de otro auto al que me arrastré, me puse de pie y busqué en la oscuridad llena de humo y el caos a Nina.

Tenían que referirse a ella. Dijeron que querían a Nina, como una Constella oficialmente declarada, prometida de Dante, embarazada de su hijo.

Pero no se habían olvidado de mí. Unas manos firmes se envolvieron alrededor de mi muñeca. Esposada por uno de los hombres Giovanni, me tambaleé hacia atrás mientras me arrastraba hacia él.

“¡Llévensela y váyanse!”, gritó Stefan.

Las puertas de los autos se cerraron de golpe. Más neumáticos chirriaron sobre el pavimento. A través de los sonidos caóticos que ahogaban mis pensamientos, golpeaba y pateaba al hombre que intentaba arrastrarme.

Mi miedo desapareció. En su lugar, la rabia ardiente me invadió. El agarre de este guardia sobre mí era inquietantemente similar a cómo esos tres violadores me habían sometido en el callejón. La memoria muscular de haber sido capturada cortó mi pánico.

Y me lancé a la ofensiva, golpeando a los guardias y negándome a ser víctima de nada, nunca más.

29

ROMEO

“Carlos dijo que quedan tres Giovanni más”, aseguró Franco mientras frenaba bruscamente en el estacionamiento.

El conductor que había llevado a Tessa y Nina a la tienda fue baleado, pero sobrevivió lo suficiente como para llamarnos. Yo acababa de encontrarme con Franco para contarle sobre la reunión con Elliot cuando Carlos nos contactó sobre Stefan intentando llevarse a Tessa y Nina.

Carlos estaba vivo, pero no podía mover su brazo izquierdo para salir del auto. Dijo que su cuello estaba sangrando rápidamente. Sin embargo, presionó el botón para llamar desde el tablero. Los Giovanni lo habían dejado a él y al otro soldado, Yuri, como muertos. Yuri respiraba, pero estaba inconsciente en el asiento del pasajero, según Carlos.

Sin que ninguno de los dos hombres pudiera ayudar a Tessa y Nina, era una emergencia.

Franco aceleró, y aunque sabía que mi padre estaría furioso porque no lo contactamos de inmediato, no había tiempo. Esto era una cuestión de vida o muerte. Nunca me perdonaría si Tessa resultaba herida. Y él nunca me perdonaría si Nina resultaba dañada.

Corrí hacia el enfrentamiento, disparando a los Giovanni, tan fáciles de identificar con sus trajes en la oscuridad de la noche. Destellos de blanco se revelaban cuando corrían, sus trajes se abrían mostrando sus camisas de botones.

Franco corrió conmigo, y detrás de nosotros venían más soldados de Constella alertados por la situación.

Era ridículo que Tess y Nina estuvieran afuera con solo dos hombres, pero era un error que tendría que corregir después.

“¡Ella está allá!”. Nina se agachó cerca de otro auto en el estacionamiento. Debió haber corrido hacia un lugar seguro. En el segundo exacto en que la miré, no vi sangre, pero Franco la encontró y la cubrió mientras la llevaba al auto en el que habíamos llegado.

Me giré en la dirección en la que ella había señalado, y cuando fijé mi mirada en Tess, quise rugir. Una necesidad profunda y feroz de arrasar el mundo me invadió. La ira y el rencor se entrelazaron, apretándose como un nudo que ahogaba mi alma.

Ver a cualquier hombre con su mano sobre mi mujer era suficiente para desatarme.

La había encontrado en esta situación antes.

La vi en esta posición hace más de un mes.

Un hombre tratando de arrancarla de allí, agarrándole el brazo y arrastrándola hacia él.

Solo la sugerencia de que alguien intentara capturarla era incomprensible.

Corrí más cerca, dejando que los soldados que venían conmigo cubrieran mi espalda y se aseguraran de que no me dispararan.

Todos esos Giovanni morirían. Cada uno de esos cabrones sería asesinado por mi mano o por la tripulación que vino con nosotros.

No quedaría ni un sobreviviente, pero el hombre que intentaba arrastrar a Tess más lejos sería mío. Su miseria vendría de mis manos. Su muerte sería el resultado de mi ira.

“Suéltala”.

Se sentía demasiado similar a cómo la encontré. Esa noche cuando los tres hombres la violaron, ese era el mantra que llenaba mi mente. La orden de que la liberaran. Que se apartaran y se alejaran de su cuerpo. Que permanecieran fuera de su alcance y la dejaran ser.

Este malnacido Giovanni no me vio venir. No escuchó mi grito para que la soltara.

Tessa luchaba valientemente. Patadas, puñetazos y golpes, no se comportaba como una víctima indefensa. No lo hacía fácil. Si hubiera tenido claridad para pensar con calma, me habría dado cuenta de que mi insistencia para que tomara clases de defensa personal y practicara sparring la había preparado para este momento. La ayudé a hacerse más fuerte y tener la confianza y el coraje para defenderse, y si pudiera detenerme y ser racional aunque sea un segundo, estaría tan malditamente orgulloso.

Pero no era racional. En absoluto. Una marea carmesí de furia descendió sobre mi conciencia, y me volví salvaje, listo para matar, impaciente por torturar e infligir el máximo dolor para hacer que este idiota se arrepienta de haberla tocado.

“Suéltala”, repetí, gruñéndolo mientras me apresuraba entre ellos. Mi interferencia los separó. Tess voló hacia atrás, tambaleándose para no caer. Su arma había caído, ya no la tenía en la mano, y se arrastró por el pavimento para recogerla y apuntar hacia nosotros. A él.

Apenas me tomé un momento para mirarla. Estaba de pie. Estaba respirando, jadeando furiosamente rápido mientras me miraba capturando al hombre en mis brazos.

Contra mí, él tenía una lucha más equilibrada. Teníamos el mismo tamaño, pero la diferencia entre nosotros residía en la furia salvaje que me impulsaba a golpear más fuerte y a mantenerlo más fuerte.

No se iría a ningún lado. Excepto a enfrentar su destino de la manera más lenta y dolorosa posible.

“Vete”, ordené a Tess. Mi voz ya estaba ronca, pero pude pronunciarlo. Forzando mi garganta para que funcionara a pesar del pánico que la bloqueaba, intenté una y otra vez mientras fijaba mi mirada en ella.

Está viva. Está libre. Estará bien.

No importaba cuán rápido o cuántas veces forzara ese pensamiento en mi cabeza. No era fácil de creer.

Ella asintió, aun sujetando su arma con ambas manos. No había marcas visibles en su piel que yo pudiera ver. Si veía siquiera un moretón, estallaría de furia incontrolable.

“Vete”. Moví la cabeza hacia el auto de Franco. “Vete a casa y espérame.”

Necesitaría horas, días y noches, para volver a acostumbrarme al conocimiento de que ella era mía y que estaba ilesa. Ver la mano de otro hombre sobre ella había desatado una oscuridad tal que necesitaría calmarme para volver a mi capacidad normal de cordura.

Quería abrazarla, calmarla y acariciarla hasta que todo rastro de angustia desapareciera de su ser.

Pero no podía. No aún. Solo después de quitar a este hombre de la faz de la tierra podría regresar a ese grado de calma.

Franco se acercó rápidamente, ayudando a Tess a retirarse hacia el auto. Me miró y asintió una vez. No necesitaba explicarlo. Sabía lo que tenía que hacer. Lo que estaba impaciente por hacer.

“Llévenlo al almacén,” le dije al soldado más cercano.

Entregarle al Giovanni fue la única rendición que podía permitir. En el trayecto al almacén donde llevamos a nuestros enemigos, un viejo edificio de ladrillos entre muchos que cumplían este morboso propósito, pensé en la torcida felicidad y placer que vendría al torturar a este idiota que se atrevió a intentar capturar a Tess.

Para cuando entré al almacén y encontré al hombre atado a la pared, estaba preparado. Dejé que la oscuridad me invadiera, encendiendo mis nervios. Absorbiendo la dulce anticipación de desatar mi ira y furia, me acerqué sigilosamente y tomé un cuchillo de la mesa donde esperaban diferentes herramientas y cuchillas.

Podría tomar horas y horas, tallando pedazos de él, pero dudaba que tuviera la resistencia para durar tanto. Esta ola brutal de maldad intensa se agotaría, y yo quedaría más débil y cansado.

Hasta ese momento, desaté mi furia sobre este soldado. Al verlo desangrándose y pidiendo misericordia, vi en él a los violadores. Mi mente retrocedió a la visión de su mano en el brazo de Tessa. Atrapándola. Sosteniéndola en contra de su voluntad. Intentando arrastrarla y hacerle algo que ella no quería.

Aún no sabía qué había pasado en el estacionamiento. Carlos y el otro soldado en el auto nos contarían más. Tessa también podría.

No quería saber qué planeaba hacer este hijo de puta con mi mujer. La mera idea de que intentara ejercer poder sobre ella y herirla de alguna manera ya era suficiente para considerarlo un crimen.

“Solo mátame”, suplicó el Giovanni. “Eres un maldito sádico. Solo mátame”.

Me alejé de él, sin caer en su provocación. Matarlo demasiado rápido devaluaría el efecto. Terminar con su vida sería rendirme y ceder demasiado fácil.

“Te mereces cada segundo de dolor”.

El hombre gimió cuando le di un puñetazo en su rostro sangriento.

“Te ganaste cada momento de agonía”.

Cayó sobre su rodilla rota, que corté y luego golpeé con un martillo.

El hombre era un montón de carne y sangre, pero seguía vivo. Cómo no se había desmayado aún no lo entendía, pero no me importaba en lo más mínimo.

Cerró los ojos, respirando con dificultad. Lágrimas recorrían sus mejillas, y yo saboreaba el triunfo de reducir a este hombre a un pedazo de lo que alguna vez fue.

No era fuerte ni poderoso. Ya no era completo ni capaz de hacerle daño a Tessa nunca más. Estaba perdiendo partes valiosas de su cuerpo que lo dejarían siendo un saco de carne y huesos, no un hombre.

Y solo con ese conocimiento me sentí listo para matarlo.

Un rápido apuñalamiento en su corazón lo acabó. Mi alma se sintió más ligera cuando su vida terminó, pero dentro de mi mente, el torbellino de ira seguía presente.

Sin mirar atrás, me alejé del desastre macabro. Los hombres apostados allí se encargarían de eso. No podía mirar a ninguno de ellos, aún atrapado en esta energía salvaje que matar a ese hombre había desatado.

Lo torturé. Lo maté. Y, aun así, estaba al borde. Así de feroz era mi furia, así de caliente la ira recorría mis venas.

“Déjame conducir”, dijo un hombre afuera del almacén.

“No.” Otro negó con la cabeza. “Cámbiate primero, Romeo.”

Estos hombres estaban bajo mis órdenes. No eran ellos quienes me decían qué hacer. Pero esto también era una hermandad. Todo lo que podía hacer, entumecido bajo esta presión de infligir dolor, fue asentir y seguir.

El segundo hombre me guio hacia la habitación de acero donde me desvestí y me limpié la sangre. Luego, aún tan entumecido y en piloto automático con esta locura acumulándose dentro de mí, me vestí y subí al coche.

No preguntaron a dónde íbamos. Nadie sería tan estúpido como para preguntar cómo me sentía o qué podría necesitar. Mi cabeza no estaba bien. Mi alma se sentía más libre por matar a ese hombre, pero en mi corazón sabía que necesitaba ver a Tessa, sentir su bondad y saber que ella era pura y correcta. Un faro brillante de energía positiva. Ser el Yin de mi Yang y permitirme volver al equilibrio.

Mi teléfono sonó y vibró durante el trayecto, pero nada podría hacerme contestar. Una mirada indiferente a la pantalla mostró mensajes y llamadas de mi padre. De Franco. Incluso de Nina. Pero la única que captó mi atención fue el mensaje de Tessa.

Estoy aquí para ti.

Ella lo estaría. Y podía confiar en eso. Podía depender de ese mensaje reconfortante y contar con su presencia para calmarme.

No me apresuré a entrar en el penthouse, pero no permití desvíos ni distracciones mientras subía en el ascensor directo a nuestro piso.

Nuestro piso. A este lugar que estábamos intentando hacer nuestro hogar.

Tessa y yo pertenecíamos juntos, como una unidad. Socios. Y rezaba para que ella estuviera dispuesta a aceptarme en mi oscuridad.

En nuestra habitación, me esperaba. Solo con una bata, su cabello aún mojado por la ducha, yacía en la cama. Tal vez estaba cerca de quedarse dormida, pero saltó en cuanto abrí la puerta.

“Romeo”. Se levantó, cautelosa de apresurarse hacia mí, y tuvo la sabiduría de retrasarse.

Negué con la cabeza. “No estoy… Necesito…”.

Suspiró, abriendo los brazos y dejando caer la bata en un solo movimiento.

“Te necesito”, dije mientras contemplaba su cuerpo desnudo y exuberante.

“Entonces tómame. Hazme tuya. Soy tuya, Romeo. Siempre”.

De nuevo negué con la cabeza y apreté los dientes. “No puedo ser suave. No estoy bien aquí”, toqué mi templo. “No después de ver a ese hombre intentar arrancarte.”

Ella dio un paso más cerca y sostuvo mi barbilla con suavidad, incitándome a mirarla a los ojos. “Úsame, Romeo. Soy tuya para hacer lo que quieras. Libera todo a través de mí. Déjate llevar por mí porque no me voy a ir nunca”.

Cerré los ojos ante sus palabras reconfortantes.

“Siempre seré tuya”.

Apreté su cuello y la mantuve cerca para besarla, dejando que las compuertas se abrieran sobre mi ira reprimida y mi necesidad.

30

TESSA

Romeo estampó sus labios contra los míos. Nuestros dientes chocaron. Su lengua se introdujo en mi boca con tal ímpetu que jadeé e intenté seguirle el ritmo.

Cuando le dije que me utilizara, que usara mi cuerpo para la rabia que aún le hacía temblar, creí saber lo que pedía. Un polvo duro. Una revolcada frenética entre las sábanas, atrapados entre un deseo desbordante y el miedo que imaginé que sintió al ver al guardia manoseándome.

Aunque podría haber sido solo la rabia, porque nunca lo había visto tan fiero y feroz.

Pero no me retiraría.

No retiraría mi oferta.

Este hombre lo era todo para mí, y estaba decidida a demostrarle que no era una amante caprichosa. Que no me acobardaría ni me escondería cuando las cosas se pusieran difíciles.

Le aceptaba por todo lo que era. Cuando era considerado y generoso. Y también cuando era brusco y delirantemente desequilibrado en la delgada línea de la ira y el deseo.

Le quería de verdad y por completo. Incluso si yo no era una Constella oficial. Aunque solo fuera una mujer a la que se follaba por un tiempo.

Mi corazón seguiría siéndole fiel, y tenía la intención de demostrárselo ahora.

“Te necesito”, dijo una vez que rompió el beso.

Resollé y jadeé, recuperando el aliento con la abrasiva pero adictiva presión de su boca sobre la mía.

Asentí lo mejor que pude con su mano en la nuca y sus dedos enroscados en mi pelo. “Soy toda tuya, Romeo. Como quieras”.

Se me partió el corazón al ver su mirada desesperada. Como si estuviera atrapado en ese horrible residuo de violencia y peligro, ese filo de navaja entre lo correcto y lo incorrecto, ambos retorciéndose en un complicado lazo.

Apretó los dientes mientras gruñía y me besó con más fuerza. Cuando volvió a separarse y ambos volvimos a respirar con dificultad, dijo: “Desabróchame la cremallera”.

Siseé mientras me empujaba hacia el suelo. Con las manos en el pelo y los dedos curvados alrededor de mi cabeza, tenía fuerza para moverme. Me arrodillé y le quité los pantalones y los calzoncillos de la cintura, preparándome para meterme su polla en la boca.

Chupársela era un placer, pero no me hacía ilusiones de que fuera a ser fácil.

Sin previo aviso, empujó su larga y dura polla más allá de mis labios. Hasta el fondo. La cabeza golpeó el fondo de mi garganta y mis ojos se humedecieron al instante.

No se apartó. En lugar de eso, respirando con dificultad mientras me miraba fijamente, me estudió con una mirada carnal de adoración.

Cuando me acostumbré a la repentina intrusión, mis sentidos se pusieron en marcha para provocarme. Su superficie suave pero rugosa. El toque salado de su semen. Cada pizca de tensión en sus muslos mientras me aferraba a sus piernas.

Entonces se movió, echándose hacia atrás hasta casi salir de mi boca, y luego volvió a entrar de golpe.

Acostumbrada a su preferencia por lo duro y rápido, respiré por la nariz y lo succioné, provocándolo para que me diera todo lo que tenía.

Esto no era hacer el amor suavemente. No era un polvo exploratorio. Necesitaba desahogarse. Sentirme. Y yo estaba orgullosa de estar aquí para ello, de ser la que él quería y deseaba.

Empujó dentro de mí con fuerza y rapidez, y pronto empecé a gemir y a fruncir el ceño por la creciente necesidad de correrme. Una crema resbaladiza y pegajosa se deslizaba por el interior de mis muslos, pero no me atreví a bajar las manos para tocarme.

Me había ofrecido a él. Esto era para él, y podía esperar. Esperaría. Además, con la ferocidad de sus embestidas, si me soltaba de sus muslos, me caería.

No tenía motivos para preocuparme por eso. Al momento siguiente, me sacó y me levantó para lanzarme sobre la cama. Estar en el aire me mareó, pero cuando aterricé en el colchón y reboté, me di la vuelta para esperar lo que él quería.

Por supuesto, aún no había terminado. Desde luego, no se correría en mi boca tan rápido. Todavía estaba desquiciado y hambriento de más de la salida íntima que le di.

“No”. Me empujó de la cadera, instándome a volver al estómago.

Me di la vuelta, poniéndome a cuatro patas mientras él se arrastraba hasta la cama.

Todos mis sentidos estaban hiperagudizados. Lo sentía todo: su ausencia en mí, en cualquier parte. Oí su respiración entrecortada, tan rápida como la mía. Olía mi excitación y también la suya, pero también ese penetrante aroma a jabón de nuestras duchas.

Pero cuando tiró de mí contra él hasta que me arrodillé en frente suyo, me deleité con la visión

de su brazo bronceado serpenteando sobre mi estómago, su carne tatuada contrastando con mi piel más pálida y sin tinta. Sus músculos se abultaron cuando me sostuvo contra él y me estremecí ante la fuerza que desprendía. Contra su pecho, me abrí de par en par.

No me hizo esperar. Me penetró el coño de un solo golpe. Gemí por el profundo deslizamiento, pero él siguió. De un lado a otro, me folló con fuerza, más que nunca. Como si huyera de los demonios de su mente, me penetró salvajemente mientras me tapaba el estómago con el brazo.

“Más, Romeo. Tómame”, coreé. Los pensamientos eran imposibles. Apenas sabía qué demonios había dicho, pero seguía sin ser suficiente. Todo su cuerpo, tan duro y preparado para follarme toda la noche, estaba conectado con demasiada oscuridad, demasiada rabia.

“Fóllame más fuerte, Romeo”.

Gruñó ante mi invitación a desatarse de verdad sobre mí, y lo hizo.

Sacando y frotando su polla a lo largo de la raja de mi culo, insinuó cómo podía llevar esto a un nivel superior.

Luego, empujando la resbaladiza cabeza de su polla en mi entrada trasera, sugirió qué más podía probar.

Los temores de lo que me hicieron esos tres hombres no afloraron. Permanecían en el fondo de mi mente. Supuse que siempre estarían ahí, reprimidos o encerrados en compartimentos que no necesitaba volver a visitar.

Sin embargo, cuando Romeo se inclinó para meterme los dedos en el coño, solo podía pensar en él. En lo único que podía concentrarme era en la urgencia de acogerlo dentro de mí para que nos empujara a los dos al placer supremo.

“Sí”, dije con una exhalación entrecortada mientras él empujaba su polla más adentro.

Estábamos cerca de la mesita de noche, lo que le permitía acceder a los juguetes del cajón. Cuando se acercó para abrirlo, no pudo agarrar el tirador.

“Sácala”. Me empujó hasta que me incliné y, mientras estaba doblada, gruñó y me folló más fuerte. No hasta el fondo. Cada centímetro que deslizaba ardía deliciosamente, y yo tardaba en abrir el cajón.

Se sentía demasiado bien. Demasiado crudo. Demasiado real, y cerré los ojos y bajé la cabeza para saborear el calor de lo que me hacía.

“¿Lo quieres? ¿Me quieres así?”, me preguntó mientras arqueaba la espalda y levantaba el culo, presentándome ante él.

“Lo deseo. Te deseo”.

Me respondió dándome una palmada en el culo. “Coge el vibrador”, me ordenó mientras me daba pequeños y superficiales empujones en el trasero.

Nunca se había sentado ahí, y supuse que necesitaría mucho más con la distancia entre nuestros

muslos. Me moría de ganas. Ahora, esta noche, me penetraría hasta el fondo. Lo sabía, o tal vez era una esperanza carnal y traviesa.

Una vez que cogí la larga polla que me había ordenado, la acercó a mi entrada y acarició la punta con mis jugos. Aquella fricción era una dulce tortura, y se lo hice saber empujando contra él, esperando que me la metiera de una vez por todas.

Estaba empalada, estirada por su polla en mi culo, pero también quería el vibrador dentro de mí.

Gemí con fuerza y disfruté de la abrasión de mis pezones sobre la cama. El tacto caliente y calloso de su mano en la nalga. Y, por último, el grosor del juguete cuando lo introdujo lentamente en mi coño.

“Oh, joder”. Mi respuesta salió disparada cuando el vibrador se alojó en mi interior. Con él dentro, excitando mis nervios y acercándome al clímax, se deslizó en mi culo, centímetro a centímetro. Me pareció eterno, una eternidad en la que estiró y llenó mis dos agujeros, pero enseguida aumentó la velocidad.

Sus muslos chocaban contra los míos. Su mano se humedeció con mi excitación, que goteaba a lo largo del vibrador y sobre sus dedos, así que me la untó en las piernas mientras me metía y sacaba el juguete.

Cuando retiró el juguete, me penetró con su polla en el culo. Luego, al retroceder, volvía a introducir el vibrador en mi interior. El vaivén vertiginoso de esa doble intensidad me desbordó por completo, llevándome al límite demasiado rápido.

En un momento glorioso de lágrimas, gritos y gemidos, me corrí justo antes que él.

“Joder”, rugió, manteniendo su polla dentro de mí mientras chorreaba su esperma caliente.

Me tensé y grité por la euforia absoluta de correrme tan fuerte. Mareada y abrumada, cabalgué entre el placer del dolor, la liberación de la tensión y todo el dulce alivio de correrme mientras mi coño se apretaba y palpitaba.

“Joder, Tess. Joder”. Salió de mí lentamente y gemí al sentir el roce en mi carne sensible. Su semen goteó por mi culo cuando se quitó el vibrador, pero no me soltó.

En sus brazos, me desplomé y me quedé flácida, demasiado agotada y extenuada para moverme. Recuperar el aliento me parecía una hazaña imposible, pero me sostuvo con él hasta que pudimos entrar tambaleándonos en el cuarto de baño. Me llevó en brazos, con pasos torpes. Apretada contra su pecho, sonreí somnolienta ante la evidencia de lo fuerte que se había corrido también.

Tan embriagada y aturdida por la fuerza de haberme corrido así, que apenas me daba cuenta de que estaba en el baño, y mucho menos de que nos estaba preparando una ducha. Mientras abría los grifos y el vapor llenaba rápidamente la habitación, me apoyé en la pared y esperé no caerme al suelo.

“Ven aquí”, dijo suavemente mientras me estrechaba entre sus brazos.

Nos metimos en el agua, y me alivió que él se encargara de lavarnos a los dos. Yo acababa de

ducharme. Él también, con el pelo mojado. Puede que lo que hicimos se sintiera ‘prohibido’ de algún modo, pero como un acto de amor, también me pareció absolutamente perfecto.

“Mi dulce y sexy mujer”, canturreó una vez nos hubimos enjuagado. Acurrucados, suspiramos y disfrutamos de la presión del agua cayendo sobre nosotros.

“Te amo. Tanto, joder”, me dijo.

Sonreí, sabiendo que sentiría la subida de mi mejilla en su pecho.

Ningún hombre me había dicho nunca esas palabras, directamente, y no quería recibirlas sin mirarle a los ojos.

“¿Qué?”, pregunté mientras lo miraba.

Él impidió que el agua me diera en la cara, pero, aun así, los dos entrecerramos los ojos. “Te Amo”.

“Y yo a ti, Romeo”. Lo sellé con un beso tierno y serio al mismo tiempo.

Cuando retrocedió un poco, me dio esa expresión sombría de intensa concentración. “Y voy a casarme contigo. En cuanto pueda”.

Me dolieron las mejillas de lo mucho que sonreí. “¿De verdad?”.

“¿Quieres casarte conmigo?”, enmendó.

Me había estado preguntando qué etiqueta se me aplicaría, y ahora lo sabría. Mi corazón se hinchó de amor y contuve un chillido de emoción al saber que aquel chico malo quería que fuera su esposa. “Estoy deseando casarme contigo, Romeo”.

Sonrió lentamente, bajando para besarme una vez más.

31

ROMEO

Follarme a Tessa de aquella manera me quitó la locura que se estaba gestando en mi interior, pero fue el amor más lento, delicado y tierno de la mañana siguiente lo que pareció 'curarme' de verdad. En sus brazos, relajado al saber que estaba bien e ilesa, apreció todo lo que ella representaba.

"Le disparé", dijo nerviosa cuando relató lo ocurrido con Nina en la tienda.

Negué con la cabeza. "No creo que le dieras a ninguno".

Exhaló un largo suspiro de alivio. "Puedo soportar que seas el asesino. Pero no sé si quiero unirme a ese club".

Le besé la frente y sonreí. "Yo tampoco. Quiero protegerte, Tess. No quiero que nunca te veas en la situación de tener que defenderte así o quitar una vida".

"Lo habría hecho si eso significara mantenernos a salvo a Nina y a mí, pero…".

Sonreí más ampliamente y le aparté el pelo de la cara. "Pero yo me encargaré de matar".

Frunció el ceño. "Quiero seguir entrenando. Practicar tiro e incluso artes marciales. Me siento más segura si sé cómo defenderme, aunque sé que tú serás mi protector".

Asentí. "Estoy de acuerdo. Y continuarás haciéndolo. Estoy orgulloso de ti, Tess, por defenderte. Es sexy de cojones". Le apreté el culo desnudo para enfatizar ese punto.

"Por favor", gimió juguetona. "Creo que necesito un pequeño descanso de otra ronda".

Más tarde, después de vestirnos y salir del dormitorio, me preguntó si podíamos mudarnos a la casa que yo quería reformar. Yo no me oponía a la idea en absoluto, y estaba deseando que dejara su impronta en el lugar y se pusiera manos a la obra para actualizarlo.

"Has estado pensando mucho en esto, ¿eh?".

Asintió con la cabeza mientras desayunaba. "Así es. Durante un tiempo, no estaba segura de si era una novia o qué. Cuando Stefan me fastidiaba diciéndome que en realidad no era una Constella, me resistía a pensar que no te importaba lo suficiente".

En cuanto le encontremos, pagará por haberle metido esa duda en la cabeza. “Lo sabes”.

“Lo sé”. Ella sonrió rápidamente. “Pero mientras intentaba averiguar quién soy para ti, soñaba despierta un poco con arreglar ese lugar. Nina dijo que la familia tiene muchas propiedades”.

“Las tenemos”.

Ella se animó. “Oye, eso me recuerda algo. Tengo que pedirte un favor”.

Solté una carcajada mientras me levantaba. “No lo llames favor. Serás mi esposa en cuanto pueda arreglarlo. Los cónyuges no necesitan intercambiar favores”.

“De acuerdo. Entonces tengo que preguntarte algo”. Ella se encogió de hombros. “A mi amigo Liam le vendría bien un sitio donde quedarse una temporada, así que me preguntaba…”.

“Claro”. Recordé el cariño que había expresado cuando mencionó a su viejo amigo. También recordé los celos que sentí ante la idea de otro hombre en su vida. Una envidia que ya no importaba. Dijo que se casaría conmigo. Dijo que sería mía, y yo podía tener fe en eso. Tess era mía, y de nadie más.

Especialmente no de Elliot Hines, a quien planeaba visitar más tarde ese día.

“¡Ni siquiera sabes lo que iba a preguntar!”.

“¿Ibas a preguntar si podía quedarse en una de las casas que poseemos?”.

Ella asintió.

“Entonces, claro”. Besé su frente, odiando tener que irme un rato para tratar con Elliot.

Mi padre y Franco vinieron conmigo en ese viaje en particular.

Después de las tonterías que Stefan hizo ayer antes de esconderse, estaba claro que eliminaríamos a nuestros enemigos de una vez por todas. Sentía como si estuviéramos en un juego constante de espera para encontrar la mejor forma de atacar, pero hoy, en este momento, atacaríamos de tal manera que dificultaría las cosas para los Giovanni y los Hermanos del Diablo.

Elliot claramente era un jugador importante en sus planes, y lo que sea que esos dos grupos estuvieran tramando, tenía todo el sentido del mundo eliminar a los hombres que formaban parte de ese objetivo mayor.

Stefan y Reaper seguirían causando problemas para la Familia Constella. No se detendrían. No se rendirían. El único final que podíamos esperar era matarlos a todos, y tarde o temprano, eso sucedería.

No estaba bromeando. Los Constella siempre ganamos. Siempre salimos victoriosos. Ayer fue otro ejemplo de eso. Carlos y el otro guardia vivirían. Nina no estaba herida, solo asustada. Y Tess no había sido capturada.

Ahora, mientras íbamos hacia la oficina de Elliot, nos aseguraríamos de mantenernos un paso adelante de nuestros enemigos eliminando al repugnante abogado.

“Felicidades”, dijo Franco cuando les conté que le había propuesto matrimonio a Tess.

“¿Usaste uno de los anillos de la familia en la caja fuerte?”, preguntó mi padre después de felicitarme también.

Negué con la cabeza. “La llevaré a la joyería después de esta parada”.

Mi padre frunció el ceño, mirando por la ventana. Dudaba que quisiera recordar a Nina en peligro, pero no iba a alterarse por eso. Llamó a Tess y personalmente le agradeció por cuidar de su amiga.

Él no lo entendía. Esa era la clase de mujer leal que era ella. Ningún agradecimiento esperado.

También le expliqué que nos mudaríamos a la casa a la que la había llevado la primera vez. Renovarla sería un buen proyecto para compartir con ella, pero Franco negó con la cabeza. “Actualiza los servicios primero, para que puedas instalar la vigilancia. Luego, mudate allí”.

Ya había planeado supervisar esos pasos, pero no tenía que decírselo. Lo dijo por cuidado.

“¿Cuándo planeas la boda?”, preguntó mi padre varios minutos después.

Me encogí de hombros. “Cuando ella quiera. Preferiblemente lo antes posible. ¿Por qué?”

“Tratando de ver si puedo ir a mi ritmo aquí. Un bebé en camino. Mi boda. Ahora la tuya”. Miró a Franco al mismo tiempo que yo.

“¿Qué?”, preguntó, encogiéndose de hombros.

“¿Vas a ser el siguiente?”, preguntó mi padre.

Franco sonrió. “No”.

“¿Nunca?”, pregunté, burlándome más.

“No voy cerca de la idea del matrimonio nunca más. No gracias”.

¿Nunca más? Eso sonaba… específico. Pero no era el momento de preguntarle por su elección de palabras. Llegamos a la oficina legal, y dejé que mi padre liderara el camino.

Ya había probado la violencia al matar al guardia de los Giovanni que puso las manos sobre Tess. Le di a mi padre y a Franco la oportunidad de desahogar algo de esa energía peligrosa. Matar a Elliot parecía anticlimático, solo un disparo en la cabeza. Los dos motociclistas posicionados en el edificio para seguridad fueron llevados a un almacén para ser interrogados y luego ejecutados.

En general, fue un día de trabajo eficiente. Mi padre y Franco me dejaron para regresar con Tess, y sonreí por su emoción todo el camino a la joyería. Organicé una vista privada de toda la tienda, pero me preguntaba si la presencia de otros clientes aquí la haría menos indecisa.

“¡Todos son demasiado caros!”, exclamó después de la primera hora de mirar.

Me incliné sobre un mostrador de vidrio y aclaré mi garganta para que el joyero se acercara.

“Nada más”.

Él asintió, ocultando una sonrisa.

“¿Nada más qué?”, preguntó Tess.

“Nada más decirte los precios cuando preguntas”.

Ella hizo un puchero.

“Elige lo que quieras”. Si pasábamos toda la noche aquí, que así fuera. Pero yo estaba impaciente por hacer el amor con ella y ver mi anillo en su dedo.

“Hay tantas opciones”, argumentó. “¿No puedes elegir tú?”.

Negué con la cabeza, divertido y entretenido.

“En serio”. Cruzó los brazos y me dio una sonrisa juguetona. “Tú preguntaste. Tú elige”.

Suspiré, siguiéndole la corriente. Cerré los ojos y giré, luego giré en la otra dirección dos veces más. Apuntando con el dedo, señalé lo que fuera que se cruzara en mi camino.

“Buena elección”, dijo el joyero, sacando un anillo de diamante azul.

“Fue al azar”, respondí sin emoción.

“¡Oh!”. Las cejas de Tess se alzaron mientras miraba el anillo. “No puedo creer que haya funcionado. Pero, Romeo… Creo que este es”.

Me reí, acercándome mientras ella admiraba el anillo. “Tess, no me importa qué anillo elijas, siempre y cuando sea mío”.

Ella sonrió, levantó el anillo y me lo mostró. “Este”. Lo dejó caer, y el joyero gritó.

Me agaché al suelo y lo recogí, y me di cuenta de su truco. De rodillas, le pregunté de nuevo. “¿Te casarías conmigo, Tessa?”.

Ella extendió la mano y se rió suavemente. “Sería un placer, Romeo Constella”.

Deslicé el anillo en su dedo, y después de levantarme, la atraje para un beso profundo, una promesa.

Porque esta mujer siempre sería mía, para amar, para conservar y para proteger.

32

TESSA

“Creo que todo estará bien”, dijo Nina mientras yo me movía por la cocina.

“Yo sé que todo estará bien, pero aun así estoy algo nerviosa”.

Ella se rió mientras yo revisaba meticulosamente la comida que había preparado para la pequeña fiesta de compromiso que quería hacer para mí y Romeo. Aunque era la anfitriona, planeaba ser una anfitriona perezosa. Su embarazo iba bien, pero sus pies dolían con frecuencia, lo que le dificultaba estar de pie por mucho tiempo.

“¿Nerviosa por qué?”, me preguntó, viéndome preocuparme.

Nunca me habían hecho una fiesta, así que eso me causaba un poco de ansiedad, pero era la llegada de un invitado en particular lo que me descolocaba.

“No he visto a Liam en años”, le recordé. “Unos seis”.

Ella asintió y mordió una zanahoria del plato de verduras. “Está bien. Pero es Liam. Un amigo del pasado”.

“Lo sé. Pero no sé cómo va a reaccionar al saber que estoy comprometida con Romeo”.

Ella frunció el ceño. “¿Como si no lo aprobara?”.

Suspiré. “No lo sé. Estoy siendo tonta”.

“No tonta. Yo también tengo curiosidad por verlo aquí, pero no por miedo a que no le guste Dante o Romeo”.

Hice una mueca y tamborileé con los dedos. “¿Curiosidad por qué?”. Estaba intrigada también, pero quería escuchar si ella pensaba lo mismo sobre lo que me hacía sospechar.

“Bueno”. Se encogió de hombros. “Está siendo vago en sus llamadas”.

Le señalé. “¡Sí!”.

“Sonaba contento de tener un lugar donde quedarse, pero le dio mucho más énfasis a la necesidad de encontrar trabajo”.

Asentí. “Tal vez sea porque decidió no volver a enlistarse”.

“Tal vez. Y eso también es sorprendente. No conozco a Liam tan bien como tú, pero siempre pensé que sería como mi papá, un hombre de carrera en el servicio”.

Con mi amigo teniendo solo poco más de treinta años, esa matemática no cuadraba.

“Sin mencionar la forma en que sigue advirtiéndome que tiene una ‘sorpresa’ para que la vea”, le recordé.

“Ajá. Pero oye, tal vez Dante o Romeo puedan ofrecerle un trabajo aquí”.

“¿Ofrecerle trabajo a quién?”, preguntó Eva mientras pasaba.

“A un amigo”, respondí antes de que saliera, sin quedarse a charlar.

A pesar de mi emoción y nervios por ver a Liam, estaba contando los minutos hasta que llegara. No lo había visto en años, y me alegraba que se quedara. De alguna manera, quería que él aprobara a Romeo porque no era otro miembro de la familia Constella. Estaba rodeada de personas que ya conocían a Romeo, y estaba emocionada por recibir una opinión independiente sobre el hombre que amaba. Nada me haría dejar de amarlo, pero en una pequeña y ridícula forma, quería que alguien más viera y admirara lo que yo había encontrado.

Justo antes de que comenzara la fiesta de compromiso, me preocupaba que Liam me hubiera dicho la hora o el día equivocado para su llegada o que no viniera.

“¿Es puntual normalmente?”, preguntó Romeo.

Le miré con cara seria. “Acaba de ser dado de baja del ejército. Claro que es puntual”.

“Odio decirlo, Tess, pero…”. Franco hizo un gesto de mirar su reloj.

Ya habían llegado varios invitados. Estaban conversando en el salón de baile de la mansión, fuera de vista, para que yo pudiera darle la bienvenida a Liam en el área más privada de la casa de Dante y Nina. Pero tarde o temprano…

La puerta trasera se abrió, y todos nos giramos hacia las puertas de vidrio del patio. Un soldado entró conduciendo a mi alto amigo, pero la sorpresa que él había estado insinuando…

“Oh, Dios mío”.

Nina y yo lo dijimos al unísono, mirando asombradas al adorable rubio que él llevaba en brazos. Un niño pequeño. Ella nos observó a todos, aferrándose a la camiseta de Liam.

Él se veía igual, pero no. Estaba robusto, vestido con jeans y una camiseta, botas resistentes y el cabello corto y despeinado. Había envejecido y se había endurecido con su tiempo en el servicio, pero…

“¿Un bebé?”, exclamé.

“Sorpresa”, dijo con un saludo rudo.

Romeo se inclinó hacia mí y me levantó la barbilla con los dedos, sugiriéndome que cerrara la boca. Estaba tan sorprendida que no podía creer lo que veía.

“¿Desde cuándo…?”. Nina no estaba mejor que yo, tratando de entender.

“Bueno”. Dante avanzó. “Desde que se les olvidó cómo decir un simple ‘hola’, bienvenidos a nuestra casa. Soy Dante Constella”. Extendió la mano, y Liam la estrechó torpemente, como si nunca hubiera aprendido a sostener un bebé.

“Encantado de conocerte”, dijo Liam rápidamente, mirando a Dante.

“¿Una hija?”, le pregunté. “¿Tienes una hija?”.

“Sí”.

“¿Pero… cómo?”. Había estado ausente tanto tiempo, y ahora, de repente, llevaba una adorable niña que, de alguna manera, se parecía a él.

Se encogió de hombros. “Recibí una carta diciéndome que tenía una hija, y…”. Exhaló un largo suspiro. “Y aquí estoy”.

Aquí estaba él, aquí estaban ellos, y bajé los hombros y fruncí el ceño al ver lo incómodo que parecía mi viejo amigo.

“¿Recientemente?”, preguntó Nina.

Él asintió, pasando la mano por su cabello mientras nos observaba a todos. “Sí. Muy recientemente. Olivia es un descubrimiento muy reciente en mi vida”.

Tan reciente, parecía, que todavía se estaba acostumbrando a la idea de tener una hija. Su agarre era torpe, pero firme.

En cuanto Olivia hizo un puchero y luego sollozó con lágrimas inminentes, los ojos de Liam se abrieron como si se estuviera preparando para una explosión.

“Mierda. ¿Qué llanto es este? ¿Qué pasa?”. Estaba preocupado, pero su tono era más el de un compañero, un adulto a quien dirigía en el campo, no un niño pequeño.

Ella chilló, y un soldado se cubrió los oídos desde un costado de la habitación.

“Oh, cariño”, susurró Danicia, apresurándose desde la cocina donde había estado, lejos de los invitados. “¿Quieres ayuda con ella?”.

Liam asintió rápidamente, con esperanza en los ojos, mientras le pasaba la niña. “Definitivamente necesito ayuda con ella”.

Romeo se rió mientras la doctora de la familia balanceaba y mecía a la niña.

Liam hizo una mueca, observando cómo Olivia se calmó rápidamente. Cuando miré a Romeo, vi la diversión brillando en sus ojos azules y supe que también se compadecería de mi amigo.

“¿Qué te gustaría beber?”, preguntó Romeo mientras me tomaba de la mano y me acercaba a él.

Negué con la cabeza, tan sorprendida que ni siquiera le había saludado. “Hola, Liam”, dije mientras nos abrazábamos. Me aparté hacia mi hombre. “Este es Romeo, mi prometido”.

Se dieron la mano, y Romeo, rápido para notar cualquier incomodidad y ver cuándo alguien necesitaba un rescate, repitió su oferta de bebida.

“¿Tienen alguna cerveza decente?”, preguntó Liam, medio en broma y medio sarcástico.

Mientras un miembro del personal de cocina asentía y se dirigía a buscar su bebida, sonreí a Romeo. Tener a Liam aquí sería… un ajuste. O tal vez era la manera inesperada en que había llegado con una pequeña acompañante. De cualquier manera, estaba emocionada.

“Parece que Danicia logró hacer sonreír y feliz a Olivia”, comenté mientras Danicia y Nina hacían arrullos a la niña cerca de la cocina.

Liam soltó una risa entrecortada. “Mejor que yo”.

“Difícil, ¿verdad?”, adivinó Romeo.

Liam suspiró y miró a su alrededor, como si estuviera evaluando el entorno. Lo vi fruncir el ceño de nuevo cuando vio a Eva al otro lado de la habitación, que acababa de entrar mientras hablaba con Franco.

“Sí. Muy difícil”, admitió Liam. “Perdón por ir tan informal para lo que sea que tengan planeado esta noche”.

Le di una palmada en el brazo, sintiendo lástima por lo confundido que se veía. Así era Liam, sin perder la compostura y sacando lo mejor de cualquier situación. “Vas a tener que contarme muchos más detalles. Pero más tarde. Ahora, estoy emocionada de que conozcas a la familia antes de que nos unamos a la fiesta”.

Romeo puso su brazo alrededor de mis hombros, y sonreí hacia él. A pesar de la sorpresa que Liam trajo consigo, estaba tan feliz, tan emocionada de finalmente tener una familia, una de la cual podía estar orgullosa de llamar mía. Una que atesoraría para siempre, especialmente mi héroe, con quien no podía esperar casarme.